



ROZ

RA

5
12822





5
12822

**OBRAS DE EÇA
DE QUEIROZ
CARTAS
DE INGLA-
TERRA**

TRADUCCION DE A.
GONZALEZ-BLANCO
PRÓLOGO DE CARMEN
DE BURGOS (COLOMBINE)

29

CARTAS DE INGLATERRA

R

65567

OBRAS DE
EÇA DE
QUEIROZ

CARTAS
DE INGLA-
TERRA

TRADUCCION DE
A. GONZALEZ-BLANCO

BIBLIOTECA NUEVA
M A D R I D

CARTAS DE INGLATERRA



65587

OPRAS DE
EÇA DE
QUEIROZ

AR
TAS
DE INGLA
TERRA
TRADUCCION DE
A. GONZALEZ-BIANCO
BIBLIOTECA NUEVA
M A D R I D

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.) Paseo de San Vicente, 20, Madrid,

OPRAS DE EÇA DE QUEIROZ

EÇA DE QUEIROZ

POR CARMEN DE BURGOS
(COLOMBINE)

Una de las admiraciones que subsisten, cuando llega la época en que se empieza a dejar de admirar, es la que inspira Eça de Queiroz.

Tal vez es en mí mayor este sentimiento por lo mucho que me interesa la obra y el espíritu del autor, conociendo tan íntimamente el alma portuguesa, el ambiente de Portugal, y por haber tenido ocasión de recorrer casi todos los países en que vivió Eça de Queiroz con sus libros en la mano como quien recorre un *vía crucis*.

LOS AMIGOS

He conocido en Portugal a muchas de las personas que trataron al admirable escritor; he conversado largamente con su compañero de juventud, el eminente Theófilo Braga; he tratado personas de su familia, y me han honrado sus hijos con su amistad, aunque yo he ahondado, quizás demasiado cruelmente, en sus recuerdos de ternura filial, a fin de tener una evocación más completa y *más viva*, de la que podían darme sus libros, de la figura del gran novelista.

Mucho me han hablado de Eça de Queiroz Bernardino Machado, Malgalhaes Lima y otros amigos que han tenido la suerte de conocerlo, y, sobre todo, Theófilo Braga. He escuchado los recuerdos del sabio maestro de literatura, que lleva ya cuarenta años explicando su cátedra sin haber faltado a ella más que dos días: los de la muerte de su esposa y de su hijo, y que conserva una memoria tan excelente que es la desesperación de sus enemigos.

La casa de Theófilo Braga, una casa pequeñita, en el aristocrático y silencioso barrio de la Estrella, en Lisboa, tiene algo de celda, donde, entristecido y solitario, el sabio se refugia entre sus libros. La nota predominante de esta casa, en cuya fachada ríen los vivos colores de los azulejos, es la de estar llena de libros y papeles por todas partes: en las mesas, en las sillas, en los sofás, en la escalera y en el suelo. No son todos graves libros transcendentales; hay muchos libros de literatura de todos los países y todos los tiempos, libros amables, cuyo conjunto revela ya la modalidad simpática de ese hombre que, siendo Presidente de la República, no quiso abandonar su morada y continuó viajando en tercera y recorriendo a pie la población, con el inseparable paraguas (a los que los lisboetas llaman *Theófilos*) debajo del brazo.

Allí, en la paz de su gabinete, he escuchado al anciano de cabeza venerable y expresión bondadosa e inteligente que, en su amena charla a media voz, con su extraordinaria facilidad de expresión, y poniendo calor y elocuencia en sus palabras, narra anécdotas de todos los grandes hombres de Portu-

gal y he ido apoderándome ansiosamente de las que se referían a mi admirado Eça de Queiroz.

LOS HIJOS

Eça de Queiroz dejó tres hijos: José, Antonio y Alberto, y una hija: María.

Al primero que he conocido fué a D. Antonio Eça de Queiroz, y en él pude encontrar rasgos físicos de su insigne padre y tratar de hallar rasgos de su carácter. El hijo, escritor de talento y gran aficionado al *sport*, tiene ese sello de elegancia, de distinción, que se nota tanto en la figura como en el espíritu de Eça de Queiroz, siempre elegante en el decir, siempre gran señor al través de su vida y de su obra. Hay un desgaire elegante, común a todos los miembros que conozco de la familia, desde sus hijos hasta mi querida amiga la viuda del ilustre general Pereira d'Eça, prima del escritor, y su hija María de la Concepción, una figura de Fray Angélico escapada de algún lienzo de Anunciación.

LA APARICION

Pero hoy me ha favorecido una aparición. Tenía una extraña sugestión esta tarjeta, en la que se leía en letra fina y elegante:

José María d'Eça de Queiros.

He sentido algo de la sugestión de los espiritistas, que, con la fuerza poderosa de su cerebro reconcentrada en un deseo, creen ver acudir a su llama-

miento a los que evocan. Por un momento creí en las palabras de Ramón Gómez de la Serna, el cual asegura que por tener yo el capricho de escribir en esta mesa mía de tres patas, en forma de un piano de cola, mesa única e inverosímil, he hecho venir a ella a Giacomo Leopardi y a Mariano José de Larra. ¿Vendría Eça de Queiroz?

Estaba frente a mí, con su aspecto de antes de caer enfermo. Podía comprobar mis datos con su retrato: "Alto, delgado, frente ancha, nariz curva, esa nariz de águila que rima con sus ojos penetrantes, un poco inquietos y burlones; tipo de hidalgo del Greco, vestido a la última moda de Inglaterra".

Eça de Queiroz vive en sus hijos, vive en sus libros, vive en el recuerdo de los que le conocieron y en el espíritu de todos los que lo admiran y lo aman.

PRIMERAS NOTICIAS

Hay que ordenar los datos. Eça de Queiroz, como Camilo Castello Branco, su rival, nacieron de una novela romántica de amor. Todos se han sonreído cuando se ha tratado de la polémica acerca del lugar en donde nació Eça. Yo misma me ocupé de ese particular en la biografía que le dediqué hace ya algunos años en mi libro *Peregrinaciones*. Es simpático que Villa do Conde aprovechase el asomo de una pequeña duda para reclamar el honor de ser la patria de un genio; lo que no se explica es que puedan existir dudas ante la carta de la madre del escritor, doña Carolina Augusta Pereira de Eça de Queiroz,

que terminantemente, en 6 de noviembre de 1906, escribe:

"Puedo asegurar que mi hijo José María d'Eça de Queiroz nació en Povoá de Varzin."

Las madres no suelen olvidar estas cosas jamás. En cambio el padre, D. José María d'Almeida Teixeira de Queiroz, no hubiera podido darnos luz, porque en la carta que escribió acerca de esto decía:

"Apenas puedo informarlo de que mi hijo nació en una casa donde en 1845 moraba mi difunto pariente Francisco Augusto Pereira Soromenho, empleado que era entonces de la fiscalización del pescado. Ignoro el nombre de la calle."

Pero está ya averiguado, después de estos testimonios y de una cuidadosa búsqueda en los archivos de las Universidades, que Eça de Queiroz nació en una casa de la Plaza do Almada, señalada hoy por una lápida de bronce, obra de Teixeira López, en la que se lee: "A Eça de Queiroz. 25 de noviembre de 1845. 1845-1900. Homenaje de portugueses residentes en el Brasil." No tiene nada de extraño que esté bautizado en la iglesia parroquial de Villa do Conde, dada la solución de continuidad que existe entre los dos simpáticos pueblecitos.

Pero hay todavía algo más notable: no ha faltado quien ha escrito que nació en Ovar, y hay quien sostuvo que nació en Aveiro. Con razón dice su biógrafo Antonio de Cabral que, aunque en pequeñas proporciones, vuelve a existir la disputa iniciada en Grecia con el nacimiento de Homero.

El atribuir a Eça de Queiroz por patria Ovar y Aveiro tiene su origen en el error cometido en

una enciclopedia francesa, a causa de una carta del insigne novelista, dirigida al ilustre historiador Oliveira Martins, en la que le decía, disculpándose de no ir a Costa Nova el día indicado por tener que acabar unas pruebas, cosa que no le dejarían hacer allí donde para recibirlo habría "barco en el río, cohetes y tal vez literatos locales": "Yo me dirigiré hacia ahí en toda esta semana—escribe—. Hijo de Aveiro, educado en la Costa Nova, cuasi pez de río, no necesito que mandéis a mi encuentro. Sé ir con mi propio pie al viejo y conocido *palheiro*." Y esto no se puede tomar al pie de la letra.

Eça se considera de Aveiro por lo familiar que le es, y porque su abuelo, Joaquín José Queiroz, que tomó gran parte en la revuelta de Aveiro, era natural de Quintans, y mandó construir en Verdemilho, pueblo también del distrito de Aveiro, una casa solariega cuyos restos existen aún.

EL PADRE

El padre del gran escritor había nacido en el Brasil, y en él existía el germen literario que con tanta brillantez se desarrolló en el hijo. El dirigió en sus mocedades *La Crónica Literaria de la Academia Dramática* en Coimbra, y fué un poeta discreto que compuso un poema: *El Castillo del Lago*.

Más tarde fué magistrado del Tribunal Supremo, diputado en varias legislaturas, y llegó a ocupar el puesto de par del reino.

Por cierto que en la vida de magistrado del padre de Eça de Queiroz ocurrió un suceso que tuvo influencia en la vida del hijo, y que, según algunos

biógrafos, explica la conducta que observó respecto de él Camilo Castello Branco.

Camilo era el rival de Eça de Queiroz; era el representante de la antigua escuela; y justo es decir que más comprendido que Eça en Portugal.

En las polémicas que ambos sostuvieron, Camilo no usó contra Eça la formidable dialéctica que acostumbraba a emplear. Es más, soportó las ironías y los ataques de Eça de Queiroz con una paciencia rara en él, tratándole siempre con una amistosa cortesía, sin dar al público los juicios poco favorables que dejó escritos al margen de las obras de Eça de Queiroz, entre ellas *La reliquia*, a la que inconsideradamente califica así:

"Este libro tiene dos partes: primera, Porquería; segunda, Pesadez. Es una *pochade* a lo Paul de Kock."

Se cree que la consideración que llevó a Camilo a respetar ante el público a Eça de Queiroz debía ser el agradecimiento que guardaba a su padre.

Todos conocen esa página de amor romántico que decidió de la vida de Camilo; su intensa pasión por Ana Placido, que recuerda la novela de la vida de Espronceda. Casada ella con el anciano Manuel Pinheiro Alves, estaba también enamorada de Camilo. Este creyó morir al saber su casamiento; y desesperado, loco, huyó de Porto y vagó por el Miño; pero no pudiendo resistir a la fuerza de su pasión volvió a la ciudad, donde durante ocho años su amor se alimentó de idealismo, en una titánica lucha; hasta que al fin, vencidos por la pasión,

rendidos y exhaustos, los dos amantes se unieron, abandonando ella el hogar del esposo.

El marido ultrajado recurrió a los tribunales, procesándolos por adulterio. Era D. José María d'Almeida Teixeira de Queiroz el juez a quien correspondió este asunto. Muy grandes fueron los esfuerzos que hizo este magistrado, que tenía fama de recto y probo, para no entender en el asunto, primero, y luego, para librar a Camilo de aparecer como cómplice de Ana Placido y evitarle el oprobio de la sentencia.

Aunque nada de esto pudo lograr y los tribunales juzgaron y absolvieron a los dos amantes, Camilo guardó un eterno agradecimiento al hombre que así le demostró su afecto e interés; y sin duda por eso, dice el citado biógrafo, trató siempre a Eça con una dulzura rara en él, y a veces hasta con cariño.

INFANCIA

Eça de Queiroz lleva como vemos el nombre de la madre en primer término, siguiendo la costumbre portuguesa de que los hijos lleven primero el nombre de la madre que el del padre, por más que en la adopción de los apellidos de familia reine una anarquía que permite escoger a cada uno aquel de sus patronímicos que más le agrade; hasta el punto de que los hermanos suelen tener cada cual un apellido diferente; pero lo que más domina es el nombre de la madre; costumbre enternecedora, que parece conservar el significado de la palabra *matrimonio* (oficio de madre) en homenaje a los desvelos ma-

ternos y al respeto que en ese país gozan las mujeres, guardadoras del hogar y educadoras de los hijos, mientras los hombres se lanzan a las conquistas.

Aunque Villa do Conde no puede ser considerada como el lugar del nacimiento de Eça de Queiroz, tiene la gloria, no menor, de ser el lugar donde transcurrieron los primeros años de su vida.

Hasta la edad de siete años, en que volvió al lado de sus padres, Eça de Queiroz vivió en Villa do Conde, en casa del sastre Antonio Fernández do Carmo, esposo de su nodriza, Ana Joaquina Leal de Barros, que era costurera.

Estas primeras impresiones de la infancia, que forman el temperamento del artista, fueron muy poderosas en Eça. El norte de Portugal es de lo más recio de la Península; esos dos pueblecitos, a orilla del mar uno, dominado por la sombra del grandioso monasterio de Santa Clara el otro, unen en sí todas las galas de la Naturaleza y toda la sugestión poderosa de esa solemnidad augusta, que parece perpetuar la Edad Media y el feudalismo en la umbría de los paredones de los viejos conventos y de las altas torres de las ruinosas iglesias.

Los *Angelus* y las *Animas* de esas campanas, cuyos sonidos se hunden en las olas del mar, tienen una poesía augusta, solemne, inolvidable, que levanta la bandada de golondrinas de ensueño posadas en nuestras almas.

Ese mar Atlántico, dilatado, bravío, en cuya otra orilla hay un nuevo mundo, tiene en sus olas, en su aire, en sus cambiantes de luz y de color, en sus

tempestades, sus bonanzas, sus crepúsculos y sus amaneceres, una iniciación bautismal para el Arte. Que Eça de Queiroz sintió esa poesía, que traspasó su ser, se ve en todas sus descripciones: en los cuadros de sus viajes, en sus marinas admirables. No olvidó a sus pescadores, inconscientes, miserables, honrados y felices. Lo dice altamente ese artículo, que parece generador de *Flor de Mayo*, de Blasco Ibáñez, y del cuadro célebre de Sorolla, ¡Y luego dicen que el pescado es caro!, que figura en las *Farpas: La novela de la barca*. Su contacto con el pueblo portugués le dejó profundas impresiones, que le valieron para hacer vivir muchos de sus tipos con una verdad incomparable. Porque Eça de Queiroz, el creador de la novela realista en Portugal, no dejó de ser romántico, en la alta acepción de la palabra; no fué un sensiblero, cursi, falseador de la vida; fué un sensitivo, idealista, que se ajustó siempre al imperio de la verdad.

En esos primeros años de su vida, el niño jugaría con el baberillo sucio, desgrefinado y lleno de churretones, por estas calles terragosas del pueblecillo, en las que suelen irrumpir gallinas y cerdos, y se mezclaría con los chicotes de los pescadores. Quizás aquí compuso su primera novela: algún cuento fantástico para entretener a los tagarotes y evitar así, él que era débil y tímido, que, con juegos más expresivos, le propinasen alguna morrada. Gracias a estos primeros años la vida llegó directamente a él, sin ese convencionalismo con que llega al niño rico de la ciudad, al que no forma la vida sino a través de sus preceptores.

EN PORTO

Más gris y más desconocido es este período de su vida. Diez años pasó perdido en la triste ciudad comercial de Porto; y durante ese tiempo, aunque él asegura que era mal estudiante y que nunca abrió los libros hasta la víspera de los exámenes, hizo su aprendizaje de instrucción primaria y sus estudios preparatorios, que fué a aprobar a Coimbra, y de los cuales se burla donosamente en *Francesismo*:

"Cuando llegué en la diligencia a Coimbra para hacer el examen de Lógica, Retórica y Francés, el presidente del Tribunal, viejo cariñoso y menudito, de sotana muy aseada, se apresuró a preguntar a las personas amables que se interesaban por mí:

"—¿Sabe francés?

"Y cuando le garantizaron que yo recitaba Racine tan bien como el viejo Talma, el excelente anciano se frotó las manos con aire de inmenso alivio.

"—Entonces todo es óptimo. ¡Tenemos hombre!

"Y todo fué óptimo; recité mi Racine tan noblemente como si estuviese en presencia de Luis XIV, cogí mi *nemine*, y a la tarde, una caliente tarde de agosto, comí con delicia mi fuente de arroz dulce en la hostería del Paço do Conde."

No inclinaba su afición a Eça hacia la carrera de Leyes que le hacía estudiar su padre. Da tristeza el esfuerzo que suponen los estudios que se obliga a hacer a esos pobres niños débiles, cuyos días se abrevian aún más, o se intensifican para beber en

el cuenco del Destino toda el agua de la vida que en más larga existencia les correspondería.

Todos los hijos de D. José María d'Almeida estaban marcados con el sello de la tuberculosis, que elige sus víctimas en los seres más nobles. Sólo se salvó de esta triste enfermedad la hermana del insigne novelista, doña Aurora d'Eça de Queiroz. Los dos hermanos, Alberto y Carlos, murieron, como él, víctimas de la tuberculosis.

COIMBRA

Segovia. Al hablar de Coimbra recuerdo la coronada ciudad de Castilla, la que quizás más que otra alguna guarda un cetro y un trono en alguna de esas habitaciones trasteras que debe haber en los viejos alcázares, y junto a ellos, arrumbada, alguna de esas coronas, especie de lustres, como las de los reyes godos que hay en el Museo de Cluny.

Esos atributos no son de la Monarquía: son de la Nación, que en un torneo los entregó a la muy vieja y muy noble ciudad; ciudad que es toda un alcázar; símbolo y solar del alma de todo el pueblo; alma arcaica y medioeval, renovada en la forma, pero íntegra, entera y ruda en el fondo, donde guarda todas las grandezas y todos los estigmas con que la han marcado los caracteres étnicos y climatológicos inmutables; "la ardiente y fantástica Coimbra de mi tiempo", escribe luego Eça recordando sus calles románicas y sus luchas exaltadas, o "esa Coimbra de tan lavados y dulces aires" recuerda, cuando piensa en los jardines que la envuelven, en las flores que ríen en todas partes, en la

prodigalidad fecunda de las fuentes y las aguas del Mondego, que la remozan.

Ciudad gran señora en la que las risas y las voces se apagan en la armonía de su distinción; ciudad noble en la que las madre selvas, los jazmines y las rosas no ponen notas detonantes ni perfumes voluptuosos en el aire transparente y el cielo azul. No son como lentejuelas deslumbradoras de un manto de oropel: son joyeles de gran dama, ponderados, entonados en la melancolía incomparable de los crepúsculos dorados y rosas.

En un extraño acorde riman las calles estrechas y en cuesta, de casas apiñadas, con los suntuosos edificios románicos—las ciudades nobles son más románicas que góticas—y los jardines de árboles seculares, verdaderos bosques, como la Quinta de las Lágrimas, prisión y calvario de la enamorada Inés de Castro, *la de las bellas trenzas*, que reinó después de morir.

Sugestión de historia y tradiciones de la ciudad sapiente, que hacen buscar en el rostro de cada mujer que cruza la plaza los rasgos finos y torturados del semblante empalidecido de la *Reinha Santa*.

Coimbra es ciudad que modela las almas. En su reciedumbre no cabe el término medio más que para espíritus vulgares: o una indomable rebeldía, o un misticismo absoluto.

Aquí llegó Eça de Queiroz con sus diez y seis años, que salía de aquel "infecto Porto", como él adjetivaba a la ciudad del Duero.

EL ESTUDIANTE

Un mundo nuevo se abría ante sus ojos admirados de adolescente. Allí se hospedó durante dos años en una casa particular que recibía algunos estudiantes: casa del doctor José Doría, rua de Loureiro, 12; desde donde pasó a la rua de Salvador, 16, en la que permaneció todo el tiempo que moró en Coimbra: él da maravillosamente la impresión de la austeridad de ese cuarto, en el que había una gran cruz pintada al carbón en la pared y alrededor se leían versículos de la Biblia y dísticos de la Imitación

“Era el hereditario cuarto de la vieja Coimbra, con las puertas rudamente embadurnadas de azul, el techo alto de madera oscura y la cal de las paredes rayada por todas las cabezas de fósforos que en cincuenta años la habían raspado, con pereza, para encender la torcida de aceite a la hora triste en que se toca a queda. En un rincón, un lecho de hierro de un atavío rígido. Delante de la ventana, la mesa de la Coimbra de mis tiempos, tabla de pino sobre cuatro pies toscos, donde una Biblia, un Virgilio, el cuaderno de papel y el mazo de los cigarros posaban con un orden riguroso y árido.”

No tiene relieve ninguno la figura de Eça de Queiroz en ese ambiente, donde brillaban *El príncipe de la mocedad*, Anthero de Quental, que ya había publicado sus bellos libros *Sonetos* y *Beatriz*, y Theofilo Braga, que daba las primeras muestras de su talento con su poema *Visión de los tiempos*. Allí estaban también Manuel de Arriaga, que había

de ser el primer Presidente de la República; Antonio de Azevedo, Lobo de Moura y toda una pléyade, que se ha hecho célebre después.

Eça de Queiroz pasaba al lado de ellos sin tomar parte en las acaloradas y ruidosas discusiones sobre Religión, Filosofía, Historia, Literatura y Estética. El veía desde lejos al incomparable Anthero, el genio de la revolución y de la moral nueva, predicando de noche en la escalinata de la *Sé Nova*, románticamente bañada por la Luna. El sentía inflamarse su espíritu en aquella llama, a la que, más tímido, no se atrevía a acercarse. Estaba tan desilusionado de la inutilidad del esfuerzo para distinguirse en los estudios memoristas de la Universidad, que decidió “relacionarse en el mundo” y se hizo amigo de toda la juventud aristocrática.

Todos sus estudios y sus relaciones lo predisponían para amar la literatura francesa, a la que Eça se entregó en cuerpo y alma. “Conocía a cada novelista francés, no sólo en su obra, sino en su vida, en sus amores, en sus *tics* y en su estado de fortuna”—dice.

Pero en realidad no se limitaba sólo a los franceses: leía, incansable, a todos los genios mundiales: Shakespeare, Dante, Goethe, Cervantes y Poë; discutía de literatura con sus amigos, y paseaba por los alrededores de Coimbra, dejando que su poesía lo saturase, viviendo en el mundo ideal que se había formado para conversar con Hamlet, Don Quijote y Werther.

El se compara con el legendario mozo confitero que asistió a la toma de la Bastilla con su cesto de

pasteles al brazo. Ni siquiera colaboró en aquellos periódicos *Phosphoro*, *Attila*, *Tira-teimas* y *Crysalida*, abiertos a todos los jóvenes de su época.

Eça fué un gran actor aficionado en el *Teatro Académico*, y representó todos los papeles de *pae noble*, ya grave y opulento, con patillas grises, ya de aldeano trémulo apoyado en su cayada. Llegó a tener fama de gran actor, siendo muy aplaudido y alcanzando grandes éxitos. Pero en este teatro se representaban siempre obras francesas; a ninguno se le ocurría hacer nada original, hasta que Theófilo Braga, harto de Francia, se atrevió a dar un drama suyo, conciso y violento, con el título de *Resignación*, que se representó en la noche del 29 de abril de 1865. Eça dice: "Yo representé al poeta Garção con calzón corto y peluca, y estuve sublime; pero la obra fué acogida con indiferencia y disgusto. Un solo grito resonó entre bastidores: "Ahí tienen... Un fracaso. ¡Naturalmente! ¡Obras portuguesas!" Inmediatamente nos refugiamos en el francés y en Scribe."

Cuenta también que ensayando la obra *Os amigos íntimos*, que les llevó el gran actor Santos (Pitona), no podía lograr pronunciar bien la palabra *solidariedad*, y tuvo que cantarla separando las sílabas como las notas de música: *so-li-da-rie-dad*.

Theófilo Braga me ha hablado de esta época de su juventud. Después de las representaciones había cenas opíparas, y algunas noches salían después a la calle liados en mantas, con coronas de laurel, simbolizando la generación de los Petrarcas y cantando lacrimosamente a coro, con gran susto de

los pacíficos habitantes, que escapaban gritando, al ver aquella multitud de fantasmas coronados.

Eça adoraba el teatro, en el que encontraba pasión, dolor, lucha. Dice que su ideal eran "Shakespeare y Hugo, y los cómicos españoles, *sombrios* y *magníficos*, del siglo XVI". Se puede asegurar que el teatro despertó su vocación a la literatura.

LAS TÍAS "CAMELLAS"

Eça frecuentaba durante el último año de su carrera, en compañía de su amigo el poeta João Penha, en cuya casa iba a dormir, la taberna de las *tías Camellas*, situada en la rua de Borrvalho, tres viejecitas que se llamaban María, las tres, cuyos peces fritos tenían gran fama. Era un pequeño local, una sala ahumada, con toscas mesas y bancos de tres pies, donde por tres veintenes (treinta céntimos, si estuviese la moneda a la par) se hartaban de pescado frito, a montonado en amplios barreños, vino tinto, aceitunas y pan de maíz.

A esa taberna acudían los estudiantes, que discutían en ella de literatura y metafísica, y los extranjeros artistas que deseaban ver los lugares típicos. Allí recitó el actor Rossi el monólogo de *Hamlet* y el prestidigitador Herman celebró sus mejores sesiones. En la correspondencia de D. Fadrique Méndez, el novelista recuerda a las *tías Camellas*, esas encantadoras viejas, que, "escrupulosamente, a través de lascivas generaciones de estudiantes, habían permanecido vírgenes para poder pasar toda la eternidad en el cielo, al lado de Santa Cecilia, tocando el arpa".

No sabemos si en este tiempo Eça tuvo unos amores estudiantiles, como parece desprenderse de este párrafo suyo: "Durante tres años Carlos tocó la guitarra por el *Penedo de Saudade*, se encharcó de mosto en la tasca de *las Camellas*, publicó en *La Idea* sonetos ascéticos y amó desesperadamente a la hija de un herrero de Lorvão."

"LA DIVINA GABRIELA"

Se guarda recuerdo del enamoramiento romántico que sintió Eça por una pobre titiritera, "la divina Gabriela", que, según parece, no llegó a conocer la pasión del estudiante.

Véase lo que a propósito de esto dice Eça de Queiroz:

"Cuando yo era estudiante, también fué visitada Coimbra por aquellos genios, bajo el sol exaltador de mayo, estando ya abierta la flor del Ponto. Vino un prestidigitador; vino un violinista; vino la divina Gabriela, que ya no recuerdo si bailaba en la cuerda o si representaba melodramas, sino que era divina. Convidamos al violinista a cenar en la taberna del Cavalheiro esa sardina y ese bife sombrío, que desde los tiempos del rey D. Diniz ofrece a las almas, donde descubre verdadera grandeza, la Universidad de Coimbra. En esa cena, justamente, el Collares estuvo como nunca de fresco y sabroso, y más tarde, en la Couraça dos Apostolos, bajo la Luna melancólica de mayo, apaleamos al violinista.

"A la divina Gabriela le dedicamos sonetos excelentes, de sutil concepto y coruscante rima. Después pasó un buen mozo, clavó en Gabriela una mirada

fatal y negra, y Gabriela siguió al buen mozo a una casita blanca que estaba entre las acacias de Santa Clara, donde pasó su vida, sumisa y dulce, remendando la ropa blanca del buen mozo que pasó. Así trataba la Coimbra de mi tiempo a los genios que la visitaban, exactamente como Jerusalén trataba a los profetas que iban a ella y que luego eran sometidos por la fuerza o corrompidos y sujetos por el encanto de su gracia."

Pero mientras el futuro gran escritor pasa así la vida, como ajeno a todo lo que en torno suyo ocurre, se lleva a cabo el glorioso movimiento que hace evolucionar las ideas, se crea una nueva estética, se acaba con una degeneración del romanticismo, resto de aquel hermoso movimiento, hacia el individualismo y la originalidad, efectuado a principios del siglo, y se prepara el terreno para la nueva escuela que dominará Eça.

Realmente no era culpa suya el no tomar parte en los movimientos revolucionarios, pues los directores de ellos no daban beligerancia a los alumnos de primero a tercer año, y Eça era de los novatos.

Sin embargo, él relató sus años de Coimbra, como si hubiese tomado parte en esos movimientos, en sus *Cartas familiares*, y asegura que asistió en esos tumultuosos años de mocedad a tres revoluciones.

ANTHERO DE QUENTAL

Es curioso conocer este período de historia político-literaria. Una juventud entusiasta, idealista; una juventud que enviaba un cartel de desafío al Zar, indignada por la esclavitud de Polonia—tristes tiem-

pos de indiferencia los nuestros—, que tenía por verbo a Anthero, al que ha retratado Eça con frase gráfica “Un genio que era un santo”, pero hay que añadir que parecía un demonio.

Anthero, como Byron, hubiera sido capaz de ir a combatir y a morir por un país oprimido.

Su hermosa oda revolucionaria que comienza

“Aquí da França! que te vejó agora
como ave da noite, triste e escura!
Ha pouco ainda a olhar o sol—n’esta hora
Meia offuscada ao esplendor da altura!”

y sigue

“Contra a Russia—a heresia das nações—
Um grande y forte apóstolo de ferro!
que va direito dentro aos corações
con rijo abalo esmigalhar o erro!”

despertaba el entusiasmo de una juventud que aun no era egoísta, que aun sabía vibrar y sentir.

Anthero era el más arrojado, el más temible de todos. Cuando visitó Coimbra el príncipe Humberto de Italia, se leyó en el teatro otra célebre oda de Anthero, de un portugués tan sonoro que el príncipe la creyó escrita en latín. Es la que comienza:

“Italia e Portugal! Que duas patrias
Ambas tao bellas, tao formosas ambas!
Una a patria do berço; outra a das almas;
Una das artes; outra a dos combates!”

El fué el encargado de saludar al hijo del rey de Italia, y no faltaron en su mensaje—del que se entregó al príncipe una copia en italiano—palabras de amor para Italia libre y para Garibaldi.

“No es al representante de la Casa de Saboya al que venimos a rendir homenaje—decía—; es al hijo del primer soldado de la independencia italiana.”

Y en este tiempo era rector de la célebre Universidad el prelado Bazilio Alberto de Sousa Pinto, hombre rudo, violento, tipo de Cura de Santa Cruz, con trazos de asceta, un alma de inquisidor, que recorría Coimbra a caballo y era inflexible en sus decisiones.

Exigía la más severa disciplina y obligaba a los alumnos a entrar en las aulas con sotana abotonada, media negra, zapatos de cura y cuello eclesiástico.

Se cuenta que un día llamó al catedrático de la Facultad de Derecho, que era Ayres de Gouveia, el futuro obispo de Bethsaida y arzobispo de Calcedonia, que entonces era un seglar elegante, siempre con flor al pecho, y le ordenó que se afeitase el bigote.

—Prelado—respondió Ayres—, en mi cara no manda nadie más que yo.

“EL RAYO”

La indignación contra el tirano era inmensa. Alfredo Mantúa y Anthero eran los jefes del movimiento. Entonces se formó la sociedad secreta a la que los no afiliados llamaron de *El Rayo*, por la anécdota de que durante una tempestad Anthero había desafiado a Dios, con el reloj en la mano, conminándolo a que probase su existencia enviándole un rayo antes de siete minutos. Los creyentes han inventado la leyenda de que el rayo cayó a poca

distancia, con gran espanto del poeta; pero Eça desmiente tal suceso y dice que ni Anthero llevaba reloj, ni tenía el mal gusto de confundir a Júpiter con Jehová, ni hubo milagro alguno.

Las filiaciones de socios se hacían a media noche, en local remoto, sombrío, unas veces en el bosque y otras junto a los muros del triste cementerio de *Santo Antonio de los Olivares*. ¿No recuerda esto a la sociedad *Los Numantinos*, que creó nuestro Espronceda?

Con motivo de la distribución de premios, los estudiantes afiliados se convinieron para hacer una ruidosa manifestación. Tomaron sitio en la sala de actos, y apenas empezó a hablar el rector, se dieron las manos y, bailando una especie de *galop*, en un remolino infernal, salieron de la sala, arrastrando a los catedráticos y al público, y se esparcieron por la ciudad, dando vivas y mueras estridentes.

Es preciso confesar que el rector estuvo a una grande altura. Presenció el espectáculo sereno, impassible, sin moverse, y continuó su discurso, hasta el final, como si nada hubiese pasado, ante las pocas personas que quedaron en el local.

El Gobierno, presidido por el Duque de Loulé, sostuvo al rector, para hacer respetar el principio de autoridad, y le dió el título de Vizconde de San Jerónimo. Los miembros más atrevidos de la sociedad *El Rayo* tuvieron el proyecto de raptar al rector y tenerlo prisionero durante unos días, tratándolo con toda consideración, para luego recomendarle, al ponerlo en libertad, que aprendiese de su cortesía.

El proyecto no se llegó a realizar porque el rector dimitió, y entonces se deshizo la sociedad, ingresando muchos de sus miembros en la Masonería.

LA "ROLINADA"

Pero la paz no había de ser duradera. Tuvo lugar poco tiempo después la famosa *Rolinada*, llamada así de uno de los apellidos del ministro Duque de Loulé, el cual negó a los estudiantes la gracia de supresión de examen de grado que era costumbre conceder cada vez que nacía un príncipe. Los estudiantes, en venganza, quemaron una imagen de paja representando al Duque, a las puertas de la ciudad. Este crimen fué origen de que el Gobierno enviase tropas a Coimbra, y los estudiantes, cada vez más exaltados, abandonaron esa ciudad para ir a Porto, y celebraran una asamblea en el teatro Baquet, donde peroraron los más exaltados; pero viéndose sin apoyo en sus compañeros de las demás ciudades, y por consejo de personas respetables, volvieron de nuevo a Coimbra como un ejército en retirada, derrotado y maltrecho.

LA ESCUELA DE COIMBRA

La tercera revolución fué de carácter literario, y de ésta es de la que se conserva el recuerdo.

Anthero de Quental sentía hacia el pontífice del Romanticismo, Antonio Feliciano de Castilho, una repugnancia que se comprende fácilmente conociendo el espíritu altivo, innovador, revolucionario, independiente y altamente crítico y estético de Anthe-

ro, comparable sólo con nuestro *Figaro*, hasta en su suicidio.

Cuando Castilho fué a Coimbra, se celebró una velada en su honor, y allí recitó poesías originales suyas o traducidas por él. Varios estudiantes declamaron, contándose entre ellos la poetisa de Coimbra Amelia Janny. Los estudiantes que cultivaban la literatura, como Theófilo y Anthero, resolvieron no asistir; pero al fin accedieron a instancias del doctor Felipe de Quental, tío del último, y Anthero apareció en el palco escénico, llamando la atención con su figura bella y noble, su cabellera revuelta y su mirada penetrante. Leyó la introducción del vasto poema, que la muerte no le dejó terminar, entre una explosión de aplausos y de entusiasmo, hasta el punto de que Castilho dijo: "Es un poeta de genio."

Más tarde, acabados sus estudios, Anthero hizo un viaje a Lisboa para tratar de publicar sus *Odas modernas*, en compañía de su amigo Alberto Sampaio, que llevaba su primera novela, con el mismo objeto.

Sus amigos de Lisboa influyeron para que diese el manuscrito a Castilho a fin de que éste manifestase su opinión.

Pasados algunos días, Anthero fué a ver a Castilho, y el espectáculo del poeta, lleno de vanidad, ostentando su título de vizconde, colmado de honores por los reyes, rodeado de una corte de admiradores, cortesanos y serviles, que oían las palabras que se escapaban de su boca como sentencias apocalípticas, consagrando o deshaciendo, como un árbitro supremo, lo indignaron.

No hubo en este sentimiento rencor personal; no pudo haberlo. Castilho elogió a Anthero con exageración. Alabó hasta lo que Anthero sabía que era defectuoso, y esto le dió la impresión de que no mentía la Fama diciendo que Castilho elogiaba a los jóvenes que le pedían consejo para luego burlarse de ellos. Se sintió ofendido por lo que juzgaba lisonja y falta de sinceridad, y declaró, con estupefacción del pontífice y su corte, que él no había ido allí para recibir loas, sino para que le corrigiesen los defectos.

Lo cierto es que los dos amigos salieron de Lisboa sin hallar editor, y que lo mismo les sucedió en Porto, donde por poco se desmaya el gerente de la casa editorial Moré al oír las odas de Anthero, el cual las publicó luego por su cuenta, después de departir acerca de ellas con otro gran romántico, ya apartado de la vida pública en su retiro del campo: Alejandro Herculano.

Sin embargo, no fué Anthero quien rompió primero el fuego. Una imprudente carta de Castilho, inserta en el libro *Poema do Mocidade*, de Pinheiro Chagas, trataba inconsideradamente a Theófilo Braga, a Anthero de Quental y a Viera de Castro. Este último no se dió por enterado; pero los dos primeros recogieron el guante, y Anthero respondió agriamente *al patriarca de las letras portuguesas* con el folleto *Buen sentido y buen gusto*.

No contestó a esto Antonio Feliciano de Castilho, que había hecho público que Homero le prohibía toda polémica; pero contestó su hijo Julio en el fo-

lleteo titulado *El señor Feliciano de Castilho y el señor Anthero de Quental*.

Se formaron dos bandos formidables; en el de los románticos se alistaron Pinheiro Chagas, Teixeira de Vasconcellos, Manoel Roussado, Eduardo Vidal, Osorio de Vasconcellos, Brito Arana, Carlos Borges y otros muchos, campeones de Castilho, entre los que estaba Camilo Castello Branco, que publicó su libro *Vanidades irritadas e irritantes*.

En el otro bando combatiente estaban Amaro Méndez Gareta, Elmano de Cunha, Augusto Malheiro Díaz, Ruy de Porto-Carrero y Theófilo Braga, que tan potente arma esgrimió con su libro *Las teorías literarias* y que aun se exalta y anima de juvenil entusiasmo cuando me habla de "aquellos tiempos".

Ramalho Ortigao, que era redactor del *Jornal do Porto* y no pertenecía a ninguno de los dos bandos, arremetió contra unos y otros, y más ásperamente contra Anthero, considerándolo cobarde por haber insultado a Castilho, viejo y ciego.

Aunque esto no era cierto, porque Castilho tenía quien por él respondiese, y lo prueba el hecho de que su hijo agredió a Theófilo Braga, dándose ambos de palos, hasta que los llevaron a la Comisaría, Anthero emprendió el camino de Porto para contestar al agravio.

El duelo se verificó a espada, y Anthero hirió a Ramalho en un brazo. No es cierto que Anthero sabía tirar. A propósito de esto Eça de Queiroz ha dicho: "Anthero fué en su mocedad un *magnífico varón*. Airoso y ligero caminaba leguas, en largos pa-

seos, que se prolongaban hasta el monte de Bussaco; con la mano delgada y fina, de vieja raza, levantaba pesos que me hacían gemir a mí sólo de contemplarlo; jugando al sable para adiestrarse, tenía ímpetus de Roldán, y los amigos rodaban por las escaleras ante su inmenso sable de palo, como moros derrotados."

Después del duelo de Anthero y Ramalho, la cuestión de Coimbra duró aún algún tiempo, cruzándose una verdadera granizada de opúsculos y folletos. El resultado favoreció a los revolucionarios, y Eça de Queiroz fué el llamado a coger el fruto de la renovación literaria, de la que llegó a ser el más genial representante.

El ha sintetizado así después este período: "Para Theófilo Braga esta lucha de Coimbra fué esencialmente una reivindicación del Espíritu Crítico; para los otros planfetistas, todos literatos o aliterados, una afirmación de Retórica; para Anthero, completamente ajeno al literatismo, una defensa de la Consciencia y de la Libertad. Por eso nos impresionó su ataque, sobre todo, no por el brillo superior de su ironía, sino por su tendencia moral y la cantidad de revolución que contenía aquella altiva burla al déspota del purismo y del lexicón."

LOS COMIENZOS

En 1866, Eça de Queiroz dejó la vieja Coimbra, lugar de mocedad, al que se unen, más tarde, los más queridos recuerdos, para ir a Lisboa.

Theófilo Braga asegura, y no hay motivo para dudar de él, que Eça de Queiroz abandonó los estudios

y fué a Lisboa porque se sentía incapaz de seguir el fárrago de la magistratura judicial y de bestificar la inteligencia en la rutina cotidiana del Foro. Dice que la Literatura fué para Eça un consuelo, y tal vez la juzgase una rehabilitación del suspenso que un Bernardo de Albuquerque le dió en su examen de quinto año.

En cambio, su biógrafo Antonio Cabral niega este hecho, que expresó Theófilo en *Las modernas ideas en la Literatura portuguesa*, y publica las notas que alcanzó Eça en sus exámenes de quinto año, en los que, según él, fué aprobado en todo *némine discrepante*.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que Eça no quiso seguir la Magistratura. El que lo suspendieran o no, nada quita ni pone a su gloria. El talento de los literatos podría regularse por el número de suspensos que reciben en las aulas, cuando van a aprobar disciplinas que abotargan el espíritu y embotan la imaginación. Por mi parte creo que no es dado dudar de la palabra del eminente sabio amigo y partidario de Eça de Queiroz.

No fueron brillantes los comienzos del escritor. Lo vemos aparecer en los folletines de la *Gazeta de Portugal*, recopilados en *Prosas bárbaras*.

EL GUITARRISTA

Poco después Eça fué a Évora, la vieja ciudad románica de Alentejo, a dirigir el periódico *El Distrito*. Allí, en Évora, la vida se le hacía insoportable por su dulce uniformidad y monotonía. Dedicaba sus horas a tocar la guitarra, pues decía que "era una

gran cosa saber desahogar el alma de las cosas confusas y sin nombre que la agitan, por medio de las cuerdas de una guitarra". Fué siempre Eça tan aficionado a este instrumento, en el que se hallan, en efecto, goces que alivian la inquietud del artista que aun no ha encontrado la fórmula del Arte, que una vez que volvió a Coimbra, diez años antes de su muerte, con motivo del centenario de Camões, pasaba horas enteras embebido en la contemplación de aquel paisaje. Sus amigos le preguntaron si prefería que lo obsequiaran con un banquete en el campo o con una velada poética.

—¿Una velada poética?—preguntó Eça—. ¿Está aquí João de Deus? No comprendo bien más versos que los de João.

Y al saber que no podía contar con su poeta, exclamó:

—Una guitarrada, muchachos, una guitarrada.

Vinieron los guitarristas de más fama de su tiempo, José Julio y Jayme d'Abreu, y el novelista escuchó, lleno de emoción, los fados portugueses, que tan admirablemente supo evocar en la carta a *Madame de Jouarre*, en la *Correspondencia de Fradique Méndez*.

Basta leer con atención la obra de Eça para no necesitar más datos para su biografía; ella nos lo dice todo.

En Évora llegó a dominario tal melancolía, que tuvo que renunciar a los cien mil reis que le reportaba la dirección del periódico, el cual escribía él solo, y volver a Lisboa.

EL ABOGADO

Abrió su bufete de abogado en la plaza del Rocio, núm. 26, piso cuarto; pero aquel bufete modesto de un novel abogado al que nadie conocía no tuvo apenas clientes.

Al fin cayó en sus manos una causa sensacional: el crimen de un marinero que mató a su mujer. Eça dejó volar su imaginación de novelista; una tragedia de celos, un estado de espíritu que él pintaría ante el tribunal para sacar libre a su defendido. Pero el criminal se obstinó en negar su crimen en la vista e hizo imposible que el abogado luciera su elocuencia. Eça, al ver deshechos todos sus argumentos, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Bruto! ¡Ha estropeado mi defensa!

E impresionable como era, no quiso volver a vestir la toga y dejó definitivamente la carrera.

EL CENACULO

En este tiempo Eça se hace amigo del conde de Rezende, tipo de calavera, incrédulo, pendenciero y enamorado, que formaba parte del célebre *Cenaculo*, donde se reunían los artistas jóvenes, para embellecer un poco los días monótonos de la gran población.

Algunas veces sus bromas eran inocentes y hacen recordar la célebre *Partida del Trueno*, en la que de igual modo se divertían Ventura de la Vega, Larra, Espronceda y sus amigos. Una noche, el conde de Rezende y José María d'Almeida Garret amarraron el extremo de una cuerda al magnífico coche del conde de Balhão, y el otro extremo a la mesa de

una pobre taberna donde comían tranquilamente varios hombres del pueblo. Júzguese el estrépito al arrancar el coche arrastrando la mesa y derribando sillas y cacharros.

Pero no se mantuvieron las bromas en terreno tan inocente: muchos de aquellos desocupados aristócratas y *fadistas* llegaron a cometer todo género de calaveradas y desafueros. Se renuevan las cacerías de mujeres en las calles de Lisboa como una reminiscencia de los tiempos de Alfonso VI. La crónica escandalosa refiere hechos vergonzosos. En el *Diario de Noticias* de 1865 se lee: "Ha sido raptada violentamente en la estrada de Barcellos, por el señor José María d'Almeida Garret, ayudado de los señores D. Luis de Castro, hijo del señor conde de Rezende; Lourenço Augusto Perira Malheiro y Manuel José Texeira, una joven que, en compañía de su madre y de su raptor, paseaba por aquel lugar. Felizmente los raptos fueron presos en flagrante delito y la infeliz joven está ya al abrigo de los que pretendían robarle su más preciosa joya."

Consta que Eça de Queiroz no tomaba parte en estas locuras; pero estaba demasiado cerca de ellas y debió impresionarlo profundamente el terrible drama que surgió cuando Viera de Castro, el amigo y compañero de todos, mató a su esposa al descubrir sus amores con su íntimo amigo Almeida Garret.

Este hecho conmovió profundamente, por la categoría de los personajes y por sus circunstancias, a Portugal entero.

Fué imposible salvar de la saña de la Justicia al brillante orador Viera de Castro, que partió hacia

la deportación y la muerte en tierra africana; mientras Garret, rechazado por los trapenses, vagaba desesperado por el Extranjero. Dícese que la esposa de Viera de Castro era inocente. Un clavel que Almeida Garret llevaba en el ojal, igual al que Viera de Castro había regalado aquella mañana a su esposa, despertó los celos del marido, que, nuevo Oteló, llegó a su casa pidiendo *o cravo*, y ciego de cólera al no presentárselo, mató a la infeliz señora. Pero lo cierto es que, si no era la amante de Garret, él la amaba apasionadamente y su muerte ejerció una influencia decisiva en toda su vida.

VIAJE A ORIENTE

Por alejarse de este desdichado asunto fué por lo que Rezende quiso hacer un viaje a Oriente, y llevó en su compañía a Eça, que más tarde había de ser su cuñado.

En este viaje los dos amigos recorrieron España y embarcaron en Cádiz para Malta—¡oh, preciosa descripción de *La Reliquia!*—y para Egipto, donde visitaron El Cairo, las pirámides, el viejo país de los Faraones, recibiendo como un nuevo bautismo de arte en las sagradas aguas del Nilo.

En la biografía de todo escritor genial se halla siempre la influencia de uno de estos grandes viajes que inyectan su savia en el espíritu. Los genios del Norte han viajado todos hacia el Mediodía. Ha sido nuestro sol el que ha hecho germinar la semilla, con ese contraste brusco para ellos. Nosotros, los meridionales, no podemos sufrir ese choque violento en ningún país norteño. Está lozano nuestro

espíritu, lo vemos todo, lo estudiamos todo, sin perder el predominio ya adquirido. Quien va de la luz a las sombras no se sorprende. Tal vez necesitamos el Oriente, el deslumbramiento de esos países pintorescos, la sugestión de esas grandes leyendas de la Humanidad que tiene allí su solar, el contraste de costumbres exóticas. Fué esto lo que Eça encontró allí, lo que despertó su genio, lo que lo formó. Al salir de Portugal era un escritor mediocre, fuerza es confesarlo; al volver ya se anuncia como uno de los grandes escritores, y andando el tiempo, germinando la semilla en nuevos viajes y nuevos estudios, uno de los geniales escritores de Europa. A la poesía de Egipto se añade la visión de las costas de la Arabia, la excursión al desierto del Sinaí, para ver el oasis de Moisés; la Palestina y Jerusalén. A su vuelta asistieron al acto sorprendente de la apertura del Canal de Suez. Aquella noche memorable, que narra Eusebio Blasco, el grande escritor lusitano escuchó también el melancólico fandango de las guitarras españolas dando su improvisada serenata a Eugenia de Montijo.

Oyó cantar aquella copla:

“La pena y la que no es pena
toda es pena para mí;
ayer penaba por verte,
hoy peno porque te vi.”

y oyéndola debió recordar su guitarra portuguesa, sus noches de Coimbra y de Evora, la dulce poesía de sus *fados*, hijos, como nuestros cantos andaluces, de la melancolía del alma árabe y que fuera de la

Península parecen llorar el dolor de dos patrias distantes.

Allí vería aparecer a la emperatriz de los franceses, vestida a la española; emperatriz de hermosura, deslumbrando a los príncipes y los reyes, que en la escuadras de todos los países iban a surcar aquel nuevo camino que facilitaba el paso entre dos continentes.

Tal vez la *Carmen Puebla* de Eça estuvo inspirada, como la *Carmen* de Merimé, en aquella suprema *Carmen de España* que fué la emperatriz Eugenia, a la que él no supo perdonar, a pesar de toda su belleza, el ser la esposa de Napoleón III.

EL REGRESO

A su vuelta aun reanudó su vida del *Cenáculo*, donde conoció a su gran amigo Ramalho Ortigao. Se reunían en casa de Jayme Batalha Reis, en la esquina de la travesía de Guarda Mor—hoy *rua do Gremio Lusitano*—, donde tiene su sede la Masonería, y de la *rua dos Calafates*, actualmente *rua do Diario de Noticias*. Allí se discutía de todo, como en los buenos tiempos de Coimbra.

Batalha Reis tenía un criado gallego al que llamaban *Via Láctea*. Sus ocupaciones no consistían en fregar ni en barrer, sino en estar alerta para sorprender “el paso de una Idea a lo largo del río del Espíritu y avisar para que la pudieran coger en la red del Verbo”. El pobre criado, medio loco por esta jerga que no entendía, pasaba el tiempo metido dentro de la chimenea esperando el paso de la Idea, y contestaba a los que le preguntaban an-

siosos: “¿Has visto la Idea, *Via Láctea*?” “*Num vi nada*.” La aparición de Anthero, como apóstol del socialismo, hizo cambiar las cosas y que acabara la banalidad de una vida atrofiante, empezando a estudiar los filósofos y a pensar en cosas serias.

Los burgueses de la época señalaban ya a Eça de Queiroz, diciéndose en voz baja a su paso:

—Ese es el hombre que viene de Tierra Santa.

Cosa extraordinaria entonces y que los admiraba, como nos admira a nosotros ahora, el pensar que aquellas carrozas revestidas de oro del tiempo de Don Juan II que existen en el Museo de Lisboa fueran y volvieran a Roma, tiradas por caballos, a través de los caminos polvorientos.

Pensaron entonces fundar, en lugar del *Cenáculo* desacreditado, una seria *Sociedad de Hombres de Letras*, y con tal intención se reunieron los escritores en un banquete, presidido por Antonio Rodríguez Sampaio, en el *Hotel Universal*. Eça, que fué uno de los iniciadores, no pudo asistir al banquete porque había sido nombrado administrador del Ayuntamiento de Leiria.

VIDA BURGUESA

Qué impresión le causó este pequeño pueblo a Eça de Queiroz nos lo dice él mismo. Siempre que un biógrafo de Eça tenga una duda, que se lo pregunte a él.

“Un cielo nublado, hostil, entristecía y pesaba. Yo vivía en una calle estrecha como una venda y triste como el destino de un monje; de un lado tenía las viejas paredes de la Misericordia, donde las

cornejas piaban; de otro, las torres de la Sé, donde las campanas hacían a cada momento rodar por el aire sus ecos sonoros."

Tal vez Eça exagera, porque Leiria no carece de encanto con su viejo castillo de D. Diniz y con la frescura de sus dos ríos, el Liz y el Lena; pero Eça de Queiroz no estaba bien allí: se aburría en la existencia tranquila, tan burguesa, que hasta se había hecho en política *miguelista*.

Eça vivía en la casa de unas señoras conocidas por señoras Jardoës, que hace luego figurar en su *crimen del Padre Amaro*, y apenas se trataba más que con gente aristócrata, o paseaba solo por el campo. Los veranos iba a la cercana playa de Vieira, donde conversaba con las señoras a la hora del baño.

Para entretener su fastidio tuvo allí también su aventurilla de amor. Estaba vestido de tirolés en un baile de Carnaval, casa de su amada, cuando el marido le sorprendió, y tuvo que huír, no sin recibir algunos golpes que le obligaron a guardar cama.

—Soy un Cupido aliquebrado—comentaba graciosamente.

Fué allí donde escribió su parte de la novela *El crimen de la carretera de Cintra* y donde esbozó *El crimen del Padre Amaro*, cuya acción pasa en Leiria y cuyos personajes están todos dibujados del natural.

Por este tiempo hizo Eça oposiciones al Consulado de Bahía (Brasil); pero, a pesar de ser los suyos los más brillantes ejercicios, fué dado este pues-

to a Manuel Saldaña de Gama. Eça dice que esta decisión fué "justa y galante"; y explica que fué justa, porque su competidor tenía establecimientos comerciales en aquel país, y galante, porque así se había complacido a una dama ilustre que influía en favor de su contrincante.

Por eso escribe Eça a propósito de este asunto: "La única cosa que me apenó fué haber tenido sólo un Consulado para sacrificárselo; ¡ah, si al menos tuviese un puesto de número en la Junta de la Parroquia! ¡Ah! Estos dos puestos, con algún romero alrededor y algunas violetas en el centro, ya harían un bonito obsequio para depositarlo a sus pies." Palabras que no se comprenden si no se explica que iban dirigidas a la dama que intrigó en contra suya, y de la que él dice que "no hay nada más graciosamente fino ni más gentilmente nervioso; ella no tiene la belleza terrible de las Junos antiguas ni el encanto descolorido de las figurillas cloróticas de Gavarni. Es toda moderna; es el tipo flexible de las bellezas inquietas y magnéticas. Ella no pedía mi cabeza en un plato como Herodias; quería únicamente que mi colega cruzase los mares. Yo nunca hubiera perdonado al ministro (no me acuerdo quién era) que hubiera hecho fruncir las cejas *cendrées* a aquella gentil persona".

EL REVOLUCIONARIO

Pero el principal motivo de no nombrar a Eça para el lugar que de derecho le correspondía fué el estar considerado por el Gobierno como un terrible revolucionario, a causa de haber tomado parte en

el curso de conferencias dadas por los socios del *Cenáculo* en el *Casino Lisbonense*, célebre café-concert, cerca del Chiado.

Se celebraban las conferencias todos los lunes. La primera y segunda las dió Anthero de Quental. La cuarta estuvo a cargo de Eça, que habló dos horas seguidas con "singular limpidez, con elegancia, espontaneidad y vigor, delante de un auditorio numeroso, entre el cual brillaban bastantes señoras".

Fiel a sus ideas y a su propaganda, Eça se presentó vestido irreprochablemente, con levita abrochada, camisa blanca, guantes color plomo, en vez de aparecer con los cabellos largos y el traje descuidado de los románticos.

Habló con gran valentía de *La moderna literatura*, escandalizando a su auditorio con recitados de Proudhon y descripciones de cuadros de Courhet, el pintor de la Revolución francesa.

Este curso de conferencias no llegó a la sexta, que iba a dar Salomão Savagga sobre *Los historiadores de Jesús* y que prohibió la autoridad cuando había más de doscientas personas esperando que abriesen la puerta para entrar a oírla.

La indignación fué general, y los ataques al Gobierno no se hicieron esperar. Pinheiro Chagas contestó de una manera que obligó a Anthero a enviarle los padrinos, arreglándose el asunto con un acta en la que Chagas declaraba no haberlo querido ofender. Hasta Alejandro Herculano tomó cartas en el asunto, opinando que se debían prohibir las conferencias. Pero no era fácil hacerles en-

mudecer. Anthero publicó e hizo vender por las calles el folleto *Carta al Excmo. Sr. Antonio José D'Avila, Presidente del Consejo de Ministros*, en la que el viejo estadista era cruelmente tratado.

Eça cuenta que habiendo sabido Anthero que el viejo marqués había llorado al leer una acerada alusión a su apellido de *Avila*, se conmovió y escribió una piadosa retractación para consolar al viejo.

EN AMERICA E INGLATERRA

Por este tiempo se deshizo el *Cenáculo*. Anthero y José Fontana se entregaron a la causa socialista. Oliveira Martins vino a España, empleado en un establecimiento industrial en Cardona; Salomón Saragga se casó; Jayme Reis entró en el profesorado, y Eça, nombrado cónsul de primera clase en Cuba, partió para las Antillas.

No estuvo sólo en Cuba. Eça viajó por América; pero la impresión que estos países le produjeron fué la antítesis de la que había sentido en Oriente y que tan hondas raíces dejó para siempre en su alma. En América no sabía ni escribir, y así, en los dos años que estuvo en Cuba no produjo nada. En cambio, logró la abolición de la esclavitud de los chinos. Título de gloria que no se le ha elogiado bastante.

Además, Cuba le sentaba mal; empezaba a sentir los primeros síntomas de la enfermedad que le atormentó tanto tiempo y que él llevó con resignación, sin que influyese en su carácter.

Libre de los calores de Cuba, se vió envuelto en las húmedas nieblas del Mar del Norte por su traslado a Newcastle, la ciudad sombría, plomiza y fría,

a la que yo llegué un día sin saber cómo, envuelta en los acontecimientos a que el comienzo de la guerra dió lugar. Allí evoqué al gran escritor, entregado al estudio de la lengua y la literatura inglesa y escribiendo *El Primo Bazilio*.

De allí pasó a Bristol, ciudad más alegre y cercana a Londres, donde moraba en Chipton, cerca de las orillas del Avon, en una casita rodeada de enredaderas y flores, que recuerda la de Carlyle, en aquel apartado barrio de Chelsea, en Londres. Allí acabó *El crimen del Padre Amaro* y *La Capital*, que más tarde refundió con *Los Maias*, y escribió una gran parte de *La Reliquia*, la cual terminó en Portugal. Sus *Cartas de Inglaterra*, que enviaba a la Prensa del Brasil, nos dicen cuán poco le gustaba aquel país.

SU CASAMIENTO

Vuelto a Portugal con licencia, Eça contrajo matrimonio con la hermana de su grande amigo el Conde de Rezende, doña Emilia de Castro Pamplona, de nobilísima familia. Su madre, hija del Conde de Beire, devolvió a Inglaterra, cuando el *ultimátum* de 1890, la medalla ganada por su padre en las guerras de la Península combatiendo con los aliados. La boda se celebró el día 10 de febrero de 1886 en Porto, en el palacio de Santo Ovidio, que ya no existe. El mismo día de su matrimonio salió Eça con su señora para España, desde donde siguieron a Inglaterra, en cuyo país nació su primer hijo, el que lleva el mismo nombre que su padre glorificó.

ESCRITOR Y PERIODISTA

Al fin, por mediación de su amigo Oliveira Martins, logró Eça de Queiroz ser trasladado a París, que había sido siempre su gran deseo. Allí completó su obra. Se ve que su cerebro estaba completamente formado, que había redoblado su actividad. En los pocos años que estuvo en París escribió algunos de sus *Cuentos*, muchos artículos reunidos en *Notas contemporáneas* y los *Ecos de París*, así como en las *Últimas páginas* y *Cartas familiares y billetes de París*. Escribió allí la joya de la *Correspondencia de Fradique Mendes* y la maravillosa novela *La Ilustre Casa de Ramírez*. En este período dirigió también desde París la *Revista de Portugal*, cuyo proyecto había acariciado largo tiempo, como se ve por su carta a Joaquín Pedro Oliveira Martins, en la que dice: "Me preguntaste hace tiempo cuál era el plan en que te destinaba un *beau role*. Es una Revista. Una gran Revista, de las proporciones de la *Revista dos Dous Mundos*, que probablemente lanzará la Casa Char-dron (hoy Lello e Irmão, que son sus editores) y que ciertas condiciones materiales nos obligan a imprimir en París. Yo soy el director de esa *grosse machine* y tú tendrás en ella un lugar que no se limitará al de colaborador. Deseo hacer de esa publicación una verdadera obra nacional, colaborada por todo lo que haya de mejor en todas las especialidades, para demostrar que *Portugal no es tan estúpido como por aquí se piensa*."

Se ve que Eça tiene la misma obsesión de todos

los portugueses bien nacidos: la fama y la gloria de su país.

En todos los párrafos de otra carta, escrita al mismo en 1888, demuestra lo buen amigo que es de todos sus amigos. "Teniendo yo un periódico, lo tienes tú." "Cuento con Anthero, Ramalho, etc."

Después de hablar de las condiciones de la Revista y de que todo el mundo le dice que es decente pagar la página—tipo grande—a 2.500 reis, sin poder dominar su ironía escribe:

"Como influencia no sé la que la Revista alcanzará. Tal vez cero. Tal vez una cierta autoridad en el café Martinho. Tal vez verdadero predominio en Avintes; y ¿quién sabe? Que ella tenga 10.000 lectores y será una fuerza. Depende eso de las novelas que publique.

"De todos modos, en la Revista he de procurar que estemos siempre en buena compañía. El papel, por lo menos, ha de ser bueno; y cuento que esté bien hecha la corrección de pruebas.

"—¿Nada de esto te seduce?

"Los editores están entusiasmados, y yo comienzo a creer que el papelucho puede tener porvenir."

En esta Revista, que ocupó grandemente la atención de Eça en sus últimos años, escribieron Magalhaes Lima, Anthero de Quental, Manoel Gayo, Oliveira Martins, Theófilo Braga, etc., y en ella hubo una sección de poetas españoles, en la que escribía, entre otros, Núñez de Arce.

Pero le basta para ser inolvidable el que viera la luz en sus columnas *El Epistolario de Fradique Mendes*.

Conforme avanzaba en la vida Eça, era más portugués: gustaba más de su patria, comprendía mejor sus bellezas. Su última obra, *Las ciudades y las sierras*, que él no pudo ya corregir, es un canto a su país, cuyas bellezas narra de un modo insuperable.

Es una mala fe el acusar a Eça de poco portugués. ¿Qué quiere decir escritor nacional? ¿Que no puede salir del recinto de la nación? ¿Que no puede censurar sus vicios y costumbres como lo han hecho Cervantes y Voltaire? ¿Que ha de adular, que ha de poner trabas a su imaginación, que ha de someterse a ir por el camino trillado? Algo de eso debe ser, porque Alemania dice que Heine no es muy alemán, Italia manifiesta que Leopardi no es muy italiano, y Portugal moteja a Eça de Queiroz de poco portugués.

Algunos se acogen a los fueros de la lengua. ¿Pero es que la lengua no progresa, no se enriquece, no varía? Precisamente a los grandes genios les corresponde el renovar el idioma. Eça hizo del portugués un idioma tan rico y tan flexible como el francés; lo renovó, y se puede considerar como un gran hablante de su tiempo, más maravilloso por las dificultades que tuvo que vencer. No hay quien convenza de esto a los que tienen que contentarse con el tesoro heredado de su idioma, y aun ahorran parte de él. El que los clásicos no hicieran tal o cual cosa no significa que no se deba hacer, sino que ellos no lo hicieron o no lo pudieron hacer.

Se opone a la figura gigantesca de Eça la gran

figura de Camilo Castello Branco. Es comparar a Cervantes con Argensola.

No. Camilo no llegó a la talla de Eça. Las nuevas generaciones, con una mayor idea de la Estética y del Arte, le harán justicia. Por lo pronto, Eça ha vencido, pasando triunfante las fronteras, sin envejecerse ni anticuarse como Camilo.

Camilo, que fué sólo portugués, en el sentido restringido de la palabra, tiene la admiración de Portugal; Eça de Queiroz, el portugués universal, conquista la admiración del mundo.

EL ESCRITOR

No se puede negar a Eça de Queiroz la gloria de ser el reformador, el innovador de la lengua y de la literatura de su país; imbuído en la filosofía positiva y experimental, que lo lleva a la escuela realista; conocedor de todas las literaturas, incansable investigador de las fórmulas de arte, supo elegir entre todos esos elementos para formar su personalidad, poderosa y original, muy universal y al mismo tiempo muy portuguesa.

Se puede decir que la escuela realista pura, científica, de análisis, no apareció en Portugal sino con Eça de Queiroz en *El crimen del Padre Amaro*, a pesar de las tentativas que se le quieren oponer de Julio Diniz y de otros escritores. Es Eça el que trae nuevos procesos, el que estudia la vida real, aprovechando todo lo que los otros no habían sabido ver; el que funde la realidad con la fantasía y despliega sobre ellas primores desacostumbrados de gracia y de estilo.

Influído por los escritores franceses, porque Eça amaba a Francia tanto como detestaba a Napoleón, solía decir durante la guerra: "Todas las mañanas aplaudo las derrotas del segundo imperio y todas las tardes lamento las humillaciones de Francia"; pero está influído, más que por los franceses—sin que neguemos la influencia de Flaubert y Balzac—, por el grande Henry Heine. Es su ironía amable, ligera en la forma, profunda en el fondo, sin amargura ni pesimismo exagerado. Es su misma elegancia, que tiende la frase galana y señorial, y el mismo buen gusto y distinción en todo momento.

Eça de Queiroz era un romántico que escribía con un realismo encantador y escogido, un sensitivo que se apoderaba de las emociones más tenues, tan buen psicólogo como hábil observador.

No se han guardado sus versos, aunque escribió muchos con el seudónimo de *Fradique Mendes*, porque la poesía de su prosa ha superado a la de sus versos. Antonio Cabral publicó una curiosa improvisación de Eça de Queiroz, en colaboración con Coelho de Carvalho, en una noche en que el gran escritor no podía conciliar el sueño, durante un viaje por el Norte, y propuso a su compañero este entretenimiento. He aquí el gracioso epitafio que los dos compusieron (los versos largos son de Eça y los cortos de su amigo):

EPITAPHIO

Fez versinho francez e amou as damas
Da capital
S..., loiro como as loiras chammas,
Olha que tal!...

Seus annos sápidos n'um ministerio
 Amanuensou,
 E desde o bercinho foi homem serio,
 Cedo piou!

Agora, á sombra dos cyprestes mestos
 É pôdre e só,
 Como em armario esquecidos restos
 D'um pao de ló.

Na sua campa suspiram os ventos
 E um cravo ri.
 Caminho, detem teus passos lentos
 E mijsa aqui..."

Para el teatro no ha hecho nada Eça, a pesar de la gran afición que tenía. Sólo hay noticia de una comedia-drama traducida por él, *Philidor*, que no se ha representado.

LO QUE NO ESCRIBIO

Eça ofreció en la Revista una novela, que no llegó a escribir, con el título de *As monjas de Riba-joia*, publicando en su lugar el célebre *Epistolario de Fradique Mendes*.

Después de *Las Farfás* anunció las siguientes obras:

A Capital,

O Milagre de Valle de Beriz,

O Cospirador Mathias; pero no escribió más que la primera, que no publicó sino mezclada con *Os Maias*.

No es necesario hacer ya un juicio de las obras de Eça de Queiroz, tan buscadas, elogiadas, criticadas y conocidas; voy sólo a escribir algunas curiosas anécdotas que se refieren a ellas y afectan a intimidades del gran escritor.

El misterio de la carretera de Cintra. Es ésta una novela romántica, escrita medio en serio, medio en broma, satirizando el gusto por esta clase de obras, que Eça no consideró como obra de arte, sino como un entretenimiento, una *brincadeira* (broma) de él y de su amigo y colaborador Ramalho Ortigao. Los dos han contado cómo idearon esta obra en la sobremesa de un café y cómo la realizaron sin ponerse de acuerdo, escribiendo Ramalho desde Lisboa y Eça desde Leiria. El genio de los dos escritores llegó a hacer una obra estimable y amena.

Lo más curioso fué que el principio de la novela apareció en el *Diario de Noticias* en forma de suceso, que realmente hubiese tenido lugar, y despertó el interés del público. Los folletines aparecían como informaciones, y mucha gente creía que se trataba de un hecho real. Se dieron casos curiosos, y llegó a aparecer un tercero, João Viesgos, que creía poseer datos para descubrir el crimen. Se asegura que el gobernador ofició a Cintra para saber la verdad; el público todo andaba intrigado y la novela fué de los éxitos más ruidosos. Es indudable que el director del periódico estaba en el secreto y no engañado como han supuesto algunos. Al fin la novela acaba con la carta en que los dos autores declaran la verdad, y resulta de una gran originalidad.

No faltó quien atribuyera torcidas intenciones a los dos amigos, diciendo que la habían escrito para distraer la atención de los portugueses de la dictadura de Saldanha. También hubo quien quiso ver

en ella un plagio de una noticia intitulada *¿Sería crimen?* que apareció en el periódico *Progreso y Orden*.

Lectores y admiradores de los dos novelistas, como la ilustre señora Vaz de Carvalho, han tratado de averiguar qué parte de la obra pertenece a cada uno, y suelen distinguir como debido a la pluma de Eça la exposición del doctor, las dos cartas de Z., la narración del enmascarado alto y la confesión de la protagonista.

Esto parecen comprobarlo las palabras de Ramalho cuando dice que Queiroz le ha dejado al personaje con algunos clavos y un martillo en el bolsillo de su abrigo, y narra graciosamente su apuro para salir del paso y sus intenciones de gritar: "En fin, señoras y señores, este *gentleman* tan lleno de espíritu, de *toilette* y de drama era un carpintero."

Ya sabemos cómo con *Prosas bárbaras* inaugura su vida de escritor; a esta labor periodística sigue la demoledora que lleva a cabo en *Las Farpas*, reunida en dos tomos con el título de *Una campaña alegre*, y están escritos por los dos amigos en el periódico *As Farpas* durante los doce años de su existencia: de 1871 a 1883.

La idea de hacer este periódico hondamente revolucionario, no republicano, porque los dos autores declararon en el *Diario Popular* que tenían como único partido político "el buen sentido", tuvo su origen en el éxito que alcanzó en Francia *La Linterna*.

Eça dice: "Un *vaudevillista* heroico, representan-

te de la *Gaminerie* en la Revolución, lanzaba *La Linterna* contra un hombre; nosotros queríamos lanzar *As Farpas* contra un mundo. ¡Tales son los ardores y las temerarias ilusiones de la mocedad!"

Tal vez una de las cosas que más voluntades enajenaran en Portugal a Eça de Queiroz fueran los trabajos que componen esta obra. Ramalho Ortigao, en su artículo de despedida a su colaborador, cuando partió a ocupar su puesto de cónsul en la Habana, decía que habían recibido insolencias, cartas anónimas y hasta amenazas de muerte a causa de estos artículos.

Verdaderamente, el admirable ironista clava el dardo de su crítica profunda y despiadadamente. Leyéndolo se recuerda a nuestro Larra: tal fustiga y tan sutilmente penetra con el estilete del ridículo.

Los que para vengarse veían constantemente plagios en la obra de Eça, decían que era un plagio de *Les Guêpes*, de Alfonso Karr; y Antonio Ennes hizo de esto el estribillo de sus artículos, suscitando polémicas, en las que terció con un gran amor fraterno el hermano de Eça de Queiroz.

Este dice en la advertencia que puso al frente de los artículos reunidos en tomo, cuando los ve con sangre fría, pasado ya el entusiasmo ardiente que los inspiró:

"Cada ataque era mandado por un impulso puro de la inteligencia o del corazón. Y así, de estos tiempos ardientes me quedó la idea de una campaña muy alegre, muy elevada, en la que la ironía se alistaba radiante al servicio de la justicia."

Por eso el escritor tituló el libro *Una campaña alegre*.

Hay que confesar que algunos artículos son demasiado arbitrarios, demasiado exagerados; pero se ve que nacen de su sentimiento más que de su razón. Años después no los hubiera escrito.

Por eso tienen esa frescura, esa acometividad que tuvieron los de *El Duende Satírico del Día*. Esa soltura y desenfado del periodista crítico que había de llegar a ser un novelista comparable a Anatole France.

El crimen del Padre Amaro. Como sabemos, está inspirada en los tipos provincianos de Leiria, y son todos retratos admirables, que harían de ella lo que llamamos ahora una novela de *clave*. Eça copia del natural, y hasta la santa de Arriffana, la milagreira, que presenta y que parece una invención suya, existió en el norte de Portugal.

Para Eça, *El crimen del Padre Amaro* fué siempre la obra preferida. En una de sus cartas dice: "El *Primo Basilio*, ese *Fait-Lisbonne*, ha sido traducido al inglés, al alemán, al sueco y al holandés en los últimos seis meses. ¡Qué atroz injusticia para el pobre Padre Amaro!"

Hay que notar que Eça escribió esta obra y la publicó en la *Revista Occidental*, que dirigían Anthero y Baltalha Reis, el mismo año, y meses antes, de que Zola publicase *La caída del abate Mouret*; es injusto que se le trate de plagiarlo por pequeñas coincidencias, cuya fuente se puede hallar en la común admiración de Eça y Zola por Heine, Gerardo de Nerval, Michelet y Baudelaire.

La Reliquia apareció en la *Gaceta de Noticias* de Río Janeiro, y todos sus personajes, tomados de la realidad, encontraron en los lectores su verdadero nombre. La trama misma está tomada de un hecho acaecido a su amigo Fernando de Magalhaes Menezes, al que un tío suyo, rico y devoto, dejó como recuerdo en su testamento los anteojos. Esto le sugirió la figura gallarda e hipócrita de *Raposo*.

Con esa obra admirable concurrió Eça de Queiroz al premio anual de 5.000 escudos establecido por el rey D. Luis, y que adjudicaba un Jurado compuesto de miembros de la *Academia Real de Ciencias*. Pero aquel sabio Jurado, para vilipendio suyo, halló inmoral *La Reliquia*, no supo ver sus bellezas y concedió el premio al drama en verso *El Duque de Vizeu*, de Henrique López de Mendoza, que ha debido avergonzarse de su triunfo.

De las demás obras de Eça no tienen anécdotas más que *Os Maias*. Se sabe el éxito de *El Primo Basilio* y de sus *Cuentos*. Ese derroche de imaginación de *El Mandarín*, escrito a impulso de la simpatía que tuvo por las cosas chinas, y del *Epistolario de Fradique Mendes*, tipo formado con la *ramalhescã figura* de su amigo y con los rasgos más nobles del conde de Rezende, de Anthero, de Oliveira Martins y de él mismo, que encarna en ese tipo de hombre superior.

La ilustre Casa de Ramírez la publicó en la *Revista Moderna*, de París. Está inspirada en el paisaje de la aldea de Ramírez, en el departamento de Sinfães, cerca del Duero. Allí está la alta torre que ha retratado el novelista, en esa hermosa nove-

la, tan portuguesa, de la vida provinciana gris y recia de la Beira Alta.

Os *Maias* es de las que más escándalo han causado y más le han enajenado voluntades en su país. Hay en verdad en ella un abuso de sátira. El poeta provinciano que desea ir a Lisboa y ve la vida ficticia de los salones, de la política, de la ciudad, que cruelmente ridiculiza, cargando las tintas, parece ser Bulhão Pato, que se reconoció en los trazos de Thomaz d'Alencor y agredió violentamente a Eça en su artículo *O Grande Maia*.

Eça negó que se hubiese inspirado en él; pero el poeta siguió escribiendo contra Eça, con gran alegría de los que pensaban que era una falta de patriotismo censurar sus defectos. De este número fué Fialho d'Almeida, que dijo que no eran exactas sus afirmaciones.

Eça le escribió a Fialho una carta en la que, entre otras cosas, le decía:

“Es raro que usted dude de la exactitud de ciertos detalles, rasgos de sociedad como los de *las señoras hablando de criadas o apuntando diez “tostoesinhos”* (un escuao) *en las carreras*, etc. ¡Oh, hombre de Dios! ¿Donde habita usted? ¿En Lisboa o en Pekín? Todo esto es *visto*, observado del natural y por mí mismo anotado *sur place*.”

Su obra magistral, la que lo reconciliaba con todos, la que lo elevaba a la más alta cumbre, la hija de su experiencia y de su serenidad, *Ciudades y sierras*, no la llegó a ver impresa.

Su familia me cuenta la vida sencilla que Eça hacía en París. Iba con frecuencia a pasear por esos malecones del Sena donde los libreros de viejo extienden los volúmenes, y se le veía inclinando su cuerpo alto y flaco, con el monóculo calado, rebuscando en aquellas exposiciones para enriquecer diariamente su biblioteca de la rue du Berry, donde entonces estaba el consulado de Portugal, o para la suya particular, en la que había logrado reunir innumerables y raros ejemplares, en su casita de Neuilly, avenida du Roule, 38, rodeada de flores, que eran su pasión.

A Eça no le gustaba salir: pasaba el tiempo con su esposa, a la cual leía sus libros, escuchando sus consejos. Le unía a ella un amor fuerte, dulce, que embellecía su vida en la paz y en la confianza. Leyendo, cuidando sus flores, en la tranquilidad de su despacho, donde escribía fumando cigarro tras cigarro, se deslizaba dulcemente la vida, tan plácida como la sangre que sale sin sentir de las venas y en su manso correr llega a buscar la muerte; quizás porque era una vida tan digna y tan feliz fué tan corta. Cuando se la contempla así en la lejanía, se experimenta el pánico—que ellos, ignorantes del Destino, no pudieron sentir—de verla terminar tan pronto. Se abomina de la fatalidad de la muerte en la más suprema rebeldía.

Sus hijos me dicen que lo recuerdan como un hombre muy alto, muy elegante y muy bondadoso, que no se incomodaba jamás, ni siquiera cuando lo

molestaban y lo interrumpían. El los llevaba de paseo y—el mayor, que nació en Londres, tenía doce años cuando su padre murió—al cinematógrafo, al que era muy aficionado.

Mortificado por la dieta, a lo que no se sometió jamás, fué a dejar de fumar; fumaba cigarros pequeños, que no hacía más que encender y tirar continuamente.

Salía poco y siempre tenía tres o cuatro personas invitadas a cenar.

Podía escribir a cualquier hora; pero le gustaba más escribir de noche, después que todos se acostaban. Escribía rápidamente, con facilidad, con calor, con inspiración, y no corregía, para conservar aquel entusiasmo, hasta que veía las pruebas, en las que tanto limaba, cambiaba y pulía, que era como escribirlas de nuevo distintas.

Su hijo me cuenta una anécdota que confirma su bondad y prueba que cuando censuraba o ridiculizaba en sus escritos no lo hacía por maldad, sino por espíritu de justicia, por corregir defectos y por esa fuerza de sinceridad que hay en la pluma de todo gran escritor y que es superior hasta a él mismo. “Cuando escribió *La Ilustre Casa de Ramírez*—dice—había recargado los tintes de la maldad en el carácter de *Gonzalo*, uno de los personajes. Conforme leía a mi madre los capítulos, ésta compadecía al malvado y decía a veces: “Me da pena de que sea tan malo.” De pronto, el personaje cambia, se dignifica, se convierte, y mi padre le confiesa al conde de Arnosó, su gran amigo: “Emilia me llamó la atención, y yo también tuve lástima de ese mal-

vado y le he hecho ser bueno.” ¡Admirable espíritu!

SUPERSTICIONES

Algunos afirman que a veces tenía desequilibrios y manías de artista y que era extremadamente supersticioso. No sé si se podrá prestar crédito a estas anécdotas de su época de Coimbra. Se dice que tenía en su cuarto de estudiante una cómoda y que un día dió un crujido la madera: “Son brujas”, dijo alguien. Eso bastó para que él no volviese a abrir los cajones y para que regalase poco después el mueble.

En Leiria salió una mañana de paseo y encontró una mendiga tuerta; lo que fué causa de que no quisiera seguir y se volviese a su casa.

En Lisboa tenía mucho cuidado de no entrar en una casa, subir una escalera o pasar una puerta sin echar primero el pie derecho; hasta tal punto que si después de haber subido veinte o treinta escalones tenía duda, bajaba rápidamente y luego volvía a subir. En varias de sus obras hay vestigios de esta superstición achacada a sus personajes.

Siempre que se mudaba de camisa tenía cuidado de no equivocarse y poner los botones de cada puño en el que les correspondía.

El piar de las aves nocturnas y el aullido de los perros lo impresionaban y lo ponían de mal humor.

SU NOMBRE

Sin duda gemía bajo el peso de la triste significación de su apellido, porque *Eça*, según el diccionario portugués, significa todas estas cosas lúgubres y macabras:

“Catafalco: capilla ardiente. El túmulo que se levanta en forma piramidal, lleno de luces, para celebrar las exequias de algún príncipe, etc. Cenotafio: sepulcro vacío que se erige en memoria de un muerto.”

CONSUNCIÓN

Debía ser terrible la consunción que avanzaba rápidamente en su organismo y que yo veo en las palabras de sus hijos cuando me repiten como la impresión más arraigada: “Era muy delgado y muy alto, algo encorvado.” La enfermedad lo aniquilaba rápidamente; podría decir que lo espiritualizaba.

Hallo una anécdota referente a esta delgadez —delgadez de Korriskoso, que él retrató tan bien en *El poeta trágico*—. En uno de sus viajes a Portugal, durante el cual recorrió aquellos lugares del Norte que le eran tan queridos, estuvo en casa del conde Arnoso, en Pindella, cuando tenía pocos meses su hijo, el actual autor dramático. El conde llevó a sus amigos a ver al niño, que la nodriza bañaba en aquel momento.

Pasaron en seguida a la sala y, en medio de una animada conversación, notaron la ausencia de Eça. El conde salió a buscarlo y lo encontró con el mo-

nóculo calado mirando fijamente a la criatura, que dormía en su cuna:

“—¿Qué haces, hombre de Dios?

”—Cállate; estoy aquí admirando a tu hijo, encantado de haber descubierto al fin una criatura que es más flaca que yo.”

INFANTILISMO

Muy afectuoso, delicado y amable, aparecía a veces muy infantil, conservando esa infantilidad que domina en las almas nobles hasta la edad avanzada, como un atributo de superioridad.

En su último viaje a Portugal leía su precioso libro *Ciudades y sierras*, en casa del conde Arnoso, con su voz dulce, teniendo a todos suspensos de la belleza de su palabra, cuando Alfredo Guimarães, gran coleccionador de *bric-a-brac*, queriendo demostrar su entusiasmo, exclamó:

—Señor Eça de Queiroz: es tan bello, tan bello, eso que está leyendo, que yo, que no he dado jamás nada de mi colección, voy a regalarle dos sillas del tiempo de D. Juan V.

No sé si el coleccionista cumplió su palabra; por lo menos tardó en cumplirla, y Eça, impaciente, preguntaba por las sillas en sus cartas: “¿No vendrán jamás las sillas? ¿Son dos realidades con asiento y patas? ¿Son dos hipótesis con ilusión y humo?” Su sencillez era tal que se admiraba de los éxitos que alcanzaban sus obras.

ELEGANCIA

Tenía muy bien arreglado su despacho, en el que todo denunciaba orden y buen gusto. En el centro se veía un cuadro pintado por el rey D. Carlos y dedicado al gran escritor. Su hijo me dice que todo esto se conserva, en la disposición que él lo tenía, en la quinta de Villa Nova, de Santa Cruz del Duero, propiedad de la señora viuda, el espacioso y macizo caserón de granito, que él describe en *Ciudades y sierras* como la casa de Tormes. Esta afirmación de su hijo contradice la de un biógrafo, que asegura haber visto la cama en que dormía el escritor, en sus visitas a esa quinta, desarmada y revuelta con los montones de patatas.

Eça era muy elegante y cuidadoso. Iba siempre vestido con esmero y llevaba los zapatos muy brillantes. Le gustaban todos los refinamientos de la *toilette*; usaba ropa blanca de un lujo inusitado, y el número de sus corbatas era tan extraordinario que cuando estuvo en Nueva York llevaba un baúl lleno, y los aduaneros quisieron hacerle pagar derechos, pues "no comprendían que un hombre llevase tantas cintas de colores para su uso". Se veía en él siempre ese buen gusto del artista, aristócrata por naturaleza, que busca lo más distinguido y selecto.

"LOS VENCIDOS DE LA VIDA"

Hay que mencionar este otro cenáculo de amigos, al que perteneció Eça después de su matrimonio.

Aunque su nombre parece indicar algo sombrío y triste, era una congregación de amigos alegres

que se reunían constantemente en comidas y en fiestas para lucir su ingenio, leer sus trabajos y comentar los sucesos, librándose un poco de la mediocridad del ambiente.

Esa clase de sociedades, más o menos arbitrarias, que ha habido siempre, y nos recuerda la sociedad de *Caballeros de la Cuchara*, que presidió en Madrid Olózaga, y que tan caro estuvo a punto de costarle, en los calamitosos tiempos de Fernando VII. Estas sociedades, que existen aún en todos los países, y a las que pertenecen actualmente *Los Fantasistas*, que se agrupan en Porto al lado del gran dibujante portugués Leal da Cámara, y que exaltan las botas de charol frente a las botas de elástico, para dividir a los hombres por sus botas; y la que ha fundado en el antiguo café y botillería de Pombo Ramón Gómez de la Serna, el original e íntegro *iniciador*, que reúne a su lado a todos los artistas más libres y notables.

Este club de *Los Vencidos de la Vida*, al que perteneció Eça, estaba formado, no por los vencidos, sino por los triunfadores, los más prestigiosos portugueses, a los que su talento ha immortalizado: Carlos Mayer, Guerra Junqueiro, Conde de Ficalho, Oliveira Martins, Bernardo de Pindella, Eça de Queiroz, Conde de Sabugosa, Antonio Cândido Ramalho Ortigao, Luis de Soveral y Carlos Lobo d'Avila.

Se había formado la sociedad sin un propósito deliberado, por la costumbre de reunirse a comer en ese clásico y simpático *café Tavares*, que aun existe en la rúa do Mundo, y que es de los más agra-

dables de Lisboa, el café de las reuniones de periodistas, donde siempre se encuentra a Carlos Trilho, el republicano, amigo de Franca Borges, que continúa su obra en la dirección del periódico *O Mundo*.

Los once amigos se reunían tranquilamente, ya en casa de uno de los socios; ya en el café Tavares, ya en el lujoso Hotel Braganza, o ya en los bellos alrededores de Lisboa, para comer en los merenderos, en esas tardes de oro incomparables, a las que yo encuentro olor de manzanas maduras. El año de más "intensidad digestiva" dice un cronista que fué el de 1889. Ese año se reunieron, para celebrar la vuelta de Eça de Queiroz, que iba a pasar una temporada en Lisboa, todos los *Vencidos*, menos Guerra Junqueiro, que mandó por telégrafo los siguientes alejandrinos:

"Onze da noite, Chega o telegramma, Tudo
Já n'este Eden do Lima e silencioso e mudo,
Astros e bachareis, rosas e vereadores,
Na assembléa e espadilha e nos jardins as flôres,
E emquanto que vocês, hydropicos de Ayala,
No fim d'um Trimalciaio hyper, de grande gala,
Discutem—oh! joviaes, cahoticos banzés!—
O infinito, o governo, a via lactea, os Zés
Luciano e Dias, o turbilhão de grandeza
Que vae, por essa Europa e por essa Havaneza,
De Bismark a Burnay, de Mozer a Renan,
Eu, n'uma santa paz ideal de Lourinha,
Vou deitar-me e sonhar de certo—oh sonho lindo!
Que já no meu quintal tenho o ervilhal florindo!..."

En una fiesta dada poco después en casa de Carlos Lobo d'Avila sus compañeros entraron todos cantando a coro en el salón *La Rosa tirana*:

"O'Rosa
Tyranna
Ausente deu a Tyrannia
Trolaró, laró, laró."

Cantaba uno:

O bôca d'oiro
O'Rosa
Tyranna."

Decía otro:

"Dan licor de tangerina
Trolaró, laró, laró..."

repetía el coro.

Estas alegres e inocentes bromas no dejaron de acarrearles enemigos, que los atacaron duramente en los periódicos, de manera que tuvo que esgrimir la pluma Eça para contestar a los artículos insidiosos, diciendo, con su gracia incomparable, que en lo futuro se iba a hablar de los *once* de Braganza como de los *doce* de Inglaterra. Fialho d'Almeida decía más tarde en *Los Gatos*: "No hay razón para sobresaltarse. Que los *vencidos de la vida* yanten en paz. Y si la obscuridad los consuela de las amarguras sufridas en la vida pública, quedemos en esto. La Historia no perpetúa siempre los nombres de los que beben champagne."

Todos los tomaban a chacota, se esforzaban en ridiculizarlos, se les caricaturizaba, se les hacían versos tratando de estorbar su digestión pacífica.

Pontos nas i i les dedicaba versos de este tenor:

"Mais triste que o som do bronze,
Tangendo a mortos na ermida,
Corre a vida áquelles onze,
Onze *vencidos da vida*!..."

Sin duda, el que no fuesen los *vencidos*, sino los *vencedores* de la vida, suscitaba tantos odios contra ellos.

Abel Botelho dió al *Teatro Gimnasio* una comedia, *Los vencidos de la vida*, en la que pretendía caricaturizarlos.

La falta de valor de la obra hizo que el público la pateara el día del estreno, al mismo tiempo que la Policía se vió obligada a prohibirla por inmoral. Casi unánimemente la Prensa criticó con severidad la obra, y Rafal Bordallo Pinheiro, el genial caricaturista, dibujó una hoja de parra que cubría los personajes, metidos en un ataúd, sobre cuya tapa estaba escrito el nombre de la pieza pateada, resbalando por una fosa abierta. Al lado se veía a Abel Botelho, de luto, llorando, y por bajo se leía este pie: "Ruborizada la Policía, puso una hoja de parra a la obra del Sr. Abel Botelho. Exceso de honestidad fué velar las escabrosidades de la obra, cuando ya había sido conducida en el ataúd a la sepultura."

Esto dió origen a una polémica, que obligó a José de Azevedo a escribir tan duramente en *Las Novedades*, que Abel Botelho le envió los padrinos. La cuestión se arregló al fin con un acta.

Se asegura que se escribieron algunas otras piezas con el mismo título, pero no se llegó a representar ninguna.

Poco a poco *los vencidos de la vida* se fueron dispersando. Eça volvió a París; Guerra Junqueiro escribió los célebres versos:

"Papagallo Real, ¿dime qué pasa?
El Cazador Simón, que va de caza."

en los que, bajo el nombre de "El Cazador Simón", insultaba a D. Carlos, y muchos de sus compañeros le retiraron su amistad.

Al fin, la muerte entró en las filas de los *vencidos*, y hoy quizás no queda nadie más que Guerra Junqueiro de los once amigos. El tercero que murió fué Eça de Queiroz—el primero había sido el gran historiador Oliveira Martins, y el segundo, el más joven de todos, Carlos Lobo d'Avila.

ENFERMEDAD Y MUERTE

La tuberculosis, que había hecho su presa de aquel organismo privilegiado, se agravaba rápidamente. Fueron inútiles todos los cuidados y todos los viajes. Ortigao, que fué su amigo leal, lo acompañó a Suiza; juntos estuvieron en Ginebra y Montreux, deteniéndose en Gilion, donde Eça pareció sentirse mejor y recobrar el sueño y el apetito. Ramalho siguió a Berna e Interlaken, para ir a Italia, y él se quedó en aquel delicioso lugar contemplando las bellezas un poco amaneradas de Suiza.

Pero pocos días después se sintió tan mal que se decidió a volver a París, su ciudad querida, donde se empeoró rápidamente. Sin embargo, él se sentía animoso, con esa fuerza espiritual que hace desarrollar la tisis al par que consume el organismo.

El día antes de su muerte, creyéndose con fuerza para salir, quería que le pusieran su levita, en una de cuyas solapas lucía la Legión de Honor.

La misma mañana del día en que murió le decía a su amigo Thomaz Rosa, ministro de Portugal en París:

—Me siento verdaderamente muy enfermo, pero me cuidan muy bien. Lo peor es esta debilidad... Ha de llevar tiempo..., ha de llevar tiempo...

Aquella misma tarde murió tan apaciblemente, tan sin darse cuenta de que llegaba la hora final, que su vida se apagó de manera que parece que escribió para sí mismo aquellas frases acerca de la muerte de *Fradique Mendes*: "No acaba más dulcemente un bello día de verano."

Si él tuvo ese deseo de morir sin sufrimiento, que todos solemos sentir con el pensamiento involuntario y terrorífico de la fatalidad del fin, lo vió colmadamente cumplido. Tuvo lo que los devotos llaman "la muerte del justo": un noble fin de una noble vida.

Hay una inmensa tristeza en ver enmudecer así al genio en el momento que alcanzó toda su potencia; apena que esa vida que se había labrado el genial escritor no fuese respetada por la Muerte y que entrase en aquel hogar de amor sin respeto al dolor de la esposa y a las lágrimas de los niños.

Las flores tan amadas de Eça de Queiroz, las que él cuidaba tanto, fueron cortadas de sus tallos para cubrir su féretro, al lado de las coronas que enviaron los Reyes de Portugal y sus amigos y admiradores.

Se vió entonces claramente lo mucho en que era tenido Eça de Queiroz en las necrologías que periódicos ingleses, franceses y españoles le dedicaron. En Lisboa se reunieron los representantes de la Prensa a fin de pedir que los restos mortales del gran escritor fuesen conducidos a su patria.

EL NAVEGANTE

En 11 de septiembre de 1900 (había muerto el 16 de agosto) los restos mortales de Eça de Queiroz fueron conducidos de París a El Havre, donde los embarcaron en el vapor *Africa*, que fué recibido con grandes honores por todos los buques surtos en el Tajo.

Nada más dramático que esa conducción por el mar del cadáver de un hombre admirable. La proporción de un gran hombre llevado en andas sobre el mar debe exaltarse y exagerarse de un modo refulgente. Todos los que fueron con él en el barco debieron sentir lo que de catafalco solemne tuvo el vapor convertido en coche fúnebre.

Ni los entierros en las góndolas negras de Venecia nos pueden hacer suponer la magnificencia de estos entierros que cruzan el desierto libre del mar. El gran hombre parece que debió ir sobre cubierta, soñando en sus grandes ansiedades de infinito, como los marinos que entienden tanto de eso, que han sentido los grandes anhelos de las noches del mar y se han llenado a su contacto de una gran dignidad y de una gran fortaleza. El muerto conducido por ferrocarril como en el furgón de los baúles, va de mala manera, sin la gran solemnidad con que es conducido por el mar. Es incomparable una cosa con otra. El espíritu de Eça de Queiroz habrá agradecido indudablemente a su patria este último viaje, durante el cual pudo meditar tan a sus anchas, solitario, sin el ruido de las multitudes que acuden a los entierros, y en el

que vió por última vez la noche y sus estrellas, que lucen sobre el mar y que son más grandes, más magníficas, más numerosas que cuando lucen sobre la tierra. ¡Capitán elevado, magnífico; capitán por una sola vez en los océanos!

EL ENTIERRO

El entierro, presidido por la familia Real, fué una explosión de simpatía; pasó bajo el triunfal arco de la Rua Augusta, como el entierro de Víctor Hugo bajo el Arco de la Estrella, envuelto en la bandera de la Patria, cubierto por la lluvia de flores que manos femeninas deshojaban para él, en el ambiente azul y perfumado de Lisboa, y fué enterrado en el panteón de la familia Rezende.

El espíritu de artista de Manoel de Sousa Pinto—un joven escritor integérrimo, que realiza su labor de arte puro aislándose de toda camarilla literaria—ha sabido comprender como pocos al gran Eça de Queiroz. El se queja de que Eça, que se libró en vida de la Academia, “cayese a su muerte entre todos esos hombres del elemento oficial burocrático, del que siempre se rió con el más alto de los desdenes”. Los que en vida no se cuidaban de él, acudieron con alardes de adoración. “Siempre Tartarín volviéndose valiente ante el peligro de la caza del león ya muerto.”

LA ESTATUA

La estatua de Eça de Queiroz, hecha por suscripción, que encabezaron los Reyes, y esculpida por Teixeira López, se encuentra en Lisboa, en el Largo de

Quintella. Representa al gran escritor sosteniendo en sus brazos a una mujer desnuda; recuerda mucho el monumento levantado en el parque Monceau a Mau-pasant. Sousa Pinto critica acerbamente este monumento. Le parece que la figura de Eça ha reemplazado a la de un sátiro que se goza en la contemplación de una mujer desnuda; “...y Eça, que es la gracia y el espíritu de la Ironía—dice—, ha quedado así dislocadamente integrado en esa pieza decorativa, que no hiere la mirada por su desnudez, porque el desnudo no es inmoral, sino que ofende la conciencia de los admiradores sinceros del Maestro.” La figura le parece una mujer vulgar y licenciosa que sale del baño; no justifica las palabras de *La Reliquia* que sirven de lema al monumento: “Sobre la desnudez fuerte de la Verdad, el manto diáfano de la Fantasía” y abomina de esta frase, que no sintetiza ni revela el espíritu total y jugoso de la obra de Eça y de un monumento que no simboliza su alma.

Sin embargo, el monumento tiene un gran valor decorativo. Su pedestal, muy bajo, lo deja cobijarse al amparo de un grupo de palmeras que abren sobre la frente del gran artista sus palmas protectoras.

LAS MUJERES DE EÇA DE QUEIROZ

Una observación de Sousa Pinto, llena de delicadeza, nos invita a buscar: ¿qué mujer de las creadas por Eça es la que ha representado el escultor? ¿Será *Miss Mary*, “con su rostro regordete de una blancura de leche, donde se hubiese disuelto carmín; toda tierna y succulenta”, haciendo su presente de la camisa perfumada “con violeta y amor”?

¿Será la modesta *Amelia* o *Joanninha*, la "tan dulce y risueña madre de *Jacinthinho*"? ¿Será la *Condesa de Treves*, "majestuosa entre sus sedas color de azafrán, con encajes cruzados al pecho, a lo María Antonieta", o la generala *Camilloff*, con quien *Theodoro* tenía "horas de seda y oro"? ¿Es acaso la española de opereta *Carmen Puebla*, o la "ordinaria y hermosa" *Ana Lucena*, o bien la "sapiente" *Libuska*?

Un escultor no puede hacer *una mujer* para sus monumentos, sino *la mujer* por quien sintió el novelista mayor pasión. Las mujeres de Eça son sutiles, delicadas, espirituales, aun dentro de la más escueta realidad. Frente a todas yo pienso en aquella mujer desconocida que *Fradique* admiró una noche a través de la puerta entornada, sentada al lado de su *Madrina*, y que supuso llegada de algún viejo castillo de Anjou. Aquella mujer, *rubia, de cabeza alta y clara*, que, a pesar de estar tan *indolentemente enterrada en un diván*, le dió la impresión de *andar con la gracia altiva y ligera de una diosa o de un ave*.

La mujer de *hombros caídos, dolientes, amplios, imitados de una madona de Mantegna y enteramente desusados en Francia desde el reinado de Carlos X, del "Lirio en el Valle" y de los corazones incomprensibles; con los cabellos fabulosamente rubios como el sol de Londres en diciembre*.

Sería esa mujer de *brazos perfectos y pestañas de las que parecía pender, cuando las bajaba, una novela triste*, la que yo tomaría por tipo de las mujeres de Eça.

Su carácter se deduce de toda la descripción y, sobre todo, de los ojos *finos y lánguidos* (dos adjetivos que Eça gustaba aplicar a los ojos que lo impresionaban más). Es la mujer de mayor encanto, pues tiene hasta el de que no sabremos jamás su nombre.

LIBROS POSTUMOS

Después de la muerte de Eça se han publicado algunos de sus libros más bellos. Da pena un libro que no puede leer el autor, una crítica con la que no puede identificarse.

Sus colecciones de artículos y cartas son interesantísimas; él, despreocupado y genial, no se cuidó de reunirlos; es a la posteridad a la que le quedó encomendado ese trabajo. Sousa Pinto, que es el más autorizado para hacerlo, lamenta no poder publicar, por escrúpulos nimios, cartas inéditas que conservan sus amigos. Todas las cartas de Eça, que gozaba escribiendo cartas, son admirables.

Su maravilloso artículo "En el mismo hotel" es una carta que escribió desde Salamanca y constituye la crónica más impresionante de la muerte de Cánovas del Castillo en el balneario, cuyo ambiente retrata tan admirablemente. Se ve a Cánovas saludando con *la mano poderosa a la Muerte*, que pasa cerca de él sin presentírla.

Es que el genio de Eça de Queiroz estaba capacitado para conocer bien el alma española, el alma de la Península, el alma latina en general. Lo demuestra que la última página que escribió, en la hermosa novela realista *Frey Gil*; la obra que no pudo aca-

bar, porque le sorprendió la muerte, es una descripción de un paisaje español, leonés. Su héroe caminaba hacia Toledo, el cual había de ser teatro de una gran parte de la novela, según se ve en el plan que se encontró, con el manuscrito incompleto. El conocía nuestra literatura, y puede decirse que había recibido en Lisboa las aguas bautismales del Tajo, que lleva y arrastra hacia la hermosa tierra lusitana el oro de sus arenas y la savia recia, potente, del alma de Castilla, al pasar por esa tierra tan representativa de Toledo, y las aguas del Manzanares, que, sumido en su cauce, se convierte también en gran río y lleva hasta Portugal las *saudades* españolas.

CARMEN DE BURGOS
(COLOMBINE)

AFGHANISTAN E IRLANDA

Los ingleses están experimentando, en su atribulado imperio de la India, la verdad de ese humorístico lugar común del siglo XVIII: "La Historia es una anciana que se repite sin cesar".

El Hado, o la Providencia, o la Entidad cualquiera que desde allá arriba dirigió los episodios de la campaña del Afghanistan en 1847, está haciendo simplemente una copia servil, revelando así una imaginación agotada (1).

En 1847, los ingleses, "por una razón de Estado, por una necesidad de fronteras científicas, por la seguridad del imperio y por poner una barrera al dominio ruso de Asia" y por otras cosas vagas que los políticos de la India gruñen sombríamente—retorciendo los bigotes—, invaden el Afghanistan, y allá

(1) Esto es reminiscencia en Eça de Queiroz de aquella frase de Enrique Heine, hablando de sus dolores y padecimientos: "Yo quisiera hacer observar con toda humildad que esta burla no es nueva y que el gran Aristófanes del cielo se ha servido ya de ella en otra ocasión y que ha cometido así un plagio en sus propias obras..." (*De l'Allemagne*, tomo II, p. 338.)—N. del T.

van aniquilando tribus seculares, desmantelando ciudades, asolando trigales y viñas; apodéranse por fin de la santa ciudad de Kabul; sacuden del serrallo al viejo emir, aterrado; colocan allí otro de índole más sumisa, que ya traen preparado en los equipajes, con esclavas y alfombras, y luego que los corresponsales de los periódicos han telegrafiado la victoria, el ejército, acampando a orillas de los arroyos y en los vergeles de Kabul, descifre el correaje y fuma la pipa de la paz... Así es exactamente en 1880.

En nuestro tiempo, precisamente como en 1847, jefes enérgicos, Mesías indígenas, van recorriendo el territorio, y amparándose en los grandes nombres de *Patria* y *Religión*, predicán la guerra santa; las tribus se agrupan, las familias feudales corren en sus troncos de caballos, príncipes rivales jún­tanse en el odio hereditario contra el extranjero, el *hombre rojo*; y en breve tiempo hay por todo el país un centelleo de hogueras de campamento en lo alto de las serranías, dominando los desfiladeros que sirven de camino, de carretera de la India... Y cuando aparece allá, por fin, el grueso del ejército inglés, embarazado por la artillería, en torno de Kabul, escu­rriéndose densamente por entre las gargantas de las sierras, en el lecho seco de los torrentes, con sus largas caravanas de camellos, aquella masa bárbara se despeña encima de él y lo aniquila...

Fué así en 1847 y así en 1880. Entonces los restos desbandados del ejército refúgianse en alguna de las ciudades de la frontera, que ya es Ghasnat, ya Candahar; los afghanes corren, ponen cerco, cer-

co lento, cerco de ocios orientales; el general sitiado, que en esas guerras asiáticas siempre puede comunicar, telegrafía al virrey de la India, reclamando con furor ¡refuerzos, te y azúcar!... (Esto es textual; fué el General Roberts quien soltó hace días este grito de golosinería británica; el inglés sin te se bate muy flojamente.) Entonces el gobierno de la India, gastando millones de libras como quien gasta agua, manda a toda prisa fardos enormes de te reparador, blancas colinas de azúcar y diez o quince mil hombres. Y de Inglaterra parten esos negros monstruosos transportes de guerra, arcas de Noé movidas a vapor, llevando campamentos, rebaños de caballos, parques de artillería, toda una invasión temerosa... Fué así en 1847 y es así en 1880.

Estas huestes desembarcan en el Indostán, jún­tanse a otras columnas de tropa india y se dirigen día y noche hacia la frontera, en expresos, a cuarenta leguas por hora; desde allí comienza una marcha desoladora, con cincuenta mil camellos de equipajes, telégrafos, máquinas hidráulicas y una cabalgata elocuente de corresponsales de periódicos. Una mañana se avista Candahar o Ghasnat, y en un momento es aniquilado, disperso en el polvo de la planicie, el pobre ejército afgán, con sus cimitarras de melodrama y sus venerables culebrinas del modelo de las que antaño hicieron fuego en Diu. ¡Ghasnat está libre! ¡Candahar está libre! ¡Hurray!... Hácese inmediatamente con esto una canción patriótica, y la hazaña es popularizada por toda Inglaterra en una estampa en que se ve al general libertador y al general sitiado oprimiéndose la mano

con vehemencia, en primer término, entre caballos empinados y granaderos bellos como Apolo que expiran en actitud gallarda... Fué así en 1847; ha de ser así en 1880.

Entretanto, en el desfiladero y en el monte, millares de hombres que defendían la patria o morían por *la frontera científica*, quedan allí para pasto de los cuervos, lo cual no es en el Afghanistan una respetable figura retórica; allí son los cuervos los que en las ciudades hacen la limpieza de las calles comiendo las inmundicias, y en los campos de batalla purifican el aire devorando los restos de las derrotas.

Y de tanta sangre, de tanta agonía, de tanto luto, ¿qué queda por fin?... Una canción patriótica, una estampa idiota en los comedores; más tarde, una línea de prosa en una página de cualquier crónica.

¡Consoladora filosofía de las guerras!...

Entretanto, Inglaterra disfruta por algún tiempo de "la gran victoria del Afghanistan", con la certeza de tener que volver a empezar, de aquí a diez o quince años, porque ni puede conquistar y anexionar un vasto reino que es tan grande como Francia, ni puede consentir, colgados a sus costillas, unos cuantos millones de hombres fanáticos, batalladores y hostiles. La "política", por lo tanto, es debilitarlos periódicamente con una invasión arruinadora. Son las fuertes necesidades de un gran imperio. ¡Más vale poseer un huertecito con una vaca de leche y dos palmos de lechuga para las meriendas de verano!...

Otra historia melancólica. ¿Quién no conoce las quejas seculares de Irlanda, de la *Verde Erin*, tierra de bardos y tierra de santos, donde habita una plebe conquistada, resto noble de la raza céltica, aniquilada por un feudalismo agrario, viviendo en chozas como los siervos góticos, disputando desesperadamente al matorral, a la roca, al pantano, exiguos pedazos de tierra, donde cultiva la patata, entre lágrimas? (1). Todo el mundo sabe esto; y, desgraciadamente, esta Irlanda de poema y de novela es en parte verdadera; fuera de los pocos distritos donde la agricultura es rica, como en cualquiera de los ubérrimos condados ingleses, fuera de Cork o Belfast, que tienen una industria vigorosa, Irlanda sigue siendo *el país de la miseria*, bien representada en esa estampa romántica en que ella está en andrajos, a orillas de un charco, con el hijito en los brazos, muriendo por falta de leche, y el perro al lado, tan flaco como ella, ladrando en vano y pidiendo socorro...

Los males de Irlanda, muy antiguos, muy complejos, provienen, sobre todo, del sistema semifeudal de la propiedad.

El pueblo irlandés es numeroso, exageradamente prolífico (ni la muerte, ni la emigración, ni las epidemias alivian a esta isla, muy poblada), y vive en

(1) Es curioso que cuando estoy traduciendo estas páginas (agosto de 1920) la cuestión de Irlanda revive en toda su fuerza y con las características señaladas con tal hábil acierto de psicólogo por Eça de Queiroz, que a cualquier asunto que tocaba aportaba una intensa luz.—N. del T.

una tierra pobre, de cultivo exiguo, sólo trabajada en su tercera parte; los propietarios, *lords* ingleses o escoceses, siempre ausentes de las tierras, no consintiendo el gasto de un chelín para mejorarla, están en París, están en Londres, comiendo melocotones en Enero y jugando por los *clubs* al *whist* a libra el tanto; sus administradores y agentes, criaturas voraces, sin vinculación con la raza, forzados a remitir continuamente dinero a Sus Señorías, interesados en conservar la procuraduría, caen sobre el rentero, aumentanle la renta, fuérganle a ventas desastrosas, aprisionanlo por la usura, le imponen tributos al modo feudal, le exprimen con desesperación como un limón medio seco, hasta que vierta con un gemido el último penique. Si el miserable consigue este año, fatigando el terruño, sustentándose de hierbas secas, economizando la lumbre cuando hay seis palmos de nieve, arrancar de sí propio la suma que Su Señoría el Lord reclama para ofrecer una esmeralda a la rubia Fanny o a la pálida Clementine, para el año siguiente está enmarañado en la deuda, sin medios para comprar la simiente, con una tierra exhausta a sus pies...

Entonces, el administrador, con la ley en la mano, viene, pignórale o véndele el catre, expúlsalo de la choza, tira a la mujer, a las criaturitas y a los abuelos imposibilitados, a las piedras del camino... Y ahí va una bandada de desgraciados a engrosar el lamentable proletariado que puebla *la isla de los Bardos*... ¡Son millones, son millones!...

Esta población, con el vientre vacío, los pies desnudos sobre la escarcha, vuélvese hacia Inglaterra,

la Madre Inglaterra, que tiene la Ley, que tiene la fuerza, que tiene la responsabilidad: Inglaterra, conmovida en su fibra cristiana, vuélvese hacia sus economistas, hacia sus políticos: estos individuos ponen sus vastas frentes en sus vastas manos, y arrancan de las concavidades de su sabiduría farisaica esta respuesta, la tenebrosa respuesta de la Edad Media a las reclamaciones del sufrimiento humano:

—¡Paciencia! El remedio está en el cielo...

Inglaterra, valiéndose capciosamente del clero católico de Irlanda, y de la religiosidad de la plebe para mantenerla en la resignación de la miseria, señalándole las promesas color de oro de la bienaventuranza, ¡es un saludable espectáculo!...

¡Seamos justos, sin embargo! Inglaterra manda también a los millones de hambrientos, harina y dos o tres chelines: y el *Punch* les hace la honra de dedicarles chanzas.

De todo esto, ¿qué resulta? Que el irlandés, viendo el hambre en su hogar; la Inglaterra, muy ocupada con el Dr. Tanner; el *Punch*, muy divertido... y el cielo muy lejos;—hace un hatillo de sus andrajos y se va a la villa más próxima, preséntase al comité de los *Fenians* o a la sección de *Mollie Maguire* y dice simplemente: “¡Aquí estoy!”

Estas dos asociaciones secretas son terribles y complétanse una a otra. Los *Fenianos*, que estuvieron un momento desorganizados, pero que tienen hoy la prosperidad de una institución pública, son una secta política con el fin claro de conquistar la independencia de Irlanda: su medio para lograrlo

es una futura insurrección, batallas a la luz del día, un esfuerzo heroico de raza, que sacuda al extranjero.

Es evidente que Inglaterra no tiene nada que temer de esta asociación; una escuadra en el canal de San Jorge, diez mil hombres desembarcados, y los Fenianos serán, en el estilo de la canción, como la hierba de los campos después que pasó el segador, una extensión de cosas sin vida. Mas no ocurre así con *Mollie Maguire*; ésta constituye puramente una conspiración; sus estatutos, sus fines, su organización, sus jefes, todo está envuelto en un misterio que es el terror de Irlanda; sólo son claros sus crímenes. ¿Hay propietario duro que elevó la renta? Una noche o él o su administrador aparecen a orillas de un camino con dos balas en la cabeza. ¿Quién fué? Fué *Mollie Maguire*; fué nadie, fué la Miseria, fué Irlanda. ¿Hay un agente, un usurero que hace un préstamo? A media noche su casa comienza a arder y en un momento hay una ruina humeante. ¿Quién fué? *Mollie Maguire*. ¿Hubo un burgués especulador que compró la choza de un propietario empeñado? Al otro día está allí en el fondo de una laguna con una piedra al cuello. ¿Quién fué? *Mollie Maguire*. Todos los días, en estos últimos meses, hay así dos o tres de estos crímenes, que tienen en Inglaterra el nombre de *agrarios*. Los tribunales, la policía, no se fatigan ya en pesquisas y en autos; ¿para qué? *Mollie Maguire* es intangible; *Mollie Maguire* es impersonal.

Y si hubiese un magistrado tan aburrido de la vida que quisiese descubrir de dónde había venido la

bala, la piedra o el fuego, tendría ciertamente, horas después, lo que tanto parecía desear: un puñal atravesado en el pecho. Son verdaderamente los procedimientos del Nihilismo militante: ni falta a esta secta aquella vaga exaltación mística que complica el Nihilismo. Si *Mollie* (diminutivo de María) no es una divinidad, es, por lo menos, una degeneración fetichista de la plebe; es la tenebrosa patrona de las venganzas de la plebe, aquella en quien los desgraciados abandonados de Dios, del Dios oficial, del Dios de la misa, encuentran socorro y amistad y fuerza, una especie de encarnación femenina del diablo del Sabbath, confidente de los siervos y de los brujos de media noche.

A estas dos asociaciones debe juntarse una tercera asociación legal, que habla alto en las plazas con periódicos, con etiqueta, viviendo bajo el patrocinio de la Constitución, respetada de la policía, que se llama la *Liga de la Tierra*. Su fin es promover, por medio de *meetings* y representaciones, una vasta agitación, un movimiento impulsivo de opinión, que fuerce al Parlamento inglés a reformar el sistema agrario. Mas ¿es realmente una asociación legal? ¿Son sus fines tan honestamente moderados, tan estrechamente constitucionales como se dice? Todo el mundo lo duda. En Irlanda, siempre que dos hombres se reúnen, conspiran; cuando se juntan cuatro, apedrean en seguida a la policía; ¿qué será entonces cuando reconocen que son doscientos mil?

A más de esto, las reclamaciones de esta asociación son de una vaguedad singular; nada de práctico, nada de realizable; sólo los viejos gritos senti-

mentales de la aspiración humanitaria. Y al mismo tiempo, los hombres que la dirigen son espíritus positivos y experimentados. Hay aquí una contradicción aterradora. Presiéntese que los jefes de este movimiento, sabiendo muy bien que de Inglaterra nada tienen que esperar, están simplemente organizando la insurrección bajo las apariencias de la legalidad. Formular un programa práctico para votarlo en el Parlamento sería, en opinión de ellos, ocioso y pueril; las declamaciones verbosas en que se hable mucho de *legalidad, orden, parlamentarismo* bastan para engañar a la policía... Y no es dudoso que en cierto momento, *Fenianos, Mollie Maguire y Liga de la Tierra* formarán un solo movimiento: el de la rebeldía desesperada...

Este era el estado de Irlanda hace dos meses, cuando se dió el caso inesperado del *bill de compensación*. Este proyecto de ley, presentado por el ministro Gladstone (en parte por un sentimiento liberal de justicia, en parte por agradecer los grandes servicios de los irlandeses en las últimas elecciones), no ponía ciertamente un término a los males de Irlanda; pero, coartando los abusos de los señores, dificultando la arbitrariedad de las *expulsiones*, modificando la bárbara legislación de los préstamos, aliviaba al trabajador irlandés del férreo calcañar feudal que lo aplasta. El *bill* pasó entre los aplausos de la Cámara de los Comunes; mas excuso añadir que la Cámara de los Lores, esa augusta y gótica asamblea de señores semif feudales, lo rechazó con horror, ¡como obra execrable del liberalismo satánico!...

De ahí viene el resultado: los agitadores de Irlanda, sus profetas, sus jefes, aprovecharon con entusiasmo esta respuesta de la Cámara de los Lores y la utilizaron tan hábilmente como Antonio utilizó la túnica ensangrentada de César. Fueron a mostrarla a la plebe indignada, por campos y aldeas, gritando bien alto: “¡Aquí está lo que hicieron los lores, vuestros amos, vuestros explotadores! ¡La primera propuesta justa, en bien de Irlanda, que se les presenta, la rechazan! ¡Quieren manteneros en el hambre, en la servidumbre, en el oprobio de las antiguas edades, en el estado de raza vencida!... ¡A las armas!...”

Y desde entonces Irlanda prepárase ardentemente para la insurrección; a pesar de los cruceros que vigilan la costa, todos los días hay desembarcos de armas; el dinero y los voluntarios afluyen de América; por los campos, vense grupos de doscientos o trescientos hombres, con espingardas al hombro, haciendo ejercicios como regimiento en víspera de campaña; aunque sea ahora la época de la recolección, la población no está en los campos, está en los *meetings* y en los *clubs*; y los tribunos, los agitadores, prodiganse sin reposo. No falta de fijo a estos hombres ni valor ni aquella elocuencia patética que hace circular en las multitudes *el estremecimiento sagrado*.

Uno de ellos, Redathsd, exclamaba hace días:

—Dícnos a cada momento: “¡Sed justos, pagad al lord, pagad al usurero!...” Y cítannos la palabra divina de Aquel que dijo: *Dad a César lo que es del César*. Hubo sólo un hombre, Bruto, que dió a Cé-

sar lo que a César era debido: ¡una puñalada en el corazón!...

Esta brutalidad tiene grandeza. Ahora imagine-se esto, declamado ante una multitud oprimida, con los gestos teatrales de esta raza violenta, de noche, en uno de estos siniestros descampados de Irlanda, que son todo roca y brezos, al claror de antorchas, que dan aquella intermitencia de obscuridad y brillo, que es como el alma misma de Irlanda; y véase el efecto.

En Inglaterra hasta los optimistas consideran la insurrección casi inevitable para los fríos de otoño. Y el honesto John Bull se prepara; ya el Ministro del Interior está en Dublin y es inminente la declaración de la *ley marcial*... En este punto, radicales y conservadores son unánimes; si Irlanda se levanta, ¡que se aplaste a Irlanda! Solamente John Bull declara que su corazón ha de llorar mientras su mano castiga... ¡Excelente padre!...

El periódico *Standard*, el venerable *Standard*, tenía hace días una frase adorable: "Si, como es de temer, Irlanda llegara a olvidarse de lo que se debe a sí misma y a Inglaterra—exclamaba el solemne *Standard*—, es doloroso pensar que el próximo invierno, para mantener la integridad del Imperio, la santidad de la ley y la inviolabilidad de la propiedad, habremos de ir, con el corazón amoratado de dolor, pero con espada firme en la mano, a llevar a Irlanda, la isla hermana, la isla bien amada, un necesario exterminio."

Exterminio es demasiado; y quiero creer que está allí para rematar con una nota grave, una nota

de órgano, la armonía del período. Pero el sentimiento es curioso y raro; y sería un espectáculo maravilloso ver, en el próximo invierno, a John Bull recorriendo Irlanda, lleno de ferocidad y ahogado en ternura, con los ojos escurriendo lágrimas y la bayoneta goteando sangre... ¡Siempre las fatales necesidades de un gran Imperio! Vuelvo a mi deseo: un huertecito, una vaca y dos palmos de hortaliza... Y una pipa: ¡la pipa de la paz!...

II

ACERCA DE LIBROS

Octubre llegó, y con este mes, en que las hojas caen, comienzan aquí a aparecer los libros; hojas a veces tan efímeras como las de los árboles y que no tienen, como ellas, el encanto del verde, del murmullo y de la sombra.

Estamos, efectivamente, en plena *Book-Season*, la estación de los libros.

Estos dos meses, Septiembre y Octubre (y lo merecen, porque en cuanto a color, luz y reposo son los más simpáticos del año), han acumulado en sí las más célebres *seasons*, las estaciones más fecundas de la vida inglesa.

La *London-Season*, la famosa estación de Londres, cuando la Aristocracia, mayor y menor; los *diez mil de arriba*, como se decía antiguamente; la *crema*, como se dice ahora, se recoge de los parques y palacios del campo a sus palacetes y jardincillos de Londres—transcurre en Abril, Junio y Julio, dicho sea en verdad. Mas esa es una vana y hueca estación de trapos, de guantes de veinte botones, de lacayos, de *champagne*, de juego y de cottillón. ¡Mientras que las otras!...

Mírense las sabias, útiles, viriles, solemnes *sea-*

CARTAS DE INGLATERRA

sons, que abundan en estos dorados meses de Septiembre y de Octubre. ¡Eso sí!... Aquí tenemos, por ejemplo *Congress-Season*, la estación de los congresos.

¡Qué espectáculo! Toda la verde superficie de Inglaterra está de Norte a Sur salpicada de manchas negras. Hay congresos metafísicos y congresos de cocineros.

Aquí, doscientos individuos, sombríos y descontentos, elaboran un nuevo orden social; allá, una multitud de sabios, agazapados semanas enteras en torno de un objeto oscuro, no pueden llegar a la conclusión de si es un ladrillo vilmente reciente o un mosaico de la cámara nupcial de la reina Ginebra; y allá adelante, caballeros cebados y relucientes establecen la doctrina definitiva del engordamiento del lechón, ¡ese amor!...

Los congresos más notables de este año fueron: el de Medicina, en Londres, al que asistieron *mil trescientos congresistas*, médicos y cirujanos de ambos mundos y de ambos sexos, y donde se prometió a la humanidad, para de aquí a varios años, la supresión de las epidemias por las vacunas; el de la *British Association*—gran Sociedad de Ciencias (Congreso anual celebrado este año en York), en que el presidente, Sir John Lubbock, ese amable sabio, que ha pasado la existencia estudiando las civilizaciones inferiores de los insectos, laboriosas democracias de hormigas, deplorables oligarquías de abejas; —ocupóse esta vez, haciendo un balance de la ciencia durante los últimos cincuenta años, en mostrar algunas de las estupidas habilidades de

ese otro efímero insecto, el hombre; y por fin, el Congreso anual de la Iglesia, celebrado en Newcastle, compuesto de obispos, dignatarios eclesiásticos, teólogos, doctores en divinidad (1), este amplio clero anglicano, el más docto y literario de Europa. En este congreso, entre otros asuntos, discutióse la *influencia del arte en la vida y en el pensar religioso*; mas, en mi entender, el resultado más nítido fué revelar incidentalmente que la frecuentación de los templos, en Inglaterra, disminuye en un tercio cada diez años, al paso que el espíritu de religiosidad crece en las masas, desprendiéndose así cada vez más el sentimiento religioso de las formas caducas y perecederas de las religiones.

En este momento hay otros Congresos: el de los Metalúrgicos, el de las Ciencias Sociales, el de los Telegrafistas, el Arqueológico, el de los Grabadores, el de los... En fin, centenares de Congresos. Hasta hay el de los *Browninguistas*. ¿No saben lo que son los *Browninguistas*? Una vasta asociación que tiene por objeto estudiar, comentar, interpretar, iluminar, divinizar, las obras del poeta Browning. Esto, aun en este país, de arrebatados entusiasmos intelectuales, me parece un poco fuerte. Browning es, sin duda, con Shelley, Shakesperare y Milton, uno de los cuatro príncipes de la poesía inglesa; mas tiene el inconveniente de estar vivo. Él propio asiste, materialmente, con su paletot y su paraguas, al Congreso de que es objeto espiritual y tema; y fa-

(1) En inglés se dice también *doctors in Divinity* a los doctores en Teología.—N. del T.

talmente, por el efecto mismo de su presencia, la admiración literaria tiende a convertirse en idolatría personal, y los *shake-hands* (1) que él distribuye, comienzan, naturalmente, a ser más apreciados en el Congreso que los poemas que escribió. Por lo mismo que lo divinizan, lo empequeñecen; no es entonces el gran poeta de Inglaterra, es el ídolo particular de los *Browninguistas*; deja así de ser un espíritu ha... do a espíritus—para ser un ídolo (2) aterrorizando a supersticiosos.

Mas, continuando con las estaciones, aún tenemos la *Yachting-Season*, la estación náutica de las regatas, de los viajes en *yacht*. Hoy, en Inglaterra, tener un *yacht* es como entre nosotros montar carruaje, el primer deber social del rico o del enriquecido, y una de las formas más triviales del *comfort* lujoso. Un *yacht* no es sólo un frágil y airoso barco de cincuenta toneladas y vela blanca; puede ser también un negro y poderoso vapor de dos mil toneladas y sesenta hombres de tripulación. En este último caso, en lugar de bordear gentilmente en derredor de las flores y de las hierbas de la isla de Wight o de ir a embarrancar en esos prodigiosos paisajes marinos del Norte de Escocia, va a dar la vuelta al mundo, cargado de biblias para los pequeños patagonios y de *champagne* y de amor para

(1) Apretones de manos, en inglés. Eça de Queiroz emplea siempre el equivalente inglés en vez del portuguesísimo *aperto de mão*. Varios censores gramaticales le han reprochado el empleo de esta locución británica.—N. del T.

(2) Es más expresiva la palabra portuguesa *manipanco*—ídolo especial de los negros de Africa.—N. del T.

las lindas misioneras, vestidas de marineras. La vida de *yacht* tiene sus costumbres especiales, su etiqueta, su fraseología, su moral propia y, sobre todo, su literatura. La literatura de *yacht* es vasta, y William Black, el autor de *Las Alas blancas*, de *El Nacer del sol*, de *La Princesa de Thule*, es su novelista oficial; un paisajista maravilloso, que tiene en su pluma todo el vigor del pincel de un Jules Bretón.

Tenemos igualmente en estos meses, la *Shooting-Season*, la estación de caza de tiro, que se abre el 1.º de Septiembre con solemnidad tal y en medio de un interés público tan intenso, que me da siempre idea de lo que debía haber sido en las vísperas de la gran Revolución la apertura de los Estados Generales. Pido perdón por esta comparación abominable; mas la carne es flaca y yo considero esta estación sublime. En ella se caza la *grouse*, y en ella es cuando se come la *grouse*. ¿No saben lo que es la *grouse*? Es un pájaro, del tamaño de la perdiz, que vive (¡Dios lo bendiga!) en los *moors* o descampados de Escocia... Ahora déjenme reposar un momento y quedar aquí en un éxtasis manso, pensando en una *grouse*, con las manos cruzadas sobre el estómago, los ojos enternecidos, relamiéndome el labio... No imaginen que soy un glotón. Mas nunca se debe hablar de cosas buenas sin veneración. Lord Beaconsfield, ese maestro del buen gusto, diónos el ejemplo cuando, habiendo mencionado en uno de sus libros el *ortolan* (1), ese otro delicioso pájaro, añá-

(1) Podría yo traducir el *ortolan* por "el hortelano", como ya lo he visto traducido recientemente, y en un libro de

dió que el buche gordo del *ortolan* es más delicioso que el seno de la mujer, su aroma más perturbador que el de las lilas y el sabor de su carne mejor que el sabor de la verdad. Puede decirse lo mismo de la *grouse*.

En seguida tenemos la *Burglary-Season*, la estación de los asaltos y de los robos a las casas. Esta estación comienza también en Septiembre, cuando la gente rica sale de Londres y deja sus palacetes, o cerrados o al cuidado de un viejo y soñoliento portero. Los salteadores de Londres, cuerpo social tan bien organizado como la propia policía, proceden entonces sistemáticamente, por cuadrillas disciplinadas, usando los más perfectos modos científicos en el asalto y saqueo de esas propiedades abarrotadas de cosas ricas...

Tenemos la *Lecture-Season*, la estación de las conferencias. Su nombre explícala y sería largo detallar su organización. Baste decir que durante esta estación no hay tal vez un barrio en Londres (casi podría decir una calle) ni una aldea en el resto del país, en que no se vea cada noche a un sujeto ante una copa de agua disertando sobre un asunto delante de un auditorio compacto, atento, interesado y que toma notas. Los asuntos son *todo*, desde la idea de Dios hasta la mejor manera de fabricar grasa. Y los conferenciantes son *todo el mundo*, desde el profesor Huxley hasta un caballero cualquiera, el señor Fulano de Tal, que sube a la plataforma a

Botánica; pero esa adaptación castellana me parece equívoca y de mal gusto.—N. del T.

contar sus impresiones de viaje a las islas Fidji o las aptitudes curiosas que observó en su perro...

Hay aún otras estaciones que basta anunciar: la *Hunting-Season*, la estación de la caza a la raposa (esto es todo un mundo); la *Cricket-Season*, la estación en que se juega al *cricket*—y en que se ven estos edificantes espectáculos: doce caballeros, venidos del fondo de la Australia, otros doce partiendo de las montañas de Escocia, y encontrándose en Londres a jugar en desafío una tremenda partida que dura tres días, en la presencia arrebatada de un pueblo en delirio...

Tenemos también la *Angling-Season*, la estación de la pesca de caña, institución nobilísima a la cual la humanidad debe el salmón y la trucha. Es el *sport* favorito de la alta burguesía culta, de la magistratura, de los hombres de prudencia, de aquella parte de la vieja aristocracia sobre la que más pesan las responsabilidades del Estado. Todo este mundo, de solemne respetabilidad y de alto ceremonial, pesca con caña; y este *sport* es uno de los que han producido una literatura más considerable, tan considerable, que su biografía, la simple enumeración de sus tratados, ocupa un libro de doscientas páginas. Allí observo con respeto la noticia de un ponderado estudio sobre *la pesca con caña entre los asirios!*...

Sólo esta semana la literatura de pesca con caña nos dió ya dos libros, según las listas: *La cartera de un pescador* y *A orilla de los ríos*...

Tenemos también la *Travelling-Season*, la estación de los viajes, cuando el famoso turista inglés

hace su aparición en el continente. En esta época (Septiembre y Octubre) todo inglés que se respeta (o que no pudiendo en su conciencia respetarse, pretende al menos que su vecino lo respete) prepara unas diez o doce maletas y parte para los países del sol, del vino y de la alegría. Los ángeles (si no lo soñaran, como dice João de Deus) deben asistir entonces, a un espectáculo bien divertido desde su terraza azul: toda Inglaterra hirviendo en el puerto de Dover y de allí partiendo largos hormigueros de turistas, surcando de líneas oscuras el continente, yendo a extenderse por los valles del Rhin, negreando por la nieve de los Alpes, serpenteando por los vergeles de Andalucía, poblando las ciudades de Italia, inundando la Francia... *¡Todo esto son ingleses!*... *Todo esto* trae una *guía del viajero* debajo del brazo. *Todo esto* toma notas. *Esto* viaja a veces con la esposa, la cuñada, una amiga de la cuñada, una conocida de esta amiga, siete hijos, seis criados, diez perros y otros perros conocidos de esos perros; ¡y paga por todo esto sin gruñir!... No; no digo bien, gruñendo siempre. Este viaje de placer pásalo casi siempre el inglés blasfemando (mentalmente, porque ni la Biblia ni la respetabilidad le permiten blasfemar en voz alta).

La verdad es que el inglés no se divierte en el continente; no comprende los idiomas, extraña las comidas; todo lo que es extranjero, maneras, *toilette*, modos de pensar, le choca; recela de que le quieren robar; tiene la vaga creencia de que las sábanas en las camas del hotel nunca son limpias; el ver los teatros abiertos el domingo, la multitud di-

virtiéndose, amarga su alma cristiana y puritana; no osa abrir un libro extranjero porque sospecha que hay dentro cosas obscenas; si su *guía* le afirma que en la catedral de tal hay seis columnas y él sólo encuentra cinco, queda triste toda una semana y furioso con el país que recorre, como un hombre a quien robaron una columna; y si pierde un bastón, si no llega a la hora al tren, enciérrase en el hotel un día entero componiendo una carta para *The Times* en que acusa a los países continentales de hallarse en un estado completamente salvaje y enfangados en una pútrida desmoralización. En fin, el inglés en viaje es un ser desgraciado. Es evidente que yo no aludo aquí a la numerosa gente de lujo, de literatura y de arte: hablo de la vasta masa burguesa y comercial. Pero aun ésta encuentra una compensación a todos sus trabajos de turistas cuando, al regresar a Inglaterra, cuenta a sus amigos cómo estuvo aquí y allí, y trepó al Mont Blanc y comió en una *table d'hôte* en Roma y ¡por Júpiter! causó una impresión de todos los diablos, él y las muchachas...

¿Qué más estaciones tenemos aún? La *Speech-Season*, la estación de los discursos, cuando, en las vacaciones del Parlamento, todos los hombres públicos se esparcen por el país discursando, ante enormes concurrencias, sobre los negocios públicos. Es uno de los rasgos más curiosos de la vida política en Inglaterra...

Hay otras muchas estaciones en Septiembre y Octubre, mas no recuerdo ahora. Y, en fin, para no ser injusto, debo mencionar también el otoño.

De todas estas, para mí, naturalmente, la más interesante es la *Book-Season*, la estación de los libros.

Esto no quiere decir que fuera de esta estación (Octubre a Marzo) no se publiquen libros en Inglaterra; lejos de eso ¡Santo Dios!... Como no quiere decir que fuera de la *London-Season* no se dance o fuera de la *Travelling-Season* no se viaje. Significa simplemente que las grandes casas editoras de Londres y de Edimburgo reservan, para lanzarlas en esta época, sus grandes novedades. Un libro de Darwin, un estudio de Matthew Arnold, un poema de Tennyson, una novela de Georges Meredith, serán evidentemente reservados para la *estación*. Por lo demás, durante todo el año, no se interrumpe, no cesa esa publicidad fenomenal; ese vasto, ruidoso, inundante torrente de libros, extendiéndose, haciendo poco a poco, sobre la costra de la tierra vegetal del globo, otra costra de papel impreso en inglés.

No sé si es posible calcular el número de volúmenes publicados anualmente en Inglaterra. No me espantaría que se pudieran contar por docenas de millares. Aquí tengo yo delante de mí, en el número de ayer del *Spectator*, la lista de los libros lanzados esta semana: ¡noventa y tres obras!... Y esto es solo la lista del *Spectator*. Solamente lo que se llama aquí *Literatura general*. No se cuentan las reimpresiones; ni las ediciones de los clásicos, en todos los formatos, desde el infolio que sólo un Hércules puede levantar, hasta el volumen en miniatura, cuyo tipo reclama microscopio; y en todos los precios, desde la edición que cuesta cincuenta

libras, hasta la que cuesta cincuenta céntimos; no se cuentan las traducciones de libros extranjeros, sobre todo, las literaturas de la antigüedad, y no se cuenta, en fin, esa incesante producción de las Universidades, esa otra cosecha de griegos y latinos, de comentarios, de glosarios y de infolios, que lanzan las prensas de Clarendon (1).

Hay en esa literatura general una especie de que el escritor nunca se fatiga: la literatura de viajes. No hablo de las novelas: eso no constituye hoy una producción literaria; es una fabricación industrial. En la vida doméstica inglesa la novela convirtiéndose en objeto de primera necesidad, como la franela o las telas de algodón, y, por lo tanto, toda una población de novelistas se emplea en manufacturar este artículo, al por mayor, y tan de prisa cuanto la pluma puede escribir, arrojando sobre el mercado las páginas aún húmedas en el ansioso conflicto de la concurrencia.

Mas la gula, la golosinería de libros de viajes, es también considerable y, por lo demás, bien explicable en una raza expansiva y peregrinante, con escuadras en todos los mares y colonias en todos los continentes, factorías en todas las playas, misioneros entre todos los bárbaros y, en el fondo del alma, el sueño eterno, el sueño amado de rehacer el Im-

(1) Este Clarendon es el acreditado editor de Oxford, que se ha dedicado a la especial misión de editar todos los libros publicados por la Universidad o adláteres de ella.—*N. del T.*

perio Romano. Esto produjo otro tipo de industrial de las letras: el prosista viajante.

Antiguamente contábase el viaje cuando casualmente se había viajado; el hombre que visitaba países lejanos, se enredaba en aventuras pintorescas, y, a la vuelta, regresando al rincón de su hogar, tomaba la pluma e iba reviviendo esos días en una agradable remembranza de impresiones y paisajes. Hoy no. Hoy se emprende el viaje únicamente para escribir el libro. Abrese el mapa, escógese un punto del Universo bien salvaje, bien selvático, y márchase hacia allá, con una resma de papel y un diccionario. Y toda la cuestión está (porque la competencia es grande) en saber cuál es el rincón de la tierra sobre el cual no se publicó un libro. O donde el país es ya tolerablemente conocido, si no tendrá alguna aldea, algún apartado riachuelo, sobre el cual se puedan producir trescientas páginas de prosa.

Quien hoy encuentre en algún escondido punto del globo un sujeto de casco de corcho, lápiz en la mano, binóculo (1) a la bandolera, no piense que es un explorador, un misionero, un sabio recogiendo flores raras; es un prosista inglés preparando un volumen.

Nada elucida las cosas como un ejemplo. Aquí está la lista de los libros de viajes publicados en Londres en estas *dos últimas semanas*.

Es claro que yo no los leí, ni siquiera los hojeé.

(1) Binóculo es palabra que debemos restituir en castellano a su verdadero sentido; por eso la traduzco literalmente. Son gemelos de campaña o de teatro.—*N. del T.*

Copio los títulos solamente de las listas de dos periódicos de crítica: el *Atheneum* y la *Academy*. Nótese que estos libros están casi siempre bien estudiados; dan el rasgo y la línea que pinta, el paisaje con su color y su luz, la ciudad con su movimiento y sus características; son gráficos y son críticos; tienen la geografía y tienen la observación, y más o menos hacen revivir con el detalle característico, el pueblo visitado, en su vida doméstica, en su religión, en su agricultura, en su *sport*, en sus vicios, en su arte, si lo tiene. Calcúlese, pues, la importancia de esta literatura que se torna así una investigación paciente, sagaz, correcta, hecha sobre el Universo entero.

Aquí están, con los títulos traducidos, los que se publicaron en estos quince días: *Mi jornada a Medina*.—*Entre los hijos de Han*.—*En las aguas saladas*.—*Lejos, en las Pampas*.—*Santuarios del Piamonte*.—*El nuevo Japón*.—*Una visita a Abisinia*.—*Vida en el Occidente de la India*.—*Por el Mahakan arriba y por la Barita abajo*.—*A caballo por el Asia menor*.—*Escenas en Ceylán*.—*A través de las ciudades y de los pueblos*.—*En mi Bungalón*.—*Las tierras de los Matabeles*.—*Huyendo hacia el Sur*.—*Tierras del sol de media noche*.—*Peregrinaciones en la Patagonia*.—*El Sudán egipcio*.—*Tierra de los Madgyares*.—*A través de la Siberia*.—*Notas del mundo del occidente*.—*Camino de Palestina*.—*Norsk, Lapp y Finn*. (¿Dónde será esto, Santo Dios?)—*Guerras, peregrinaciones y ondas*. (¡Qué título, Dios piadoso!)—*La linda Atenas*.—*La península del Mar Blanco*.—*Hombres y casos de la In-*

dia.—*A bordo de "La Raposa"*.—*"Sport" en la Crimea y en el Cáucaso*.—*Nueve años de cacerías en Africa*.—*Diario de una perezosa en Sicilia*.—*Al Oriente del Jordán*...

¡Aún hay otros, aún hay muchos—y en quince días!...

Sería curioso dar paralelamente la lista de poemas, libros de poesías, odas, baladas, tragedias anunciadas o ya publicadas en la primera quincena de la estación; mas no tengo la paciencia de revolver todo ese lirismo. Hay "una gran sensación": el libro de Dante Rossetti, uno de los maestros modernos; lo demás... sólo es una bandada amorosa y triste de rui-señores.

No menos espesas, no menos compactas, son las listas de los libros de Teología, Controversia, Exégesis, etc.;—exhalando de sí una melancolía de cementerio. En Metafísica hay el acostumbrado surtido, macizo y vago, como diría Herbert Spencer. En Historia, Biografía, Crítica, las listas bibliográficas son abundantísimas... En fin, a lo que parece, es una formidable y grandiosa *estación de libros*. A las novelas no aludo; ¡montones, montañas y muladares! (1).

Una pastora medio salvaje de las Ardennes, que nunca viera otro espectáculo más grato a su cora-

(1) Eça de Queiroz hace un juego de palabras que no se puede reproducir en español, porque la palabra *muladar* se dice *montaro*, y el párrafo que traduzco suena así en portugués: *montões, montanhas—e monturos!* ..—N. del T.



zón que el de las cabras que guardaba, fué traída un día desde sus serranías a París, cuando en el Boulevard pasaba, con la bandera tricolor al viento, un regimiento en marcha. La pobre doncella púsose blanca como la cera y sólo pudo murmurar en una beatitud suprema:

—¡Jesús, cuánto hombre!

Yo sé que estoy aquí haciendo el papel ridículo de esta pastora y balbuceando, con la boca abierta, como si llegase también de las Ardennes:

—¡Jesús, cuánto libro!

Mas ¿no es este grito, como el de la pastora, natural?

El beduino del desierto del Oriente que, pasando la serranía líbica, divisa por primera vez, inmenso, lento, llenando un valle, el río Nilo, exclama espantado:

—¡Allah, cuánta agua!

El agua es su preocupación; todas las aldeas de los arenales que habita padecen la falta de agua, más que nadie siente las maravillas que el agua produce; y en su grito hay una tímida reprensión a Allah, como si dijese:

“¡Tanta agua aquí y tan poca allá, de donde yo vengo!”...

Así, yo vengo... Pero el resto de la comparación complétela más bien el lector astuto.

III

EL INVIERNO EN LONDRES

He ahí el invierno. Ya todos los días lo encuentro y ahora mismo oigo allá afuera, en la calle, bajo la niebla tristona de este fin de Octubre, su voz doliente y vaga; no es el viejo semidiós de atributos mitológicos, con la barba en copos de nieve sobre el manto blanco también de nieve, soplando en los dedos, y el clásico haz de leña al hombro; es un rapazote ennegrecido de hollín, con gorra y látigo en la mano, que va conduciendo un carro negro, con un fuerte percherón en las varas, por el macadam endurecido ya de la helada, y soltando de puerta en puerta su melancólico pregón: *Coals! Coals!* (¡Carbón! ¡Carbón!)

¡Se han acabado, pues, los días purpúreos del lindo otoño inglés!... Nada iguala al encanto suavizador y blando de mediados de Octubre en estos condados del Sur. Un paseo a mitad de la tarde por las pintorescas márgenes del Severn, o a lo largo del Avon, ribera que la memoria de Shakespeare torna casi sagrada, o por las colinas amables de Surrey, es el más bello y el más útil reposo que puede tener el espíritu sobresaltado, cansado de los libros o del duro movimiento de la vida.

Se disfruta aquí algo de aquella paz eterna que los poetas paganos soñaban en las perspectivas inefables de los Campos Elíseos; sólo que la naturaleza particular del Norte, las líneas de la arquitectura sajona, dan el matiz romántico y elegíaco que falta al paisaje latino.

Se camina en una luz ligera, de un dorado triste, de un enternecimiento casi dolorido; el verde de las hierbas que se pisan, verde reposado y adormecido bajo los grandes ramajes de los árboles seculares y aristocráticos, solemnes, aislados, inmóviles en un recogimiento religioso, lleva al alma insensiblemente hacia algo muy alto y muy puro; hay un silencio de una extraordinaria limpidez, como el que debe haber sobre las nubes; un silencio que no existe en el paisaje de los climas cálidos, donde la incesante labor de las savias, muy intensa, parece hacer un vago rumoreo; un silencio que se posa en el espíritu con la influencia de una caricia. Y a cada momento son fondos encantadores de paisaje, de un azul vaporizado, con alguna torre de Abadía cubierta de hiedra, que surge entre árboles o una frondosa avenida de parques, donde se divisan vestidos claros corriendo sobre las hierbas, o la histórica arquitectura de un castillo, con bandera feudal en la torre, que de repente aparece en una eminencia con sus terrazas de mármol oscuro, los grandes prados donde pastan o reposan los animales de lujo, los centelleantes meandros del río entre el verdor y somidos tristes de trompa, venidos de las profundidades de las arboledas...

De aquí a días, sin embargo, por colinas y valles,

sólo habrá la triste niebla húmeda que dura meses, o la nieve remolineando en el viento...

Esta monotonía que comienza a oscurecer los campos desde Noviembre, va a causar este año una innovación excelente en las costumbres sociales de Inglaterra. Va a haber, de Diciembre a Mayo, una *estación de invierno* en Londres.

Como todos saben, Londres sólo está habitado desde los comienzos de Mayo hasta los primeros días cálidos de Agosto. El resto del año es Londres la cálida Palmira o la tenebrosa planicie del desierto de Petrea. Quedan allí, es verdad, entre tres a cuatro millones de humanidad; pero es una humanidad subalterna, hecha de barro villano, sin valor social en Inglaterra; es la humanidad que no tiene castillos ni parques de tres leguas, ni su nombre en el *Libro de Oro*; ni *yachts* de lujo para bordear las costas de Escocia; es la humanidad que no tiene en las arterias la famosa *sangre normanda*, esa sangre envidiada, más preciosa que la de Cristo, cantada por todos los poetas de la corte, y que fué importada por los hombres corpulentos, cubiertos de hierro y peludos como fieras que acompañaron a estas islas a Guillermo de Normandía; es, en fin, la humanidad que Carlos Estuardo, el bien amado, llamaba *la canalla*, y que el gran sacerdote de *La Bella Elena*, el pobre Offenbach, designaba con el nombre de *vil multitud*; es el trabajador, el artífice, el artista, el profesor, el filósofo, el obrero, el novelista, todo lo que piensa, crea y produce.

Es esta fresca ralea la que queda en Londres; de modo que apenas la humanidad superior, *los diez*

mil de arriba, como aquí tan pintorescamente se dice, parten para sus castillos y para sus *villas* a orillas del mar o sus *yachts*; Londres, sólo habitado por la turba abyecta, se torna sobre la faz de la tierra como la lamentable Cacilhas (1). Ningún *gentleman* que se respete y quiera mantener su buen nombre social osaría confesar que estuvo en Londres en Enero; correría el riesgo de ser tomado por un tendero, o peor, por un filósofo, por un poeta, por uno de esos seres rastreados, viles como el lodo, sin castillo y sin jauría de perros, que ninguna *lady* querría tener en su "cuaderno de visitas".

Si un *gentleman*, por tener negocios urgentes en Londres, se ve forzado a venir a este desierto de plebeyos, guarda un severo incógnito; no llegará tal vez a ponerse barbas postizas; pero sólo se aventura por las calles en el fondo obscuro de un *coupé*, con los *stores* corridos y el paletot tapándole la cara... ¡Sin embargo, una aventura tan arrojada pocos la intentan!...

Pues bien: todo esto se va a reformar. Y este año será moda pasear por Piccadilly o lucirse con la rosa al pecho en Pall-Mall, en pleno Enero, entre la espesura de las nieblas. Esta revolución considerable fué, como todas las fecundas revoluciones, tramada, pregonada y popularizada por las mujeres.

(1) Pueblecito muy pintoresco y lindo, pero muy insignificante, enfrente de Lisboa, a la otra orilla del Tajo, *na outra banda*, como allí se dice; para ir a él hay un servicio regular de vapores que en diez minutos cruzan el río.—*N. del T.*

Hacia largos años que estos ángeles sufrían con impaciencia la melancolía de la vida del campo, durante el largo invierno sajón. Aun en los primeros tiempos, después de abandonar las glorias de Londres y los esplendores de la *season*, la existencia era tolerable. Había las regatas elegantes de Co-wes; se iba a pasar una semana a la isla de Wright; después venían las fiestas de apertura de la caza; seguía la época de los *yachts*, los viajes a las costas de Noruega, a las Islas Hébridas, a las playas elegantes de Normandía; después, cuando la Corte está en Escocia, venía la caza del venado, los bailes de *gellies* (1) de las montañas... En fin, se vivía...

Pero con la llegada de Diciembre, de la nieve, una formidable ley social, la *fashion* (2), obligaba a los diez mil de arriba a recogerse en sus castillos, en la soledad del campo...

¡Y ahí comenzaba para las damas el tedio memorable!

.....
Cuando no se tiene un castillo y parque como los de Inglaterra, puede parecer un sueño de paraíso el

(1) *Gellies* es el plural de *gelly*, jalea o gelatina, y es indudablemente en sentido figurado, aplicado en Inglaterra al hielo de las montañas.—*N. del T.*

(2) Todo el mundo sabe hoy en Europa—porque es palabra que en todos los idiomas europeos, al menos en los neolatinos, ha sido aceptada y naturalizada—que la *fashion* es la moda, o, propiamente dicho, la norma que regula los usos, las costumbres, los modales distinguidos y por ende la indumentaria del mundo entero.—*N. del T.*

vivir en esas fastuosas residencias, entre maravillas de arte, acumuladas por generaciones, con muebles de doscientos mil duros, un servicio de sesenta criados, veinte caballos en la cochera y un parque de tres leguas; un parque de novela para pasear sobre la nieve dura cuando el cielo brilla claro... Pero la desgraciada dama, desde su primer diente, acostumbrada a tantos esplendores, ya no les encuentra encantos: un simple recorrido en un viejo coche de Londres, de tienda en tienda, le es cien veces más dulce...

Después, la vida del castillo es de un vacío parido y tristón. Los hombres de mañana tienen la caza, los galopés furiosos, devorando prados, saltando sebes detrás de una raposa asustada al grito bárbaro de *Hally-hó!*... Después, a la noche, tomado el baño y vestido el traje de etiqueta, tiene el *grog* fuerte en el *fumoir*. Pero ¿y las desgraciadas damas?... Todas beben *grog*; pero raras son las que cazan. El día es para ellas lúgubre... Una burguesa en Inglaterra tiene siempre una ocupación, aun en las existencias ricas: borda, pinta en porcelana, hace camisas para los pequeños patagonios, enseña a leer a los hijos de los caseros, escribe sus memorias o mantiene correspondencia con un teólogo sobre puntos difíciles de doctrina. Pero una dama de las *diez mil* no hace nada; sus grandes talentos, la *toilette*, la gracia para recibir, la intriga política, el brillo de la conversación, el *chic* estético, cosas en que sobresale, no le sirven en el aislamiento relativo del castillo, bajo los torrentes de la lluvia. Su escenario natural es el salón de Londres. Allí, en el

campo, en las largas galerías donde cuelgan las banderas que sus antepasados tomaron en Azincourt o en Poitiers (o si los abuelitos nunca invadieron la Francia, las banderas compradas al anticuario de la esquina), *My lady* bosteza; o extendida en un sofá, en su *robe de chambre* de brocado blanco de Génova, con una novela caída en el regazo, mira los copos de nieve empolvando los grandes robles del parque...

Después viene la noche. Es lo peor. Los hombres, que hicieron tal vez cinco leguas al galope detrás de las raposas, o que se estuvieron adiestrando en juegos atléticos, tienen sueño. Con la gardenia en la solapa y la perla negra en la camisa, extendidos al fondo del sofá, derrengados, medio adormecidos por el *Nocturno* de Chopin que un ángel rubio preludia al fondo de la sala, están tan inútiles para la *flirtation*, para la intriga, para el ingenio, para el amor, como si estuvieran disecados...

En vano las pobres damas se pusieron una *toilette* de doscientas libras; en vano resplandecen a las mil luces de cera sus hombros de Diosas... De nada vale. El *gentleman* anhela dejar la sala, ir a reconfortarse con su *brandy and soda* y estirar aquellos miembros que la raposa fatigó, en sábanas bien perfumadas y bien *bassineés* (1) y roncar fuerte.

(1) Eça emplea aquí la palabra francesa equivalente a la idea que él tenía en el cerebro y cuya exacta correspondencia no encuentra en portugués. Este participio del verbo *bassiner* significa calentados, fomentados con agua caliente,

Esta situación era intolerable. Y los hombres mismos sufrían. Galopar en un caballo de alto precio sobre la tierra dura de la nieve al ladrar de la jauría en una mañana de brisa fría, tiene encantos... Pero ¿se puede comparar eso a la delicia de conversar en el club, tener todas las noches tres o cuatro bailes, hacer frases sobre la cuestión de Oriente y cenar con miss Fanny en un cálido *boudoir* de terciopelo, mientras fuera la plebe chapotea en el lodo de Londres?... ¡No, no se puede comparar!...

Y por eso vino el momento psicológico, como dice ese ilustre hombre de prosa, el señor de Bismark, en que *ladies* y *lords* acordaron que el invierno en el campo era bueno para los lobos; y que para pares de Inglaterra, Londres era preferible. Y ahí está cómo se va a lograr esa cosa inesperada en la vida inglesa: *el invierno en Londres*.

Y, sin embargo, bien sabe Dios que no es agradable ese invierno de Londres. Por la mañana, al despertar, se tiene delante de la ventana una sombra opaca, espesa, parda, asustadora y siniestra; es necesario hacer la barba con el gas llameando; se almuerza con todas las velas del candelabro en-

humedecidos con un líquido; expresa la idea de las sábanas suavizadas y calentadas con los calentadores. Lo pone en masculino de plural (hay que advertirlo todo porque andan por estos prados de las letras demasiados cazadores de gazarpos) para que concuerde con el plural de *lenções* (sábanas), que es masculino en portugués; yo he modificado el género para hacerlo concordar con sábanas. El texto dice *Lenções bem perfumados e bem bassinês*.—N. del T.

cendidas, y el carruaje que nos conduce va precedido de una antorcha. Al mediodía, esta decoración de invierno muda: la sombra pierde el tono pardo y, por gradaciones odiosas, toma un amarillo de oca y comienza a exhalar un vapor fétido. Respírase mal; la ropa toma una humedad pegajosa sobre la piel; los edificios que nos rodean aparecen con las líneas vagas y quiméricas de las ciudades malditas del Apocalipsis, y el estruendo de hombres, este rudo y tremendo estrépito que debe incomodar allá arriba a la corte del cielo, adquiere una tonalidad sorda y roncante como un fragor en un subterráneo.

Después, a la noche, otra mudanza; toda esta sombra, esta niebla, densa, blanda, compacta, se deshace en lluvia... ¿En lluvia, digo yo?... En fango, en fango casi líquido, que se escurre, gotea y viene babeando de un cielo negro...

El gas parece de color de sangre; como todo el mundo, para combatir esta niebla heladora, mortal bebe fuerte y bebe seguido, hay en las calles un vago vapor de alcohol que pasa por los hálitos; todo excita, irrita e impela a la turba al vicio... El ruido intolerable de las calles, la prisa de la multitud violenta, el rudo flamear de los escaparates, dan una aceleración brutal a la sangre, una vibración casi dolorosa a los nervios; se piensa con intensidad, se camina con ímpetu, se desea con furor; la bestia humana se inflama; quiérese algo de fuerte y de animal: la lucha, el exceso, la gula, el abrasador *cognac*, la pasión... Londres, en una noche de invierno, exhala violencia y crimen... Y pué-

dese afirmar que en cada uno de los coches de plaza que a millares y millares pasan como flechas, en un relampaguear rojo de linternas, va un ciudadano, o una ciudadana, cometiendo, o preparándose para cometer, con excepción de la pereza, uno de los siete pecados mortales...

De una cosa se puede tener la certeza: es que no ha de faltar a los que van a pasar su invierno en Londres *asunto de conversación*... A más de los libros que se anuncian, de los escándalos que no han de faltar, de las modas que siempre se inventan, la política, sólo por sí, es todo un ramillete: insurrección segura en Irlanda; proceso por alta traición de los jefes de la *Liga de la Tierra*, diputados de Irlanda; nueva guerra en el Afghanistan, donde Kabul se insurreccionó; toda el Africa del Sur en rebelión; complicaciones siniestras del lado de Oriente; desacuerdos estridentes entre los radicales en el Poder... ¡En fin, un encanto!...

Era en circunstancias idénticas cuando el famoso Granville, el hombre de las *Memorias*, mirando en un comienzo de primavera hacia todos los lados del horizonte político y social, y no viendo (en 1830) sino presagios negros de insurrección, guerra, crisis y peligros para la patria, decía, bañado en júbilo, casi en éxtasis:

—¡Dios mío, qué deliciosas noches se van a pasar en el Club!...

IV

LA NAVIDAD

La Navidad, la gran fiesta doméstica de Inglaterra, fué este año triste; con esa tristeza particular que ofrece, en un día de calma ardiente, la plaza desierta de una villa pobre, o con esa melancolía que infunden algunas sillas vacías en torno de un fogón apagado, en una sala a la que no se volverá más...

Lo que nos estropeó la Navidad no fueron ciertamente las preocupaciones políticas, a pesar de su negrura de borrasca. Ni la rebelión del Transvaal, en que los boers comenzaron por exterminar el 94 de línea, uno de los más experimentados y gloriosos regimientos de Inglaterra y que amenaza ensangrentar toda el Africa del Sur en una guerra de razas; ni la situación de Irlanda, que ya no es gobernada por Inglaterra, sino por el Comité revolucionario de la *Liga Agraria*, serían inquietudes suficientes para quitar el sabor tradicional al *plum-pudding* de Navidad. Las desgracias públicas nunca impiden que los ciudadanos coman con apetito; y miserias de la patria, mientras no son tangibles y no se presentan bajo la forma llameante de obuses

estallando en una ciudad sitiada, no quitarán jamás el sueño al patriota...

No; lo que echó a perder la Navidad fué sencillamente la falta de nieve. Una Navidad como ésta que pasamos, con un sol de una palidez de convaleciente, deslizándose tímidamente sobre una inmensa pieza de seda azul descolorida; una Navidad sin nieve, una Navidad sin abrigos de pieles, parece tan insípida y tan desconsolada como sería en Portugal la noche de San Juan, noche de hogueras y de cánticos, si hubiese en el suelo un palmo de nieve y cayese encima el granizo hasta la madrugada... ¡Una decepción nacional!...

Para comprender bien el encanto de la nieve de esta famosa Navidad inglesa, basta examinar alguna de las pinturas, grabados u oleografías que la han popularizado.

El asunto no varía en el paisaje repetido: es siempre la misma entrada de un parque, de apariencia feudal, en vísperas de Navidad, antes de media noche; el cielo pesado de nieve suspensa parece una gasa sucia; y hasta perderse de vista, todo está cubierto de nieve caída, una nieve blanca, fofa, alta, que da a los campos un gran silencio... Junto a la verja del parque, una mujer y dos criaturas, envueltas en sus harapos, con lámparas en la mano, van cantando los villancicos; y al fondo, entre ramajes desnudos, se levanta el macizo castillo, con las ventanas llameantes, enrojecidas por la gran luz de dentro y con la alegría que en ellas habita...

Y toda la poesía de la Navidad está precisamen-

te en esas ventanas resplandeciendo en la noche nevada...

¡Felices aquellos para quienes esas puertas difíciles se abren!... Al entrar en la antecámara, los techos, los dinteles de las puertas, los respaldos de las sillas, los trofeos de caza, aparecen adornados con los verdes de la Navidad, con los ramajes sagrados del roble céltico; y por las paredes, en letras doradas, ondean los dísticos nacionales: *Merry Christmas! Merry Christmas!* (¡Alegre Navidad! ¡Alegre Navidad!)... Y el mismo grito se repite en los *shakehands* que se dan al huésped...

Bajo la chimenea crepita y danza la gran hoguera de Navidad; su luz abundante hace parecer de oro los cabellos rubios y de plata las barbas blancas...

Todo está aderezado como en una pascua sagrada; de los retratos de los abuelos cuelgan ramos de flores de invierno, las flores de la nieve; y toda la plata de la vajilla de la casa centellea sobre los aparadores en una solemnidad patriarcal. De las grandes arañas cuélgase el ramo simbólico del *mistletoe*, el ramo del amor doméstico; ¡y ay de las señoras que un momento se detengan bajo su ramaje! ¡Quien así las sorprenda tiene derecho a besarlas y darles un gran abrazo!... Y, también, ¡qué vueltas sabias, qué estrategia complicada para evitar el ramo fatídico!... Pero ¡pobres ángeles!, o se equivocan, o se asustan, y a cada momento y bajo el *mistletoe*, un grito, un beso, dos brazos que aprisionan una cintura fugitiva...

¡Y el piano no calla en estas noches!... Es alguna vieja canción inglesa, en que se habla de tor-

neos y caballeros; o una danza de Escocia, que se baila con el gentil ceremonial del pasado.

Y por corredores y salas, los niños, los bebés, con los cabellos al viento, vestidos de blanco y color de rosa, cantan, corren, ríen, van a cada momento a escudriñar las manillas del reloj monumental, porque a media noche llega Santo Claus, el venerable Santo Claus, que tiene tres mil años de edad y un corazón de paloma, y que ya a esa hora viene caminando por la nieve de la carretera, riéndose para sus adentros, apoyado en su cayado y con las alforjas llenas de muñecos. ¡Amable Santo Claus! ¡En una época tan fría, en aquella edad, dejar la cabaña de algodón que habita en el país de la Leyenda, y venir sobre las ondas del mar y los ramajes de las selvas a traer a estos bebés su aguinaldo!...

Pero también ¡cómo adoran al Santo Claus! Apenas llegue, ¡cómo correrán todos en triunfo a traerle al pie de la lumbre, a restregarle las decrepitas manos heladas, a ofrecerle una taza de plata llena de hidromiel caliente; que él bebe de un trago, el glotón!... Después se le abren las alforjas. ¡Cuántas maravillas!...

Pero de estos personajes que aparecen en estas fechas, mi predilecto es *Father Christmas*: "Papá Navidad"...

Ese, sin embargo, sólo puede ser admirado en toda su gloria cuando se abre el comedor; entonces allí está sobre su pedestal en medio de la mesa, que le pone en derredor, con los cristales y los platos, un amable brillo de aureola casera. ¡Bien ve-

nido, papá Navidad! ¡Buenas noches, papá Navidad!...

El venerable anciano, con su capucha hasta los ojos, toda salpicada de nieve, las manos escondidas en las anchas mangas de fraile, los ojos picarones y joviales, dilata la boca en una risa de felicidad sin fin, y sus enormes barbas de algodón cuélganle hasta los pies. Todos los niños le quieren abrazar, y él no se hace rogar, porque es indulgente.

Y cuanto más se anima la cena, más se dilata su risa patriarcal; las mejillas relúcenle de rojas que están; las barbas parecen crecerle, y allí está, bonachón y venerable, con la importancia de un Dios tutelar y amado, como la encarnación sacramental de la alegría doméstica.

Y entretanto, fuera, bajo la nieve, los niños pobres cantan los villancicos; ¡y con qué entusiasmo los cantan!... Y es porque ellos saben que no serán olvidados; y que de aquí a poco la verja se abrirá y vendrá un criado, inclinándose un poco al peso de toda suerte de cosas buenas: trozos de carne, empanadas, vino, quesos, y hasta muñecas para los pequeños, porque Santo Claus es un demócrata, y si llena sus alforjas para los ricos, gústale, sobre todo, verlas vaciadas en el regazo de los pobres.

Todo esto es encantador. Pero si se le quita la nieve, queda estropeado. La Navidad, con una luna color de manteca iluminando una tierra tibia de primavera, se convierte solamente en una fecha en el calendario. La lumbre no tiene poesía íntima; no hay villancicos; Santo Claus no viene; el Papá Navidad parece un muñeco insípido; no se coge el

mistletoe. No hay siquiera la alegría de abrir la ventana y de poner en el alféizar, dentro de una fuente, la cena de migajas de Navidad para los pardillos y para los otros pajaritos, que tanta hambre sufren durante las nieves. ¡En fin, no hay Navidad! Fué lo que sucedió este año... Nos queda el consuelo de que los pobres tuvieron menos frío. Y esto es lo esencial; pensando bien, si en las cañas hubo alguna mayor comodidad y si no se tiritó toda la noche entre cuatro harapos, es perfectamente indiferente que en los castillos las damas bostezasen...

Ni yo sé realmente cómo la cena fastuosa pueda saber bien, cómo la lumbre del salón llegue a calentar, cuando se considera que hay allá fuera quien se hiela y quien roe con los dientes en un rincón triste una corteza de dos días. Y precisamente en estas horas de fiesta íntima, cuando por un momento se detiene el furioso galope de nuestro egoísmo, es cuando el alma se abre a sentimientos mejores de fraternidad y de simpatía universal, y cuando la conciencia de la miseria en que se revuelven tantos millares de criaturas se nos ofrece con una amargura mayor. Basta entonces ver una pobre criatura, pasmada delante del escaparate de una tienda, y con los ojos derramando lágrimas en adoración ante una muñeca de dos perlas gordas (1), que nunca podrá oprimir en sus mi-

(1) Una boneca de pataco, dice Eça, empleando como término de comparación una moneda popularísima en Portugal. *Pataco* son dos *vintems*, cuarenta *reis*, cuatro centavos; moneda equivalente a nuestro real de vellón.—N. del T.

serables brazos, para que se llegue a la fácil conclusión de que éste es un mundo abominable. De este sentimiento nacen algunas caridades de Navidad; pero acabadas las fiestas, el egoísmo sale en desbandada y nadie vuelve a pensar más en los pobres, a no ser algunos revolucionarios encallecidos, dignos de la cárcel; ¡y la miseria continúa gimiendo en un rincón!...

Los filósofos afirman que esto ha de ser siempre así; el más noble de entre ellos, Jesús, cuyo nacimiento estamos precisamente celebrando, nos amenazó, en una frase inmortal, con que *tendríamos siempre pobres entre nosotros*. Se ha procurado con revoluciones sucesivas hacer fallar esta siniestra profecía; pero las revoluciones pasan y los pobres quedan...

En este momento, por ejemplo, en Irlanda, los trabajadores, o más bien los siervos del Ducado de Leicester, están muriéndose de hambre, y el Duque de Leicester está sacando anualmente del trabajo pesado que hacen, *cuatrocientos mil duros de renta* (1). Es verdad que Irlanda está en revolución; es verdad que si el Duque de Leicester se arriesgase a visitar su ducado de Irlanda, recibiría sin tardar cuatro lindas balas en el cráneo...

¿Y el resultado? De aquí a veinte años, los trabajadores de Leicester estarán de nuevo gimiendo y sufriendo de hambre y de frío; y el hijo del Duque de Leicester, Duque él mismo entonces, vol-

(1) *Quatrocentos contos de reis*; ya sabemos que el *conto* son mil escudos; a la par mil duros nuestros.—N. del T.

verá a recaudar sus cuatrocientos mil duros por año.

No es posible cambiar. El esfuerzo humano consigue, cuando mucho, convertir un proletariado hambriento en una burguesía harta; pero surge en seguida de las entrañas de la sociedad un proletariado peor. Jesús tenía razón: habrá siempre pobres entre nosotros. De donde resulta que esta Humanidad es el mayor error que jamás cometió Dios.

Aquí estamos sobre este globo hace doce mil años, girando fastidiosamente en torno del Sol y sin adelantar un metro en el famoso *camino del progreso y de la perfectibilidad*; porque sólo algún ingenuo de provincia considera aún *progreso* la invención ociosa de esos juguetes pueriles que se llaman máquinas, artefactos, locomotoras, etc., y esas prosas laboriosas y difusas que se denominan *sistemas sociales*. En los dos o tres primeros mil años de existencia se trepó a una cierta altura de civilización; pero después hemos venido rodando hacia abajo en un traspies secular...

El tipo secular doméstico de una aldea aria del Himalaya, tal como una vetusta tradición, lo ha traído hasta nosotros, es infinitamente más perfecto que nuestro organismo doméstico y social. Ya no hablo de griegos y romanos; nadie tiene hoy bastante genio para componer un coro de Esquilo o una página de Virgilio; en cuanto a arquitectura y escultura, somos grotescos; ningún millonario es capaz de comer como Lúculo; agitábanse en Atenas y en Roma más ideas superiores en un día de las que nosotros inventamos en un siglo; nuestros

ejércitos hacen reír comparados a las legiones de Germánico; no hay nada equiparable a la administración romana; el *boulevard* es una callejuela sucia al lado de la Vía Apia; ni una Aspasia tenemos; nunca volvió nadie a hablar como Demóstenes; y el siervo, el esclavo, esa miseria de la antigüedad, no era más desgraciado que el proletario moderno...

En realidad, puede decirse que el hombre ni siquiera es superior a su venerable padre—el mico—; excepto en dos cosas terribles: el sufrimiento moral y el sufrimiento social... Dios sólo tiene una medida que tamar con esta Humanidad inútil: ahogarla en un diluvio. Pero ahogarla toda, sin repetir la fatal indulgencia que le indujo a perdonar y salvar a Noé; porque si no fuese el egoísmo senil de ese patriarca borracho, que quería continuar viviendo para continuar bebiendo, nosotros gozaríamos hoy la felicidad inefable de *no ser*...

LITERATURA DE NAVIDAD

Una de las cosas encantadoras que nos trae la Navidad son esos lindos libros para niños que constituyen la *literatura de Navidad*.

No hablo de esos extraordinarios volúmenes dorados, publicados por los editores franceses, en encuadernaciones decorativas como fachadas de catedrales, que cuestan una fortuna, contienen un texto que nadie lee jamás y son ofrecidos a los niños, aunque realmente sirven para obsequiar a los papás. Los pobres pequeños no disfrutan con esos monumentos tipográficos; apenas se les permite ver de lejos los grabados en acero, bajo la fiscalización de la mamá, que tiene miedo de que se deteriore la encuadernación, y el resplandeciente volumen adorna de allí en adelante la *étagère* de la sala, al lado del candelabro vistoso.

En Inglaterra existe una verdadera literatura para niños, que tiene sus clásicos y sus innovadores, un movimiento y un mercado, editores y genios—en nada inferior a nuestra literatura de hombres sedudos. Aquí, en este país, apenas el bebé comienza a deletrear, posee en seguida sus libros especiales; son obras adorables; no contienen más de diez o doce páginas, intercaladas de estampas, impresas en

CARTAS DE INGLATERRA

tipo enorme y de un raro gusto editorial. Ordinariamente el asunto es una historia en seis o en siete frases, y ciertamente menos complicada y dramática que *El Conde de Montecristo* o *Naná*; pero, en fin, tiene sus personajes, su enredo, su moral y su catástrofe.

Tal es, para citar un ejemplo, la lamentable tragedia de *los viejos sabios de Chester*; eran muy viejos y muy sabios, y para discutir cosas de su sabiduría metieron dentro de una barrica; mas un pastor, que venía corriendo detrás de una oveja, da un encontronazo al tonel, y quedan con las piernas al aire los tres viejos sabios de Chester.

Como éstas hay millares; la *Cabalgata de Juan Gilpin* es una obra de genio.

Después, cuando el bebé llega a sus ocho o nueve años, proporcionasele otra literatura. Los sabios, la barrica, los empujones, ya no le interesarían; vienen entonces las historias de viajes, de cacerías, de naufragios, de destinos audaces; la saludable crónica del triunfo, del esfuerzo humano sobre la resistencia de la naturaleza.

Todo esto está contado en un lenguaje sencillo, puro, claro; y probando siempre que en la vida el éxito pertenece a aquellos que tienen energía, disciplina, sangre fría y bondad. Raras veces se conduce al espíritu del niño hacia el país de lo maravilloso; no hay en estas literaturas, ni fantasmas, ni milagros, ni cavernas con dragones de escamas de oro; eso se reserva para las personas mayores. Y cuando se habla de ángeles o de hadas, es de manera que la criatura llegue a reírse, naturalmente, de esa

cosa linda y sobrenatural, y a considerarlo del género *muñeco*, como sus propios carneritos de algodón.

Lo que se hace a veces es animar con una vida ficticia a los compañeros inanimados de la infancia; las muñecas, los polichinelas, los soldados de plomo. Cuéntaseles, por ejemplo, la tormentosa existencia de una muñeca honesta e infeliz, o los sufrimientos que pasó en campaña, en una sierra lejana, una caja de soldados de plomo. Esta literatura es profunda. Las privaciones de los soldados vivos no impresionarían tal vez a la criatura; mas todo su corazoncito se oprime cuando lee los padecimientos y miserias que sufrieron aquellos sus amigos los guerreros de plomo, cuyas bayonetas, torcidas todos los días, endereza con los dedos; y así puede quedar depositado en un espíritu de niño un justo horror a la guerra.

Las lecciones morales que se dan de este modo son innumerables, y tanto más fecundas cuanto que surgen de la acción y de la existencia de los seres que la criatura mejor conoce: sus muñecos.

Después vienen aún otros libros para los lectores de doce o quince años: divulgaciones científicas; descripciones dramáticas del universo; estudios cautivantes del mundo de las plantas, del mar, de las aves; viajes y descubrimientos; la historia, y, por fin, en libros de imaginación, la vida presentada de modo que ni una realidad muy cruda ponga en el espíritu tierno sequedades de misantropía, ni una falsa idealización produzca una sentimentalidad mórbida.

En Navidad es cuando esta literatura florece principalmente. Las tiendas de los libreros son entonces un paraíso. No hay nada más pintoresco, más original, más decorativo que las encuadernaciones inglesas; y las estampas, los colores tenues y aguados, ofrecen casi siempre verdaderas obras de arte, de gracia y de *humour*.

No sé si en el Brasil existe esto. En Portugal, ni de tal cosa se oyó hablar jamás. Aparece una u otra de esas ediciones de lujo, de París, de que hablo, y que constituyen ornatos de sala. Francia posee también una literatura infantil tan rica y útil como la de Inglaterra; pero esa no la importa Portugal; libros para completar el mueblaje, sí; para educar el espíritu, no.

Bélgica, Holanda y Alemania prodigan estos libros para niños; en Dinamarca, en Suecia, son una gloria de la literatura y una de las riquezas del mercado.

En Portugal, nada.

Yo a veces preguntome a mí mismo qué es lo que leen en Portugal las pobres criaturas... Creo que se les da Filinto Elysio, Garção (1), u otro cualquiera de esos sosos (2) y mazorrales poetas, cuando los infelices muestran inclinación a la lectura.

Y ello es tanto más atroz cuanto que el niño por-

(1) Poetas académicos y relamidos, miembros de la Arcadia portuguesa y representantes del mal gusto y de la decadencia literaria de finales del siglo XVIII.—N. del T.

(2) Para traducir con expresividad el adjetivo portugués *sensaborões* habría que emplear el modismo andaluz *desaboríos*.—N. del T.

tugués es excesivamente vivo, inteligente e imaginativo. En general, nosotros los portugueses sólo comenzamos a ser idiotas cuando llegamos a la edad de la razón. De niños, todos tenemos una puntita de genio; y estoy cierto que, si existiera una literatura infantil como la de Suecia u Holanda, para citar sólo países tan pequeños como el nuestro, se levantaría considerablemente entre nosotros el nivel intelectual.

En lugar de eso, apenas la luz del entendimiento se abre a nuestros hijos, ¡sepultámoslo bajo densas capas de latín!... Después del latín, ¡acumulamos la retórica! Después de la retórica, abrumámosle de lógica (¡de lógica, Dios piadoso!...) Y así vamos levantando hasta los cielos el monumento de la camellez (1).

Pues bien; yo tengo la certeza de que una tal literatura infantil penetraría fácilmente en nuestras costumbres domésticas y tendría una venta provechosa. Muchas señoras inteligentes y pobres podrían emplearse en escribir esas fáciles historias; no es necesario el genio de un Thackeray o de un Zola para inventar el caso de *los tres viejos sabios de Chester*. Hay entre nosotros artistas de lápiz fácil y gracioso que comentarían bien esas aventuras en un dibujo de simple contorno, sin sombras y sin relieve, lavado con colores transparentes... ¡Y a cuántos millares de criaturas se haría felices con

(1) Me he permitido emplear este neologismo español muy expresivo y adecuado al caso y similar a la *camelice* portuguesa, derivada del substantivo *camello*.—N. del T.

esos bonitos libros, que para ser populares y poderse despedazar sin miedo deben costar menos de un tostón! (1).

Yo bien sé que esta idea de componer libros para criaturas haría reír a Lisboa entera. Tampoco es a Lisboa a quien yo la ofrezco. Lisboa no se ocupa de estos detalles.

Lisboa quiere cosa superior: quiere la bella estrofa lírica, el rico drama en que se muere de pasión al claro de luna, el *fadinho* (2) al piano, el sabroso enamoramiento en la escalera, la endecha plañente, la buena puñaladita (3) a media noche; el discurso en que se cita el Gólgota, la andaluza de tufos (4); en fin, todo lo que el romanticismo portugués inventó de más noble. Educar a sus hijos inteligentemente está, sin duda, por debajo de su dignidad.

Mas, en fin, si estas líneas animasen ahí en el Brasil o entre la colonia portuguesa, a un escritor, a un dibujante o a un editor a preparar algunos buenos libros, bien graciosos, bien alegres, para los bebés, yo habría hecho al Imperio un ser-

(1) Conservo el nombre aportuguesado de esa moneda —*tostão*— que equivale a nuestra moneda de dos reales. El *tostão* es una moneda de plata que vale cien *reis* (50 céntimos). Hoy, como no circula la plata, el *tostão* corre en papel moneda de cien *reis* o, mejor dicho, de diez centavos.—

(2) Dicho se está que esta palabra es el diminutivo de *fado* y que por ello lo dejo en portugués.—N. del T.

(3) *A bôa facadinha*, dice Queiroz.—N. del T.

(4) *A andaluza de cuia*; *cuia* es propiamente una trenza o añadido postizo que se ponen las mujeres al pelo y al cual son tan aficionadas nuestras compatriotas.—N. del T.

vicio colosal, que no sé cómo podría serme recompensado.

Una buena hacienda, de rendimiento seguro, en una provincia rica, con casa ya amueblada y algunos caballos en la caballeriza, no estaría tal vez de más. Si la gratitud del gobierno imperial quisiese juntar a esto, para alfileres, uno o dos millones en oro, yo no los rechazaría. Y si no me quisiesen dar nada, bastaríame entonces que un solo bebé se riese y fuese feliz algunos minutos. Pensándolo bien: esta es la recompensa que prefiero.

VI

ISRAELISMO

Las dos grandes sensaciones del mes son, indiscutiblemente, la publicación de la nueva novela de Lord Beaconsfield, *Endymion*, y la agitación en Alemania contra los judíos. Literariamente, pues, y socialmente, el mes pertenece a los israelitas. Este extraordinario movimiento antijudaico, esta increíble resurrección de las cóleras piadosas del siglo XVI es vigilada con tanto más interés en Inglaterra cuanto que aquí, como en Alemania, los judíos abundan, influyendo en la opinión por los periódicos que poseen, entre otros el *Daily Telegraph*, uno de los más importantes del reino, dominando el comercio, por sus casas bancarias, y en ciertos momentos, hasta gobernando el Estado por el gran hombre de su raza, su profeta mayor, el propio Lord Beaconsfield. Aquí ciertamente estamos lejos de ver desencadenarse un odio nacional, una persecución social contra los judíos; pero hay suficientes síntomas de que el desenvolvimiento firme de este Estado israelita dentro del Estado cristiano comienza a impacientar al inglés. No veo, por ejemplo, que lo que está pasando en Alemania, a pesar de exhalar un odioso olor de auto de fe, provoque una gran indignación

de la Prensa liberal de Londres; y ya hasta un periódico de la autoridad del *Spectator*, se ve forzado a atenuar, ante las grandes protestas de la colonia israelita, artículos en que había descrito a los judíos como una corporación aislada y egoísta, a semejanza de las comunidades católicas, trabajando sólo por el propio interés, encerrándose en la fuerza de su tradición, y conservando simpatías y tendencias manifiestamente hostiles a las del Estado que los tolera. Todo esto ya es desagradable.

Pero ¿qué diremos del movimiento en Alemania?... Que en 1880, en la sabia y tolerante Alemania, después de Hegel, de Kant y de Schopenhauer, con los profesores Strauss y Hartmann, vivos y trabajando, se remueve una campaña contra el judío, el matador de Jesús, como si el emperador Maximiliano estuviese aún, desde su campamento de Padua, decretando la destrucción de la ley rabínica y aun predicase en Colonia el furioso *Grano de Pimienta*, general de los dominicos:—es un hecho para quedarse con la boca abierta todo un largo día de verano. Porque al fin, bajo formas civilizadas y constitucionales (peticiones, *meetings*, artículos de revista, folletos, interpelaciones) es realmente una persecución de los judíos la que vamos a presenciar, de las buenas, de las antiguas, de las *manuelinas* (1),

(1) Este adjetivo patronímico hace alusión al glorioso Rey de Portugal D. Manuel I, el que rigió el período áureo de los descubrimientos de las Indias, período *das descobertas*, de los navegantes, de los cosmógrafos como Vasco de Gama, Alvares Cabral, etc. El dió nombre también a la arquitectura llamada manuelina.—N. del T.

cuando se echaban a la misma hoguera los libros del Rabino y el propio Rabino, exterminando así, económicamente, con el mismo haz de leña la doctrina y el doctor...

Y es curioso y edificante espectáculo ver al venerable profesor Virchow, levantándose en el Parlamento alemán a defender a los judíos, la sabiduría de los libros hebraicos, las sinagogas, asilo del pensamiento durante los tiempos bárbaros—exactamente como el ilustre legista Roenchlin los defendía en las persecuciones que cerraron el siglo XV.

Pero lo más extraordinario aun es la actitud del Gobierno alemán; interpelado, forzado a dar la opinión oficial, la opinión de Estado, sobre este rencor absoluto y repentino de Alemania contra el judío, el Gobierno declara solamente con labio escaso y seco, “*que no piensa por ahora alterar la legislación referente a los israelitas...*” No faltaría, en efecto, más que ver a los ministros del Imperio, filósofos y profesores, decretando, a lo Don Manuel, la expulsión de los judíos o restringiéndoles la libertad civil hasta aislarlos en callejones excusados, cerrados por cadenas de hierro como en las juderías del *Ghetto*. Pero tal declaración no es menos amenazadora. El Estado da a entender que la persecución no ha de partir de sus ministros; no tiene, sin embargo, una palabra para condenar este extraño movimiento antisemítico, que en muchos puntos es, en la actualidad, organizado por sus propias autoridades.

Deja a la colonia judaica en presencia de la irritación de la enorme población germánica; y se lava

sencillamente sus manos ministeriales en la bacía de Poncio Pilatos. No afirma siquiera que ha de hacer respetar las leyes que protegen al judío, ciudadano del Imperio; tiene sólo la vaga intención; vaga como la nube de la mañana, de no alterarlas *por ahora*.

El resultado de esto es que en una nación en que la sociedad conservadora forma como un enorme batallón, pensando lo que le manda "la orden del día", y marchando con disciplina a la voz del coronel; cada buen alemán, cada patriota va inmediatamente a deducir de este ambiguo lenguaje del Gobierno que si la corte, el Estado Mayor, los *feld-mariscales* (1) y el Sr. De Bismarck, todo ese mundo venerado y obedecido, no ven el odio al judío con entusiasmo, no dejan, sin embargo, de aprobarlo en sus corazones cristianos... Y el nuevo movimiento va a recibir ciertamente de aquí un impulso inesperado.

¿Qué digo? Ya lo recibió. Apenas se supo la respuesta del Ministerio, un grupo de mancebos en Leipzig, que se podrían tomar por frailes dominicos, pero que eran sólo estudiantes de Filosofía, anduvieron expulsando a los judíos de las cervecerías, arrancándoles así el derecho individual más sagrado para el alemán: ¡el derecho a la cerveza!...

(1) Es una palabra híbrida, muy empleada en estos años con motivo de la guerra; es *feld-mariscal* un compuesto de la palabra alemana *feld* (campo); yo no gusto de trasladar al castellano estas palabras híbridas, que, o se deben traducir íntegras o conservar íntegras en su idioma.—*Nota del traductor.*

Pero ¿de dónde procede este odio al judío? El alemán no quiere, ciertamente, comenzar de nuevo a vengar la sangre preciosa de Jesús. ¡Hace ya tanto tiempo que esas cosas dolorosas ocurrieron!... La humanidad cristiana está vieja, y por lo tanto, indulgente; en diez y ocho siglos olvida la afrenta más profunda. Y desgraciadamente, ya nadie, hoy, al leer los episodios de la Pasión, arranca furiosamente la espada, gritando, con la faz bañada en llanto:

—¡Ah, infames! ¡No estar yo allí con mis francos!...

A más de eso, este movimiento está organizado por la burguesía, y las clases conservadoras de Alemania son demasiado jurídicas para no aprobar, en el secreto de su pensamiento, el suplicio de Jesús. Dada una sociedad antigua y próspera, con su religión oficial, su morada oficial, su literatura oficial, su sacerdocio, su régimen de propiedad, su aristocracia y su comercio, ¿qué se ha de hacer con un inspirado, con un revolucionario, que aparece seguido de una plebe tumultuosa, predicando la destrucción de esas instituciones consagradas, la fundación de un nuevo orden social sobre la ruina de ellas, y según la expresión legal, *excitando el odio de los ciudadanos contra el Gobierno?*... Evidentemente, castigarlo...

Lo pide la ley, el orden, la razón de Estado, la salvación pública y los intereses conservadores. Es precisamente lo que Alemania hace con mucha razón a sus socialistas, a Karl Marx y a Bebel. Ahora bien; estos malos hombres no quieren hacer en la Alemania contemporánea una revolución, cierta-

mente más radical que la que Jesús acometió en el mundo semítico. Es verdad que el Nazareno era un Dios para nosotros, humanidad privilegiada, que lo supimos amar y comprender; pero en Jerusalén, para el doctor del templo, para el escriba de la ley, para el mercader del barrio de David, para el propietario de las mieses que ondulaban hasta Betlhem, para el centurión severo encargado del orden, Jesús era sólo un insurrecto.

Y si Bismarck estuviese de toga, en el Pretorio sobre la alta curul de Caifás habría firmado la sentencia fatal tan serenamente como el dicho Caifás, seguro de que en ese momento había salvado a su patria de la anarquía. Los conservadores de Jerusalén fueron lógicos y legales, como lo son hoy los de Berlín, de San Petersburgo o de Viena; en el mundo antiguo, como ahora, había los mismos intereses sagrados que guardar. ¡Qué diablo! Es indispensable que la sociedad se sustente sobre sus amplias bases tradicionales; y antaño, como hoy, la salvación del orden es la justificación de los suplicios...

Es posible que este gozo, que nosotros, conservadores de hoy, tenemos en triturar a los Mesías socialistas, encarcelar los Proudhon, mandar a Sibéria a los Bakounine, acribillar de multas a los Félix Pyat, venga a costar caro a nuestros nietos. Con el andar de los tiempos, todo gran reformador social se transforma poco a poco en Dios: ¡Zoroastro, Confucio, Mahoma, Jesús, son ejemplos recientes!... Las formas superiores del pensamiento tienen una tendencia fatal a convertirse en futura ley

revelada; y toda filosofía termina, en sus días posteriores, por ser religión. Augusto Comte ya tiene altares en Londres; ya se le reza. Y así como hoy erigimos capillas a los Santos Padres, a los que fueron los autores divinos, los nobles creadores del catolicismo, tal vez un día, cuando el socialismo sea religión del Estado, se vean en nichos de templo, con una lámpara enfrente, las imágenes de los Santos Padres de la Revolución: Proudhon, de lentes; Bakounine, semejante a un oso, bajo sus pieles rusas; Karl Marx, apoyado en el simbólico cayado del pastor de almas...

Como la civilización camina hacia el Este, esto ocurrirá allá hacia el siglo XVIII, en Nueva Zelanda o en Australia, cuando nosotros, a nuestra vez, seamos las viejas razas del Oriente, nuestras lenguas idiomas muertos, y París y Londres montones de columnas truncadas, como hoy Palmira y Babilonia, que el zelandés y el australiano vendrán a visitar en globo, con billete de ida y vuelta... Lógicamente entonces, como son hoy detestados en Alemania los herederos de los que mataron a Jesús, sólo habrá repulsión y odio hacia los descendientes de nosotros, que estamos encarcelando a Bakounine o multando a Pyat. Y como toda religión tiene un período de furor y exterminio, esos nuestros pobres nietos serán perseguidos, pasarán al estado de raza maldita, y morirán en los suplicios... *C'est raide!*...

Pero volvamos a Alemania.

Aunque el Pedro Ermitaño de esta nueva cruzada constitucional sea un sacerdote, el Reverendo Stre-

ker, capellán y predicador de la corte, es evidente que no trae su fuerza de la pasión religiosa. Las cinco llagas de Jesús no tienen nada que ver con estas peticiones que por todas partes se firman, pidiendo al Gobierno que no permita a los judíos adquirir propiedades, que no sean admitidos a los cargos públicos, ¡y otras extravagancias exóticas!... El motivo del furor antisemítico es simplemente la creciente popularidad de la colonia judaica, colonia relativamente pequeña, sólo compuesta de 400.000 judíos; pero que por su actividad, su pertinacia, su disciplina, está haciendo una competencia triunfante a la burguesía alemana.

La alta finanza y el pequeño comercio están igualmente en sus manos; el judío es quien presta a los Estados y a los príncipes, y a él es a quien el pequeño propietario hipoteca las tierras. En las profesiones liberales lo absorbe todo; es él el abogado con más causas y el médico con más clientela; si en la misma calle hay dos tenderos—uno alemán y otro judío—, el hijo de Germania al fin del año ha quebrado, y el hijo de Israel tiene coche. Esto se tornó más chocante después de la guerra; el buen alemán no puede tolerar este espectáculo del judío engordando, enriqueciéndose, reluciente, mientras él, cargado de laureles, ha de emigrar para América en busca del pan.

Pero si la riqueza del judío le irrita, la ostentación que el judío hace de su riqueza le enloquece de furor. Y en este punto debo decir que el alemán tiene razón. La antigua leyenda del israelita flaco, largo, adusto, caminando cosido a la pared y desli-

zando entre los párpados una mirada torva y desconfiada, pertenece al pasado. El judío hoy es un hombre gordo. Lleva la cabeza alta, tiene la panza ostentosa y llena la calle. Es necesario verlos en Londres, en Berlín o en Viena; en las menores cosas, entrando en un café u ocupando una butaca en el teatro, tienen un aire arrogante y ricachón que escandaliza. Su pompa espectacular de Salomones *parvenus* ofende nuestro gusto contemporáneo, que es sobrio. Hablan siempre alto, como en país conquistado; y en un *restaurant* de Londres o de Berlín nada hay más intolerable que el charloteo semítico. Cúbrense de joyas; todos los arreos de los carruajes son de oro; y aman el lujo grosero y vistoso. Todo esto irrita...

Pero lo peor aún en Alemania es el hábil plan con que fortifican su prosperidad y garantizan su influencia—plan tan hábil que tiene un sabor de conspiración; en Alemania, el judío, lentamente, sorcadamente, se ha apoderado de las dos grandes fuerzas sociales: la Bolsa y la Prensa... Casi todas las grandes casas bancarias de Alemania, casi todos los grandes periódicos están en poder del semita. Así se torna inatacable. De modo que no solo expulsa al alemán de las profesiones liberales, no sólo le humilla con su opulencia rutilante y lo trae dependiendo de él por el capital, sino que—; injuria suprema!— por la voz de sus periódicos, le ordena lo que ha de hacer, lo que ha de pensar, cómo se ha de gobernar y con quién se ha de batir!...

Todo esto aun sería soportable si el judío se fundiese con la raza indígena. Pero no; el mundo judío

se conserva aislado, compacto, inaccesible e impenetrable. Las murallas formidables del templo de Salomón, que fueron arrasadas, continúan poniendo en torno de él un obstáculo de ciudadelas. Dentro de Berlín hay una verdadera Jerusalén inexpugnable; allí se refugian con su Dios, con su libro, con sus costumbres, con su Sabbath, con su lengua, con su orgullo, con su sequedad, disfrutando del oro y despreciando al cristiano. Invaden la sociedad alemana, quieren brillar y dominar en ella; pero no permiten que el alemán ponga siquiera la punta del zapato dentro de la sociedad judaica. Sólo se casan entre sí; entre sí se ayudan regiamente, dándose unos a otros millones; pero no favorecerían con una perra gorda a un alemán hambriento; y ponen un orgullo, una coquetería insolente, en diferenciarse del resto de la nación en todo; desde la manera de pensar hasta la manera de vestir... Naturalmente, ese exclusivismo tan acentuado, e interpretado como hostilidad, es pagado con odio...

Todo esto, entretanto, es la lucha por *la existencia*. El judío es el más fuerte, y el judío triunfa. El deber del alemán sería ejercitar el músculo, aguzar la inteligencia, esforzarse, empujar hacia adelante para ser a su vez el más fuerte. No lo hace; en vez de eso, se vuelve miserablemente, cobardemente, para el Gobierno, y solicita, en grandes resmas de papel, que sea expulsado el judío de los derechos civiles, porque el judío es rico, porque el judío es fuerte...

El Gobierno se frota las manos de gusto. Los periódicos ingleses no comprenden la actitud del se-

ñor de Bismarck, aprobando tácitamente el movimiento antijudaico. Es fácil de ver; es un rasgo de genio del Canciller, o por lo menos, una prueba de que lee con provecho la Historia de Alemania.

En la Edad Media, todas las veces que el exceso de los males públicos, la peste o el hambre, desesperaba a las poblaciones; todas las veces que el hombre esclavizado, aplastado y explotado, mostraba señales de rebelión, la Iglesia y el príncipe se apresuraban a decirle: "¡Bien, lo vemos que sufres!... Pero la culpa es tuya. Es que el judío mató a Nuestro Señor, y tú aun no castigaste suficientemente al judío..." El populacho entonces se echaba sobre los judíos; degollaba, asaba, descuartizaba, hacíase una gran orgía de suplicios; después, saciada la turba, volvía a sumirse en la penumbra de su miseria, a esperar la recompensa del Señor.

Esto nunca fallaba. Siempre que la Iglesia o la feudalidad se sentía amenazada por una plebe desesperada de penuria dolorosa, desviaba el golpe de sí y lo dirigía contra el judío... Cuando la bestia popular mostraba sed de sangre, servíase a la canalla sangre israelita.

Es precisamente lo que hace, en proporciones civilizadas, el Sr. De Bismarck. Alemania sufre y murmura; la prolongada crisis comercial, las malas cosechas, el exceso de impuestos, el pesado servicio militar, la decadencia industrial; todo trae irritada a la clase media... El pueblo, que sufre más, tiene al menos la esperanza socialista; pero los conservadores comienzan a advertir que sus males provienen de los judíos.

Para calmarle y ocuparle, lo que más serviría al Canciller sería una guerra; pero no siempre se puede inventar una guerra, y comienza a ser grave encontrarse en el campo con Francia preparada, más fuerte que nunca, con sus dos millones de buenos soldados, su fabulosa riqueza, riqueza inconcebible que, como decía hace días la *Saturday Review*, es un fenómeno inquietante y difícil de explicar... (1).

Por lo tanto, a falta de una guerra, el Príncipe de Bismarck distrae la atención del alemán hambriento señalándole al judío enriquecido. No alude, naturalmente, a la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Pero habla de los millones y del poder de la Sinagoga. Y así se explica la extraña y desastrosa declaración del Gobierno...

De la otra "sensación", la novela de Lord Beaconsfield, *Endymion*, no me queda en esta carta espacio para reírme. Figuran en ella, bajo nombres transparentes, Beaconsfield mismo (2), Napo-

(1) Nótese que escribía esto Eça de Queiroz en 1880, y ya presagiaba los deseos de Alemania de volver a emprender una guerra con Francia. La profecía había de tardar en cumplirse treinta y cuatro años, y Francia había de enriquecerse aún más; pero la guerra de 1914 no había de cogerle tan preparada como Eça suponía que entonces lo estaba.—N. del T.

(2) Lord Beaconsfield, nacido en Benjamín Disraeli y de María Roversi, en 1804, murió en 1881 y ocupó los más altos puestos políticos de Inglaterra. Escribió novelas y libros de viajes y de ensayos; entre aquéllas destacan *Vivian Grey*, escrito a los veintiún años y publicado en 1826; *The Wondrous Tale of Alroy ar Tncred*, *Contarini Fleming* (1832), *Henrietta Temple*, *Coningsby* (1844), *Sybil* (1845),

león III, el Príncipe de Bismarck, el Cardenal Manning, los Rotschields, la Emperatriz Eugenia, duquesas, lords, mariscales... En fin, un ramillete de flores, por el cual el editor Longman pagó cincuenta y cuatro contos de reis fuertes (cincuenta y cuatro mil duros).

¡Jóvenes de letras, mis amigos, poned vuestros ojos en ese ejemplo de oro!... ¡Sé prudente, mancebo; nunca al entrar en la carrera literaria publiques poema o novela sin la anticipada precaución de haber sido durante algunos años... primer ministro de Inglaterra!...

Lothaer, escrito en años de apartamiento pasajero de la vida política, y este famoso *Endymion*, escrito casi en vísperas de su muerte, publicado en 1880 (en 1881 murió), *which to leis great surprise and equal pleasure, was replaced on liis table for a cheque for ten thonsand sounds* (un cheque de diez mil libras dice la *Enciclopedia Británica*.—N. del T.

IRLANDA Y LA LIGA AGRARIA

Es necesario hablar de Irlanda, hablar de la *Liga Agraria*, hablar de Parnell...

Hace seis meses que este hombre, esta Asociación y esta isla inquieta son el cuidado supremo, la preocupación punzante de Inglaterra y de todo lo que en Inglaterra piensa, desde los hombres de Estado hasta los caricaturistas... Y en breve tiempo, el sentimiento europeo, el sentimiento universal se va a exaltar por la cuestión de Irlanda, como antaño por *la cuestión de Polonia*.

¡La cuestión de Polonia!... ¡Los nostálgicos días pasados!... ¡Fué ese uno de mis primeros entusiasmos!... En ese tiempo, ser polaco era sinónimo de ser héroe; y la forma más usual de la pasión, en un alma de veinte años, no consistía en el deseo de trepar al balcón de Julieta, sino en el de partir e ir a tomar las armas por Polonia. En Coimbra, siempre que nos reuníamos más de cuatro amigos, hacíamos al punto ese proyecto, gritando: "¡Viva Polonia!..." Los periódicos desbordaban de poemas a Polonia y de injurias al Oso del Norte... Se empeñaban manteos y compendios para socorrer a Polonia en suscripciones entusiastas. En beneficio de

Polonia yo representé muchos melodramas en que, ora virgen traicionada y vestida de blanco, sollozaba con mis trenzas sueltas, ora traidor, soltando carcajadas cínicas, clavaba un hierro en el pecho de Condé...

Al fin no éramos más insensatos que el pueblo de París en 1848, caminando en procesión a reclamar del Gobierno provisional la liberación de Polonia... "Pero ¡es una guerra con Rusia, es un conflicto europeo!", decían los prudentes. Y los entusiastas respondían: "No hay duda; Francia es el Mesías; es la salvadora de los oprimidos; Francia es el Cristo de las naciones; en caso de necesidad, debe morir por ellas..."

Pero desde 1848 ha pasado mucha agua bajo los puentes, como dicen en París; y hasta mucha sangre... En estos tiempos de *sportmismo* y de *naturalismo*, no inspirará jamás la pobre Irlanda el culto piadoso que antaño consagramos a Polonia.

Por lo demás, Polonia e Irlanda constituyen dos casos diferentes. Es cierto, sin embargo, que, vistos de lejos, a través de la niebla lacrimosa de sentimentalidad, ofrecen similitudes. Irlanda puede tal vez considerarse como una Polonia constitucional; hay aquí, como en Polonia, una raza oprimida, cuyo suelo fué dividido entre los grandes vasallos, las familias históricas de la nación conquistadora, y que desde entonces ha permanecido en servidumbre agraria. Solamente que en Irlanda lo arbitrario y los abusos que esta situación origina, están cubiertos por el régimen parlamentario, con un bello barniz de legalidad; e Irlanda sufre las miserias de un país

vencido y explotado, pero dentro de las formas constitucionales...

El irlandés se asemeja al polaco en ciertos aspectos; ambos son arrebatados, imprudentes, ingeniosos, generosos y poetas... Como el polaco, el irlandés católico odia al conquistador; sobre todo, por ser él heroico de nacionalidad, mezclando con el odio político el conflicto de religión. Como en Polonia, hay en Irlanda la leyenda patriótica de la independencia, de las insurrecciones sofocadas, de los agitadores heroicos, leyenda que habla a la imaginación popular tanto como la misma religión, inspirando iguales fanatismos, de tal suerte, que el irlandés es tan devoto de sus santos como de sus patriotas; como el polaco desprecia al ruso, así el irlandés mira al anglo-sajón como un bárbaro y un estúpido, y tiene por él toda la desdeñosa antipatía que una raza de improvisadores puede tener por una raza de críticos y de analíticos... En el orden social, como en el orden doméstico, hay entre Polonia e Irlanda otras curiosas afinidades. La última táctica de Irlanda es imitada de Polonia; Irlanda va a apelar a Europa, y es Víctor Hugo quien hablará en nombre de ella, en un manifiesto que llevará el título de *Opresor oprimido*.

Pero Inglaterra no se asemeja en nada a Rusia; ni siquiera al través de la niebla de sensibilidad, al través de la pasión por la causa de Irlanda, el más ilustrado de los liberalismos puede ser confundido con el más bozal de los despotismos... Y, sin embargo, Inglaterra, para no perturbar los intereses tiránicos de un millar de ricos propietarios, deja en

la miseria a cuatro millones de hombres. Tiene todo el territorio irlandés ocupado militarmente. Apenas un patriota comienza a tener influencia en Irlanda, prende al patriota. Cuando la elocuencia de los diputados irlandeses se hace inquietadora, la ahoga, quebrantando sin escrúpulos una tradición parlamentaria de varios siglos. Va a gobernar a Irlanda por la *Ley marcial*, como cualquier czar. Y para suspender los planes de la *Liga Agraria*, viola el secreto de la correspondencia...

Esta cuestión de Irlanda preséntase tan compleja, tan confusa como el propio caos antes de la gran hazaña de Jehováh. En Irlanda comienza por haber tres naciones distintas con intereses contradictorios: los irlandeses católicos, los irlandeses protestantes u *orangistas*, los ingleses y los propietarios escoceses. La cuestión de la propiedad es, sin duda, esencial; pero existen otras: la cuestión religiosa, la cuestión policiaca, la cuestión judicial, la cuestión municipal, etcétera. Y sobre cada una de estas cuestiones es difícil hallar dos irlandeses de acuerdo. Cada aldea se convierte así en un campo de batalla; y como son elocuentes y sarcásticos, el gran flujo labial, la pasión del epigrama amplifican y amargan las disensiones.

Aun dentro de la Iglesia católica, que debería conservar la tradición de la unidad, hierve la discordia; el clero parroquial está en lucha con los dignatarios episcopales, y es raro que el clero de un Condado no discrepe, en sentimientos y en predicación, del clero del Condado vecino. En el mundo de los patriotas revolucionarios no existe mayor

armonía: la *Liga Agraria* no acepta a los *Fenianos*, y los *Fenianos* abominan de las tendencias parlamentarias de los *Home-rulers*; y dentro del mismo partido de los *Home-rulers* hay demócratas y conservadores... Es un numeroso conflicto por toda la pobre Irlanda.

Los irlandeses dicen, sin embargo, que si les fuese dada la autonomía, horas después de declarada la República irlandesa, todas estas cuestiones se resolverían de por sí y el país sería como un mar que se amansa y queda en equilibrio. Hasta ahora, sin embargo, esa falta de unidad es aducida precisamente como evidencia de los peligros que traería esa autonomía.

Los ingleses piensan sinceramente, que en el momento en que Irlanda saliese de la tutela del buen sentido y del saber inglés, en el instante en que esa raza impresionable, excitada, fanática y poco culta, fuese abandonada a sí misma, comenzaría una guerra civil, una guerra religiosa, diferentes guerras agrarias que bien de prisa harían de la Verde Erin un montón de ruinas en un pozo de sangre.

Si los irlandeses no se entienden bien sobre los males de Irlanda, los ingleses compréndense menos aun acerca de los remedios para Irlanda. Y la confusión en que están procede principalmente de la abundancia de la discusión... No hay villorrio ni siquiera aldea de Inglaterra, que no tenga un periódico del tamaño de la *Gaceta de Noticias* (1),

(1) Era el *Diario de Rio de Janeiro* para donde Eça escribía estas crónicas.—N. del T.

con ocho páginas y tipo apretado. Y de arriba abajo esta amplitud de papel, desde que comenzó la agitación de la *Liga Agraria*, está ocupada por artículos y estudios sobre Irlanda. Multiplíquese esto por las tres o cuatro mil *Gacetas* que la pobre Inglaterra nutre sobre su epidermis; júntense a ellos los artículos de los semanarios, de los quincenarios, de las revistas y de los *magazines*, los folletos, los opúsculos, los ensayos innumerables como las estrellas del cielo, los libros y tratados de toda suerte, los discursos del Parlamento, las arengas de los *meetings*, las conferencias, los sermones, las controversias públicas, las lecciones; en fin, toda esa colosal literatura que en estos últimos meses ha tomado por asunto Irlanda.

Y díganme si con todo este mundo de información, de discusión, de teorías, de proyectos, de sistemas, de opiniones, de elucubraciones, no es natural que el cerebro de Inglaterra esté perfectamente desorganizado en esta cuestión de Irlanda. El mío lo está. Pero en este caos tengo ilustres compañeros: el gran Carlyle acostumbraba a decir que la sinceridad y la elevación de algunos patriotas irlandeses era la *única cosa nítida y clara* que él conseguía distinguir en el obscuro tumulto de la confusión irlandesa...

Hay también otra cosa que se percibe perfectamente: es que la población trabajadora de Irlanda muere de hambre, y la clase propietaria, los *landlords* se indignan y reclaman el auxilio de la Policía inglesa cuando los trabajadores manifiestan esta pretensión absurda y revolucionaria: ¡comer!...

Aquí está, por ejemplo, Su Gracia el Duque de Leicester, para no citar otros de nombres menos sonoros; sus rentas en Irlanda suben a *cuatrocientos mil duros*, y el infeliz aun tiene doscientos mil más de sus propiedades en Inglaterra... Este hidalgo (tal vez excuso de decirlo) no sufre frío y no pasa hambre; por otro lado, la población de renteros que trabajan sus tierras, y que con su esfuerzo y su sudor le arrancan del suelo este rendimiento, la única cosa que realmente tiene es hambre y frío... Pero este año tuvieron más hambre y más frío que de costumbre, y allá fueron en harapos y con los pies desnudos sobre la nieve a suplicar a Su Gracia el Duque de Leicester que les hiciese una disminución de un 10 por 100 en las rentas, exageradas, absurdas y devoradoras... Su Gracia respondió (por boca de sus administradores, naturalmente; por su propia boca un Duque inglés nunca habla sino con otro Duque), respondió que las circunstancias no le permiten esa liberalidad, y que la repetición de tal súplica no podía ser tolerada.

Y los renteros de Su Gracia volvieron con la cabeza baja hacia el frío y hacia el hambre... Diré de paso, que si la petición, en lugar de ser hecha por sus renteros de Irlanda partiese de sus renteros de Inglaterra, Su Gracia se habría apresurado a satisfacerla resueltamente. Es porque Irlanda es un país conquistado, y cuando el proletario se queja la policía lo agarra por el pescuezo; pero en Inglaterra, cuando el obrero inglés levanta su voz de león, la policía queda inmóvil y los Duques palidecen, y

el edificio monárquico y feudal tiembla en sus cimientos.

Pero a propósito de Su Gracia, el Duque de Leicester (gocemos el mayor tiempo posible de esta ilustre compañía: *quand on prend du Duc on n'en saurait trop prendre*) (1), déjenme decirles, en resumen, cuáles son las relaciones agrarias entre un propietario, un *land-lord* y sus renteros...

El suelo, es claro, pertenece al lord. Por qué título, no lo sé; tal vez una de sus abuelas, en una noche en que estaba más escotada, atrajese la inconstante mirada del amable Carlos II, en los saraos galantes de la Restauración; de esa mirada proviene acaso esa hermosa propiedad. ¡El alegre Estuardo era tan generoso!... ¡Se había vivido tan pobremente, tan tristemente bajo la dictadura puritana de Cronwell!... Después, si Carlos II tenía poco dinero (¡el desgraciado recibía una mesada del Rey de Francia!), no le faltaban tierras en Irlanda... Tres leguas de pastos o de terreno laborable por un beso y sus accesorios, no es caro para un Estuardo. Y para una débil dama o para un marido es un bonito negocio. Nótese, por Dios, que estoy haciendo estas suposiciones sobre un tipo de *lord* abstracto. Ni toda mi simpatía por los trabajadores irlandeses me llevaría a sospechar de las purísimas señoras de la casa de Leicester.

(1) Es la parodia burlesca que hace al caso Eça de Queiroz de un famoso adagio francés que dice: *Quand on prend du galon, on n'en jarrart trop prendre*. Es una locución proverbial francesa muy usual y similar a la nuestra: "Por mucho pan nunca es mal año".—N. del T.

Como propietario del suelo, pues, el *lord* lo arrienda a las familias que de generación en generación viven en sus tierras, el irlandés se agarra al suelo como un árbol por las raíces, y muchas veces prefiere morir a abandonar un terruño árido, que no le alimenta. La emigración irlandesa a América sale principalmente de la población obrera de las ciudades. Ahora bien; en los contratos de arrendamiento el hombre de trabajo está absolutamente a merced del dueño de la propiedad.

El valor de las rentas es puramente arbitrario. No hay tipo de renta, basado en la valuación de las tierras; existe lo que se llama la valuación de Griffith, hecha hace más de treinta años por el agrónomo de ese nombre; pero esta valuación, equitativa y favorable al trabajador, no es jamás aceptada por los propietarios. En esto está el origen de todas las miserias de Irlanda; las rentas, absurdamente elevadas, absorben todo el producto de la tierra y el rentero escasamente puede vivir, y mucho menos economizar.

A más del suelo, el propietario debe suministrar la habitación y los instrumentos de trabajo; si en la hacienda no existe casa o si necesita reparaciones, el *land-lord* dará, naturalmente, alguna madera, un puñado de clavos, un manojo de bálago, para que el trabajador levante la cabaña miserable, muy inferior en comodidad a los corrales de nuestros ganados, y a esta generosidad regia el *land-lord* tal vez juntará un viejo arado y un hierro de azada... Pero estos dones son adelantos que sobrecarga con precios

dobles o triples de su valor, y que se hace embolsar por partidas trimestrales...

¡No es posible ser más grandioso y más noble!... Aquí está, pues, el rentero en posesión de un techo, de un terreno y de una herramienta. Parece que sólo le falta comenzar a cultivar...

Así sería si no fuese en Irlanda. Pero la Naturaleza, madre fecunda y amante, se porta aquí aun peor que los *lords*; si la naturaleza tuviese asiento en la *Cámara de los Pares*, de Inglaterra, no sería más áspera, más hostil al pobre y más avara de sí misma... La naturaleza, cuando no se presenta al trabajador irlandés bajo el aspecto de suelo pedregoso, se muestra bajo el aspecto de pantano. Ofrécele, de un lado un peñasco, de otro un charco.

Y le dice con su ternura de madre:

—Escoge... ¿De cuál prefieres sacar los medios de subsistencia?...

El pobre irlandés lo que preferiría era marcharse; pero como por todas partes encontraría un propietario igual, los mismos pedruscos e idénticos lodazales, se queda. Entonces es cuando de nuevo se presenta la generosidad del *lord*. Su Gracia está dispuesta (porque Su Gracia es compasiva) a cegar el pantano, a desempedrar el suelo y a hacer mejoras en la tierra. Su Gracia va más lejos: Su Gracia (¡Dios le recompense!...) ofrece la simiente. Y más aun: Su Gracia (¡que las bendiciones del cielo caigan sobre él!) da los abonos...

Y aquí está un rentero feliz que tiene la casa, los instrumentos, la simiente, los abonos... Solo que Su Gracia marca los precios que le convienen a las me-

joras hechas, a la simiente y a los abonos; y al fin del año la renta, que era originariamente de diez, ¡está en veinticinco!... Como los terrenos son pobres, los inviernos abominables y el pobre rentero no puede pagar, dirígese entonces al agiotista o al mismo *lord*. Y desde ese momento está en una red de deudas, letras, cosechas empeñadas, intereses acumulados, protestos—el demonio—de los cuales jamás se podrá desenredar. El resultado está previsto: el *lord* (por su agente) le presta dinero, se apodera del grano que está en los graneros, del ganado que está en los corrales, del pequeño montón de ropa blanca que está en el arca, de las arracadas de la mujer, de los colchones, y le expulsa de la casa y de la propiedad de la casa, que tal vez construyó; de la propiedad, que con su trabajo mejoró... Tal como en la Edad Media...

Estas expulsiones, que se llaman *evictions*, son el terror irlandés. ¿Qué ha de hacer un miserable con mujer, niños, y a veces una abuela imposibilitada, que se ve de la noche a la mañana en medio de una carretera, en un terrible invierno, sin un harapo para cubrirse, sin una corteza de pan, sin casa, sin destino y sin esperanza? Y adviértase que esto pasa en comarcas como las de Irlanda, poco habitadas, con un caserío de legua en legua... Esta falta de vecinos, hace estas expulsiones más terribles. ¡Cuántas noches, caminando bajo la lluvia o bajo la nieve, con los niños llorando de hambre, los enfermos llevados en unas angarillas, hasta que se encuentre algún arrendatario más feliz, que aun tiene un rincón de cabaña donde asilar a la

familia errante!... Pero por poco tiempo, porque todos son pobres, todos están empeñados, todos amenazados de la expulsión...

Y durante ese tiempo Su Gracia se banquetea, bebe *Château Margaux* de 6.000 *reis* la botella, caza, etc., y alquila la hacienda de donde expulsó al miserable núm. 1, al rentero núm. 2. Sólo que el núm. 2, como la encuentra mejorada por el anterior, la paga más cara; y después de explotado, chupado, exprimido durante dos o tres años, es expulsado, para dar paso al núm. 3. Este infeliz pasa por el mismo procedimiento de trituración... *Et sic per omnia*.

Y las expulsiones son inevitables, porque con la elevación absurda de las rentas, es imposible que el rentero las pueda pagar... y vivir...

Esto, como comprenden, es sólo un vago contorno de la realidad, apuntada en sus rasgos esenciales... Descendiendo a detalles, se verá entonces un horroroso abismo de injusticia y de miseria.

—Pero ¿cómo pueden pasar tales cosas en el siglo XIX y al lado del pueblo inglés?... ¿Cómo permite una nación tan justa la existencia de tanto oprobio?...—me dirán...

Precisamente esta pregunta la hacía Víctor Hugo hace días a Parnell, el jefe de la *Liga Agraria*, en su célebre entrevista. Y yo responderé con las palabras de Parnell:

—Tales cosas pasan en el siglo XIX. Y el pueblo inglés no las sabía; por lo menos le eran contadas de tal modo que, en lugar de piedad, sólo sentía cólera...

Y esto es exacto. Los males de Irlanda eran conocidos por la voz de sus agitadores. Pero estos hombres, desde O'Connell, cometieron siempre el error de mezclar las quejas de un proletariado oprimido a las aspiraciones de independencia nacional; de suerte, que Inglaterra no atendía la reclamación de los trabajadores por la irritación que le causaban las exigencias de los patriotas. El pueblo inglés no puede oír hablar de que Irlanda se separe y se constituya en República; pero está dispuesto a ordenar que se le conceda un justo régimen de propiedad.

El error de los *Fenianos* fué confundir la cuestión nacional con la cuestión agraria; el rentero miserable aparecía entonces a los ingleses con el aspecto de un rebelde a la Unión, y envolviéndolos a ambos en el mismo odio, porque les suponía idénticas ambiciones, ahogó sin discernimiento la voz que sólo pedía pan y la voz que reclamaba autonomía...

Y, sin embargo, el pueblo inglés sintió siempre instintivamente que Irlanda sufría. Muchas veces pidió para ella una reforma de las leyes agrarias. Era, sin embargo, una petición vaga, sin cohesión; más la expresión de sensibilidades heridas, que la intimación de la voluntad nacional.

De suerte que los Parlamentos, salidos de las clases que tienen interés en mantener a Irlanda en la miseria, contentábanse con hacer reformas de detalles, reformas insignificantes e imperceptibles, para dar una satisfacción a la compasión inglesa, y el régimen antiguo quedaba intacto como antes. Pero

esto bastaba para que algunos humanitarios dijese con un suspiro de alivio: "En fin, ya se hace algo por Irlanda!..." En realidad no se había hecho nada...

Era, pues, necesario que la cuestión de la propiedad fuese separada de la cuestión de la independencia; que se hiciese un movimiento legal dentro de la Constitución, con el fin exclusivo de terminar con los abusos de los *land-lords*, callándose toda idea de arrancar Irlanda al Reino Unido. Entonces habría la certeza de que el pueblo inglés, viendo la cuestión agraria y sus horrores, aisladamente, con su relieve propio, desembarazada de las declamaciones rebeldes y de las agitaciones separatistas, determinase dar a tanto males tan antiguos un remedio radical. Fué esto lo que intentó la *Liga Agraria*.

Esta carta es ya larga; y al presentar esta formidable entidad—la *Liga Agraria*—, yo debo hacer como el ilustre Ponson du Terrail, cuando introducía un nuevo personaje, el héroe providencial, al final del folletín: dejar la historia de sus hazañas, de sus virtudes y de su belleza, con el interés suspenso, hasta el folletín siguiente...

No se olviden de que quedamos en el momento en que, en este escenario de la Historia irlandesa, súbitamente aparece al fondo, misteriosa y grave, ¡la *Liga Agraria!*

VIII

LORD BEACONSFIELD

I

Al volver a comenzar hoy estas CARTAS DE INGLATERRA—que yo no podía escribir desde Lisboa, donde estuve algunos meses gozando los ocios de Týtyre, *sub tegmine fagi*, a la sombra de ese haya constitucional que se llama el Gremio—debo recordar, aunque tarde, la muerte de Benjamín Disraeli, Lord Beaconsfield, ocurrida el día 19 de mayo, en la madrugada, en Londres, en su casa de Curzon-Street. La enfermedad de Lord Beaconsfield, una complicación de gota, asma y bronquitis, arrastróse cruel y larga; el mal, sin embargo, fué vencido, y Lord Beaconsfield sucumbió realmente a la debilidad, a la fatiga de los sesenta y siete años de una existencia tan episódica, tan copiosa, tan emocionante, que quedará como su mejor novela, bien superior en estilo e interés a *Tancredo* o a *Endymion*.

Desde el primer día, Lord Beaconsfield perdió pronto la esperanza de restablecerse; pero se puso a afrontar la muerte, como afrontara siempre sus

CARTAS DE INGLATERRA

derrotas políticas: con un valor desdeñoso y frío y un aire de fácil superioridad. Durante la enfermedad, en los accesos agudos de dolor, respondía con esos sarcasmos mordaces y brillantes que habían sido siempre su venganza querida ante un adversario más fuerte.

En el día 18, por la noche, cayó poco a poco en una somnolencia comatosa, y así permaneció hasta el alborar de la mañana; momentos antes de morir, agitóse, se levantó, aun dilató el pecho, alzó los brazos al aire, como acostumbraba a hacer en los grandes debates de la Cámara; después volvió a caer sobre la almohada, tendió las manos a Lord Bowton y a Lord Barrigton, sus secretarios, murmuró débilmente: *¡Estoy vencido!*... Y quedó como adormecido para siempre... Y considerando que en ese momento toda Inglaterra, el mundo entero esperaban ansiosamente noticias de aquel cuarto de Curzon-Street, donde espiraba el hombre que sesenta años antes era un pobre escribiente de oficina, puede decirse que en esta carrera tan feliz, hasta la muerte fué feliz...

Su propio funeral habría agradado a su imaginación, a ciertos aspectos delicados de su imaginación de artista... El testamento que dejó no permitía que se celebrasen funerales públicos en la Abadía de Westminster; disposición extraña en un hombre que amó ante todo la pompa y los grandiosos ceremoniales; pero no tuvo tampoco el lúgubre escenario de la muerte: los crespones, las plumas negras, las antorchas, los lutos, las calaveras bordadas; todo eso que debiera ser tan antipático a su luminoso espí-

ritu. Fué sepultado en su querido castillo de Jenghenden, en medio de los árboles de su parque, en una fresca mañana de mayo; en la capilla, toda adornada de flores, como para una alegría nupcial; el camino que allá conducía iba entre jazmineros y rosales; en vez del doble de las campanas de Westminster tuvo el gorjear de sus aves; y el ataúd, seguido por los príncipes de Inglaterra, por todos los embajadores, por la aristocracia que él había gobernado, desaparecía bajo coronas, ramos, manojos de *prinroses* que la Reina Victoria había mandado con estas palabras, escritas por su mano: "Las flores que él amaba."

Después, al otro día, en todas las catedrales de Inglaterra, en cada capilla rústica, el clero hizo, desde el púlpito, el elogio de Lord Beaconsfield; en las Universidades, en los Institutos, en las Academias, los profesores conmemoraron aquella carrera espléndida; en las tribunas de los *meetings*, en las asambleas comerciales, en cualquier parte donde se juntan hombres, alguna voz se levantó para honrar sus servicios y su genio; Lord Granville, en la Cámara de los Lords; en la Cámara de los Comunes, Gladstone, hicieron en sesión solemne su panegírico público, y durante muchos días toda la Prensa inglesa, la Prensa de todo el mundo civilizado (excepto la de Portugal, desgraciadamente), vinieron llenas de su nombre, de la conmemoración de sus libros, de su pintoresca historia.

Y así Lord Beaconsfield desapareció como había sido el deseo de toda su vida: en un rumor de apoteosis...

Y sin embargo, nada parece más injustificado que una tal apoteosis. Lord Beaconsfield, al fin y al cabo, fué un hombre de Estado que hizo novelas. Ahora bien; sus novelas, como obras de arte, ya comienzan a parecer a esta generación de ciencia y de análisis, tan falsas, tan ficticias como las novelas lírico-religiosas del Vizconde d'Arincourt; y como hombre de Estado, Lord Beaconsfield no queda seguramente asociado a ningún gran progreso en la sociedad inglesa. Crear el título de Emperatriz de las Indias para la Reina de Inglaterra, robar Chipre, restaurar ciertas prerrogativas de la Corona, tramar el *fiasco* del Afghanistan, no constituyen ciertamente títulos para su glorificación como reformador social; por otro lado, escribir *Tancredo* o *Endymion* no basta para señalarse en una literatura que tuvo contemporáneamente a Dickens, a Thackeray y a Jorge Eliot.

¿Cómo sucede, después de todo esto, que Inglaterra, país tan práctico, tan equilibrado, se deje arrastrar en tal arranque de admiración por el hombre que fué la personificación y la encarnación de todo cuanto es contrario al temperamento, a los modales, al gusto inglés? Es que Lord Beaconsfield, más que ningún otro contemporáneo, impresionó a la imaginación inglesa; y en la fría Inglaterra, como bajo cielos más cálidos, son grandes las influencias de la imaginación...

Se podía a veces sonreír de sus fantásticas obras de arte, protestar contra sus teatrales combinaciones políticas; pero a través de protestas y sonrisas, su propia personalidad nunca dejó de maravillar y fas-

cinar. Cualquier inglés medianamente educado, a quien se pregunte su opinión sobre Lord Beaconsfield, dirá: *Fué un hombre extraordinario.*

Extraordinario: así es como se nos representa ahora que se ve el conjunto de su existencia, que no parece haber sido un producto natural de los hechos o de las ocasiones, sino una creación subjetiva de su propia voluntad y como un enredo de novela forjada por su pluma. Si no véase. Habiendo nacido judío, conviértese en el jefe de una aristocracia sajona y normanda, la más orgullosa de la tierra; comenzando en un oscuro círculo literario y vegetando algún tiempo en un escritorio de Londres, viene a ser el más famoso primer ministro de un gran imperio; no poseyendo sino deudas, bien pronto se convirtió en el inspirador de las grandes fortunas territoriales; hombre de imaginación, de poesía, de fantasía, fué el ídolo de las clases medias de Inglaterra, las más prácticas y utilitarias que dirigieron jamás una nación comercial; sin religión y sin moral, gobernó un protestantismo que no concibe orden social posible fuera de su estrecha religión y de su estrecha moral; confesando su desprecio por la omnipotencia de la ciencia moderna, fué el gran hombre de una sociedad que quiere dar a todo progreso una base puramente científica; en fin, siendo *lo menos inglés posible*, teniendo un modo de ser y de sentir casi extranjeros, dirigió años y años Inglaterra, el país más hostil al espíritu extranjero y que conocía bien que no era comprendida por el hombre que la gobernaba. Todo esto parece paradójico; y la existencia de Lord Beaconsfield fué, en efecto, una per-

petua paradoja en acción. Para realizar todo esto era necesario que su genio, por una parte, por otra, su habilidad, fuesen grandes. Y realmente no le faltaron dotes personales: prodigiosa finura de espíritu, una voluntad de acero, un valor sereno de héroe, una infinita vena sarcástica, un fuego estrepitoso de elocuencia; el absoluto conocimiento de los hombres, la luminosa penetración en el fondo de los caracteres y de temperamentos, un poder sutil de persuasión, un irresistible encanto personal; y todo esto envuelto (como en una atmósfera luminosa) por algo brillante, rico, amplio, imprevisto, que era o hacía el efecto de ser *su genio.*

Yo, por mi parte, comienzo por admirar su propia apariencia. Dicese que había sido hermoso como Apolo, y que esto contribuyó mucho a sus primeros triunfos; ahora, ya tan viejo, sólo era pintoresco.

Su magnífica frente, sobre la cual caían aquellos dos extraordinarios bucles paralelos, su mirada recogida y como reconcentrada en pensamientos muy hondos, la nariz de pura raza israelita, la boca fruncida en su eterna curva sarcástica, el labio inferior muy corvo y muy colgante, su extraña perilla de Mefistófeles, constituían una de estas fisonomías que se siente que van a quedar en la galería de la Historia y que servirán a futuros historiadores para explicar un destino y un genio...

De mozo y cuando las modas románticas lo permitían, se vestía de satén y terciopelo, se cubría de un lujo de medallones y de joyas; sus propios calzados tenían bordados de oro. Ahora era más sobrio de *toilette*; usaba sólo esas levitas, largas como tú-

nicas, a que los hombres de origen judaico son particularmente aficionados, y su único adorno eran las bellas flores que le ornaban el pecho. Un periodista francés, en un día de crisis política en que Lord Beaconsfield había de hacer un discurso decisivo, encontróle momentos antes, en uno de los salones de la Cámara, ocupado en llenar de agua el tubito de cristal que por detrás de la solapa de la levita conservaba frescas sus rosas. Todo el hombre está en ese rasgo...

De raza oriental, tuvo siempre afición al fausto, a las pedrerías, a los ricos tejidos, a la pompa; sus novelas están inundadas de descripciones de palacios, de fiestas ante las cuales las más ricas funciones de gala de Salomón son como descoloridos escenarios de teatro de feria; su estilo se resiente de este gusto: es una suntuosa tela, recamada de oro, engastada de joyas, centelleante y espesa, cayendo en bellos pliegues a lo largo de la idea. El dinero, el oro, le preocuparon siempre, menos por su influencia social que por el mero esplendor de su acumulación. Sus héroes poseen fortunas tan prodigiosas que serían imposibles en las condiciones del mundo moderno: Lotario, el famoso Lotario, queriendo dar un regalo de cumpleaños a una señora católica, ofrécele una catedral toda de mármol blanco, que mandó construir y que dedicó a la santa cuyo nombre ella lleva; su coste excedería a dos millones de duros. Confesemos que es *chic*. Pues bien; regalos de éstos dábalos Lotario todos los días... El banquero Sidonio, una de las más curiosas creaciones de Lord Beaconsfield, dando a su amigo Tancredo una carta

de crédito para los banqueros de Siria, redactaba de este modo: "Páguese a la vista, al portador, tanto oro cuanto sería necesario para reconstruir los cuatro leones de oro macizo que adornaban la puerta derecha del templo de Salomón..." También muy *chic*...

Estoy seguro que uno de los grandes placeres de Lord Beaconsfield era poder manejar los millones de Inglaterra. Todos sus ministerios costaron caudalosos ríos de dinero; gastaba el oro como el agua, y dábase el gusto de realizar por sí mismo, a costa del país, las prodigalidades épicas de su banquero Sidonio. Aun cuando estaba en el Poder, estaba aún en la novela.

Los rasgos de su biografía son conocidos. Su padre era uno de estos literatos mediocres y trabajadores, que van desenterrando y coleccionando a través de *folios* y bibliotecas, casos curiosos y arcaicos de Historia y de Literatura...

Benjamín Disraeli nació, pues, entre los libros; literalmente entre los libros, porque la casa en que vivían los Disraelis ofrecía el espacio de una cajita pequeña de cartón en el cuarto del niño, entre la acumulación vetusta de los librotos, sólo había sitio para una silla y una cuna. El viejo Disraeli era judío; pero, afortunadamente para los destinos futuros de su hijo, rompió con la Sinagoga y todos los Disraelis se hicieron cristianos... Benjamín tenía entonces diez y siete años y su padrino en la pila bautismal fué un tal Samuel Rogers, notable por ser al mismo tiempo uno de los más ricos banqueros de la *City* y uno de los poetas más elegíacos

de su época, y notable también por no quedar en la historia, ni como banquero ni como poeta, sino como un refinado *gourmet*, el gran Lúculo de Londres, que dió los más célebres y los más finos banquetes de Europa.

Así, marcado con el rótulo cristiano, Benjamín Disraeli comenzó a caminar por la vida adelante, pero fué bien pronto a encallar en un escritorio de notario, donde se dice que, durante dos años, este mozo orgulloso, que ya entonces se consideraba un semidiós, redactó escrituras y testamentos. Sin embargo, con la misma pluma iba redactando *Vivian Grey*, y de la tempestuosa sensación que esta novela produjo data su gran carrera. La obra, aparte de algunos centelleos fugitivos de un genio aun desequilibrado, es, en su conjunto, al mismo tiempo pesada y vaga; pero satisfacía los gustos escandalosos e intrigantes de la sociedad de entonces, poniendo en escena todas las individualidades brillantes de Londres: políticos, *dandies*, reinas de la moda, poetas, especuladores.

El mejor resultado de *Vivian Grey* fué convertir a Disraeli Junior (como él se firmaba entonces) en el favorito de lady Blenington y del Conde de Orsay, las dos figuras dominantes del Londres de esa época, y que tenían de sociedad el más selecto; el más inteligente, el más apetecido salón de Inglaterra.

Estos dos formaban un tipo destinado a reinar. Lady Blenington era una mujer de graciosa y olímpica belleza, de una extrema audacia de carácter y de alta energía intelectual. El Conde de Orsay era

el hombre que durante veinte años gobernó la moda, el gusto, los modales, con la misma indiscutible autoridad con que hoy el Príncipe de Bismarck es árbitro en Europa.

Usar un modelo de corbata o admirar a un poeta que no hubiesen sido aprobados por el Conde de Orsay, sería correr el mismo riesgo de una nación que hoy, sin autorización secreta del Príncipe de Bismarck, organizase una expedición militar... Lady Blenington, entre otras cosas comprometedoras, tenía una hija; y el bello D'Orsay, no sé por qué, ni él lo supo jamás, se casó con esa niña. Los novios vinieron a vivir con Lady Blenington, y bien pronto, entre su brillante marido y su resplandeciente madre, la pobre Condesa d'Orsay fué como una pálida lámpara brujuleando entre dos astros. Hizo entonces una cosa sensata y muy ingeniosa: se apagó del todo y desapareció. Y el Conde d'Orsay y Lady Blenington, libres de aquella señora que entristecía y helaba las salas con su aire honesto y frío, comenzaron entonces a centellear tranquilamente, como constelaciones conjuntas en el firmamento social de Londres. Y Londres se inclinó delante de esta nueva y original situación doméstica, como se inclinaba delante de un nuevo abrigo del Conde d'Orsay o delante de una decisión literaria de Lady Blenington.

Benjamín Disraeli se convirtió bien pronto en uno de los héroes de este salón, donde, desde luego, se había presentado con ese aire de tranquila superioridad, de correcto desdén, que fué uno de los secretos de su fuerza... Ordinariamente se mantenía callado,

apoyado en el mármol de la chimenea, en una *pose* de Apolo, melancólico, abandonándose a la caricia ambiente de las miradas de las damas, que veían en él la encarnación radiante del poético Vivian Grey. Las personas más íntimas, comenzando por Lady Blenington, ya le llamaban siempre *Vivian, querido Vivian*. El Conde d'Orsay le había hecho el retrato en sepia, honor que rara vez concedía, y el más apetecido en ese curioso mundo.

Todos estos triunfos de Disraeli Junior no dejaban de sorprender a Disraeli Senior. Un día, diciéndole alguien que su hijo estaba componiendo una novela en que entraban duques y toda suerte de magnates, el viejo y laborioso literato exclamó:

—¡ Señores, duques!... Pero ¡ si mi hijo nunca vió uno siquiera!...

Vió muchos después, los vió a todos, y los gobernó con una vara de hierro. Pero en ese tiempo el bello Disraeli Junior era aún radical o; al menos, había tomado esa actitud. Meditaba incluso su *Epopéya de la Revolución*, su única obra en verso; una vaga rapsodia que yo nunca leí, pero de la que los críticos más benévolos hablan como de un volumen de doscientas páginas sin una sola línea tolerable. Y—¡ cosa curiosa!—este hombre tan fino, tan escéptico, tan experimentado, nunca perdió el candor, casi cómico, de considerarse un gran poeta, como Virgilio o como Dante, y la esperanza fantástica de que las generaciones futuras pondrían la *Epopéya de la Revolución* al par de *La Eneida* o de *La Divina Comedia*.

A pesar de ser poeta abominable y perfecto *dandy*

—o tal vez por eso mismo—, Benjamín Disraeli era conocido en esa época como uno de los jefes del movimiento de *La Joven Inglaterra*.

La Joven Inglaterra consistía en un grupo de mozos ardientes y aristócratas que se habían embriagado de la Revolución al través de la literatura; hablaban mucho de la Humanidad y querían, sobre todo, un *burgo podrido* que les nombrase diputados; cultivaban por los salones el amor platónico; querían ver al pueblo feliz, con tal que estuviesen ellos en el Poder para fomentar esas felicidades; y (rasgo decisivo de sus maneras y de su *pose*) cuando se escribían unos a otros, tratábanse de *my darling* “mi amor”...

Tenían aún otros distintivos: usaban el cabello a la nazarena, mostraban el valor (enorme en esa época) de admirar al odiado Byron y procuraban elevar y perfeccionar el arte de la cocina en Inglaterra...

Entretanto, Benjamín Disraeli ya estaba decidido a sacudir su radicalismo, cuando fuese necesario a los intereses de su carrera. Y esa carrera la veía entonces, a pesar de ser desconocido y pobre, tan claramente triunfante en lo futuro, como si la tuviese delante de sus ojos escrita, punto por punto, en un programa.

En pleno reinado de los *Tories* es característica ya su respuesta a Lord Melbourne, primer ministro entonces, que le preguntaba qué intentaba hacer.

—Ser yo primer ministro de aquí a poco—res-

pondió el *dandy*, con su grandes modales a lo Vivian Grey.

Lord Melbourne vió en esta respuesta una odiosa e insolente jactancia. Y así lo parecía cuando tiempo después, Disraeli, ya diputado por Wycombe, pronunció su primer discurso, y lo vió sofocado por las carcajadas y por los silbidos. Como no podía dominar el tumulto, callóse, diciendo sólo estas palabras más:

—Hoy no me quisisteis oír... Un día vendrá en que me haré escuchar...

Y vino un día en que, no sólo la Cámara de los Comunes, sino Inglaterra, todo el continente, el mundo civilizado, escuchaban con ansiedad las palabras que iban a caer de sus labios y que traían consigo la paz o la guerra en Europa.

II

La reputación de salón que gozaba Lord Beaconsfield tardó algún tiempo en transformarse en popularidad; apenas lograda, penetró rápidamente en la enorme masa trabajadora, y se convirtió en pocos años en esa vasta y resonante nombradía que hizo su nombre familiar y casi doméstico en todas partes donde se habla inglés, en la más ruda aldea de pescadores de Cornwall, en el bush de Australia, entre los mismos montañeses bárbaros de las *Highlands* y que hizo que cuando se dirigía al Congreso de Berlín, atrajese a las estaciones del ferrocarril a los pueblos de Alemania para contemplar

al gran inglés. Y este reconocimiento de gloria constituye uno de los fenómenos más curiosos de la carrera de Lord Beaconsfield, porque en general no se gradúa bien la dificultad portentosa de obtener una fama aun mediocre...

No hay nada tan ilusorio como la extensión de una celebridad; parece a veces que una reputación llega hasta los confines de un reino cuando en realidad escasamente pasa de las últimas casas de un barrio.

En el momento de su prodigiosa boga, el viejo Alejandro Dumas quedó asombrado de que el magistrado de una villa vecina de París, hombre ilustrado por lo demás, no supiese con qué letras se escribía ese nombre glorioso de Dumas...

Y si pudiésemos reducir a números las proporciones de las glorias contemporáneas, quedaríamos aterrados ante la grotesca mezquindad de los resultados. Nosotros, periodistas, críticos, artistas, hombres de estudio y de curiosidad literaria, juzgamos casi imposible que haya alguien en Europa que no haya leído a Víctor Hugo, o que por lo menos no conozca ese nombre de sílabas fáciles, que hace medio siglo hiere con gran estruendo el oído humano; pues bien, puede decirse que fuera de Francia, sólo cinco mil personas tal vez habrán leído a Víctor Hugo, y que no pasará seguramente de diez mil el número de criaturas que sepan su nombre, incluyendo hasta la vasta masa democrática, de la cual es él épico oficial. Y ya esto constituye un famoso progreso; ¡desde el tiempo en que Voltaire ambicionaba tener *cien lectores!*...

La conocida alegoría de la Fama, cantando el nombre de un varón con sus cien bocas aplicadas a sus cien trompetas y volando de uno a otro confín del Universo, es una de las imágenes más descaradamente falsas que nos legó la Antigüedad. Ese estruendo de las cien trompetas muere como un suspiro dentro del área humilde de un corrillo o de una *coterie*; y nada viaja con una lentitud igual a la de la Fama. Un fardo de telas tarda cuatro días en venir de Londres a Lisboa; y los nombres de Teynson, Browning, Swinburne, los tres grandes poetas de Inglaterra, y que hace cuarenta años son su más pura gloria, aun no llegaron aquí. Es verdad que todo el mundo necesita franelas, y no todo el mundo soporta Poesía...

Pero una celebridad, no sólo encuentra dificultades en traspasar la frontera, sino que las encuentra sobre todo, y casi insuperables, en retener la atención de la gran turba de sus conciudadanos. Principalmente en un país como Inglaterra, en que la áspera lucha por la existencia, la ansiosa preocupación del pan cotidiano, el feroz conflicto de la competencia, no permiten esos pacienzudos vagares, los vagares portugueses o españoles, en que se está con la barriga al sol, dispuesto a mirar y admirar cualquier cohete que estalla en los aires.

En Inglaterra el Duque de Wellington era, ciertamente, popular, porque ganó la batalla de Waterlloo, y, por lo tanto, según la creencia contemporánea, había salvado a Inglaterra de la invasión. Gladstone es conocido en cien ciudades y mil aldeas, porque alivió a la nación de sus grandes impues-

tos. Pero éstos fueron las excepciones; las otras celebridades inglesas, ya sean políticos como Lord Salisbury, o filósofos como Spencer, o poetas como Browning o artistas como Her Komer; permanecen profundamente ignorados de la gran masa del público. Son reputaciones de salón, de academia, de *club*, de redacción de periódico.

Ahora bien, Lord Beaconsfield realmente nunca hizo cosa alguna para tornarse popular, y siempre recordado; nunca ligó su nombre a una gran institución, a un gran beneficio público, a una campaña victoriosa. Todo, por el contrario, en esta original personalidad, parecía destinado a la impopularidad: su origen, sus gestos y hábitos antiingléses, su poderosa vena sarcástica, su oratoria refinada y sutil, el gongorismo metafísico de sus concepciones literarias y ciertos aspectos muy acentuados de su fondo semítico. Y a esto se añadía que, para la gran mayoría de la nación, representaba un *parvenu* de la autoridad oligárquica, sordamente hostil a la idea de democracia y de soberanía popular.

Su asombrosa popularidad me parece provenir de dos causas: la primera es su idea (que inspiró toda esa política) de que Inglaterra debiera ser la potencia dominante del mundo, una especie de Imperio Romano, ensanchando constantemente colonias, apoderándose de los continentes bárbaros y *britanizándolos*, reinando en todos los mercados, decidiendo con el peso de su espada la paz o la guerra del mundo, imponiendo sus instituciones, su idioma, sus modales, su arte, teniendo por sueño un globo terrá-

queo que fuese todo él un Imperio Británico, rodando en ritmo al través de los espacios.

Este ideal, que tomó el nombre de *imperialismo* en los días de gloria de Lord Beaconsfield, es una idea grata a todo inglés; los mismos periódicos liberales que con tanto furor denunciaban los peligros de esta política romana, en el fondo juzgaban una inmensa satisfacción de orgullo en proclamar su inconveniencia. Había tanta prosapia británica en concebir tal Imperio como en condenarlo, y en decir con un aire de noble renunciamiento: "¡No nos conviene la responsabilidad de gobernar al mundo!..."

Lord Beaconsfield, siendo la encarnación oficial de esta idea imperialista, se hizo naturalmente tan popular como ella. Fué considerado entonces como el instrumento de la grandeza exterior de Inglaterra, como el hombre que la hacía dominante y temida, que mantenía alta y reluciendo terriblemente a los ojos del mundo la espada de Jhon Bull; Gladstone, Bright y la gran escuela liberal, conocida por la *escuela de Manchester*, era ahora acusada de haber dejado desvanecerse y morir el prestigio inglés en Europa con su política de abstención, sólo ocupada de mejoras materiales, de hacienda, de civilización interna.

Y allí venía ahora aquel extraordinario Indio, apoyado en la riqueza y en la prosperidad interior que le habían legado los liberales, a colocar de nuevo a Inglaterra al frente de las naciones, haciendo resonar a lo ancho y a lo largo su voz de león...

Todo el país anduvo durante varios años hin-

chado con esta grandiosa *filancia* (1), que Lord Beaconsfield iba siempre sosteniendo con sus discursos belicosos, las amenazas teatrales, las concentraciones de flotas, un constante movimiento de regimientos, invasiones aquí y allá, la ocupación de Chipre, la casi absorción de la propiedad del istmo de Suez, siempre algún lance brillante en que Inglaterra aparecía, entre las luces de Bengala de su elocuencia, como la señora del mundo...

Y Jhon Bull adoraba esto, a pesar de ver que la espada de Inglaterra, después de flamear un momento en los aires, era invariablemente recogida a la vaina; a pesar de comprender que el dinero se gastaba como el agua de las fuentes; a pesar de sentir que los impuestos crecían; a pesar de advertir que Inglaterra estaba cargando sobre sus hombros responsabilidades desproporcionadas a su fuerza.

Después, un día el gran sentido práctico de Inglaterra vió claramente la necesidad de brillar menos a los ojos del mundo y de ocuparse de la máquina interior que comenzaba a derramarse; echó al grandioso Beaconsfield y llamó al práctico Gladstone, al hombre que reconstituyó la hacienda, alivió los impuestos e hizo las grandes reformas interiores...

Mas a pesar de todo, Beaconsfield quedó como el

(1) Empleo esta palabra, muy usada en portugués, porque es netamente castellana, aunque anticuada y en desuso. Significa literalmente amor de sí mismo, amor propio. La incluye el último Diccionario de la Academia (1914).—*N. del T.*

tipo del estadista que más que ningún otro amó y deseó la grandeza imperial de su patria...

A esta grandeza imperial debe unirse otra: el reclamo. Nunca un estadista tuvo un reclamo igual, tan continuo, en tan vastas proporciones y tan hábil. Los mayores periódicos de Inglaterra, de Alemania, de Austria, hasta de Francia, están (nadie lo ignora) en manos de los israelitas. Ahora bien; el mundo judaico nunca cesó de considerar a Lord Beaconsfield como un judío, a pesar de las gotas de agua cristiana que le habían mojado la cabeza... Este incidente insignificante nunca impidió a Lord Beaconsfield celebrar en sus obras e imponer por la superioridad de la raza judaica; y, por otro lado, nunca obstó para que el judaísmo europeo le prestase absolutamente el tremendo apoyo de su oro, de su intriga y de su publicidad... De mozo fué el dinero judío quien le pagó sus deudas; después fué la influencia judaica quien le dió su primer asiento en el Parlamento; fué la ascendencia judaica quien consagró el éxito de su primer ministerio; y por fin, la Prensa, en manos de los judíos, fué el telégrafo, en manos de los judíos, quienes constantemente lo celebraron y lo glorificaron, como estadista, como orador, como escritor, como héroe, como genio...

Como novelista, lord Beaconsfield nunca escribió propiamente una novela tal como nosotros modernamente la comprendemos. Algunas de sus novelas son panfletos en que los personajes constituyen argumentos vivos, triunfando o sucumbiendo, no según la lógica de los temperamentos y las influencias

del ambiente, sino según las necesidades de la controversia o de la tesis. Otros forman verdaderas alegorías, como las tiene la pintura decorativa en los muros de los monumentos públicos. En una de las más célebres, *Lothair*, hay un mancebo ideal, encarnación del espíritu inglés, que ama sucesivamente a tres mujeres: una italiana, casada con un americano, bella criatura de perfil clásico y formas de diosa, que representa a la Democracia; una ardiente muchachita de cabellos negros y encrespados, siempre en éxtasis, que es la personificación de la Iglesia católica, y, por fin, una dulce y rubia doncella, seria, grave y tierna, que simboliza el Protestantismo... Después de vacilar entre estas tres pasiones, se decide, como un buen inglés, por casarse con el Protestantismo, quiero decir, con la rubia; conservando un culto vago y secreto por la Democracia, quiero decir, por la soberbia americana de perfil marmóreo. Moraleja: la felicidad de un pueblo está en la posesión de una fuerte moral cristiana aliada a un uso moderado de la libertad. Esto daba para un excelente y aparatoso *fresco* en la sala de un Parlamento. Y lord Beaconsfield acentúa los detalles alegóricos con tal ingenuidad que a veces hace sonreír; así, por ejemplo, la americana, esto es, la Democracia, aparece siempre en *soirées* y fiestas, vestida a la griega, con una estrella de brillantes en la frente, como la cabeza de la *República* en las monedas francesas de cinco francos...

El ambiente en que sus novelas se deslizan tiene casi siempre un aire feérico; todo son, como dije hace poco, palacios de un lujo sombrío y fabuloso, fiestas como no las tuvieron los Médicis, fortunas de

banqueros y de duques, ante las cuales los Cresos, los Montecristos, los Rothschilds, todos los ricachos de la leyenda o de la realidad aparecen como despreciables pelagatos.

El lenguaje de estos personajes corresponde al esplendor de sus moradas y a lo nebuloso de sus destinos. *Misses* de dieciocho años, que habitan prosaicamente en Belgrave-Square, hablan a sus enamorados con la pompa alegórica del *Cantar de los Cantares*; y cuando (lo que es frecuentemente) dos brillantes talentos como Sidonia o mistress Coningsby conversan, se ven, cruzando rápidamente de uno a otro labio, las imágenes rutilantes, los luminosos conceptos, como si las dos criaturas se estuviesen recitando una a otra versículos del *Intermezzo* o sonetos de Petrarca. Este lenguaje, por lo demás, conviene a las ideas, a los sentimientos y a las aventuras que atribuye a sus tipos principales; todo lo que es humano y real queda absolutamente fuera de esas trascendentales creaciones; hablando como poetas, se comportan naturalmente como quimeras...

Su más famoso héroe, Tancredo, va a Jerusalén y a Siria con este fin: *penetrar el misterio asiático*... ¿No comprenden? Es fácil. Siendo Jerusalén y las planicies de Siria el único punto del Universo en que Dios, en tiempos, conversó con el hombre, en que aparecieron los profetas y los Mesías, en que de las zarzas, del murmurio de los ríos y del eco de los desiertos surgieron las Leyes Nuevas, dando a las Humanidades nuevos destinos, el mozo Tancredo parte para que allá, en esos lugares, Dios le hable, un rayo de luz le divinice, una religión le sea reve-

lada, y habiendo partido como simple *lord* de Londres, regresa a Regent-Street como Mesías y regenerador de sociedades...

Y me preguntarán: ¿qué le sucede a Tancredo en Siria? Lo que sucede a todos los personajes de lord Beaconsfield, que en las primeras páginas parten hacia sobrehumanos destinos, como los antiguos caballeros de la Tabla Redonda; sucédele que se casa con una linda y honesta muchacha y que tiene muchos hijos en medio de mucha felicidad...

¿Y el misterio asiático? Parece que no lo encontró. Pero descubrió cosas curiosas y de rara fábula: por ejemplo, un pueblo pagano donde reina una bella sacerdotisa de Apolo, que celebra aún hoy nobles cultos helénicos, y que se enamora de Tancredo. Pero Tancredo, caballero cristiano, después de defenderla de la invasión de otro pueblo, que adora ídolos infames, huye, huye a la desbandada, dejando a la clásica reina gemir de amor a los pies de la estatua de Astartea. Después, él mismo está para ser Rey del Líbano. En fin, una grandiosa y rutilante mezcolanza... Y todo esto pasa ahí, por 1855, en tiempo de la Exposición de París.

Pero ¡qué prodigioso talento, qué arte, qué amplitud de imaginación para poner de pie, en todo su brillo, este desordenado monumento de Idealismo!...

En efecto, ¡qué artista fino y a veces poderoso!... A pesar de este abuso de gongorismo en la aplicación, de vaguedad y al mismo tiempo de amaneramiento de sus concepciones, de estos enredos y de estos personajes que a veces parecen una mixtificación, sus

novelas nunca dejan de interesar, y diré incluso que nunca dejan de cautivar.

Siempre las atraviesa un entusiasmo sincero en que se siente el amor poético con que sigue a sus generosos héroes, a sus bellas mujeres en esos destinos fuera de la realidad. Después, su fina sensibilidad, su idealismo, un poco convencional; pero de gran *clan*, los refinamientos de un gusto supremo, le llevan a dotar a sus personajes, y la acción en que ellos se mueven, de tal belleza espiritual, de una tan alta nobleza de costumbres, que los ojos se extasían, la imaginación se enamora de ese mundo ficticio, de esa humanidad de poema, donde nada existe de vulgar y de bajo, y donde brillan formas maravillosas y trascendentales del pensar, del sentir y del vivir...

Esto le da una cualidad encantadora: es luminoso. Personajes, paisajes, interiores, el mismo movimiento de la aventura, todo está bañado en una luz serena y graciosa. Pintando las cosas fuera de la verdad social, no teniendo que presentar sus sombras tristes, excluye de sus vastos cuadros todo lo que en la vida es duro, brutal, feo, malo, estúpido, las formas variadas de la bajeza humana...

Escribía para una sociedad rica, noble, literaria, refinada; y le muestra un mundo de oro y de cristal, girando en una bella armonía, bañado en una luz color de rosa...

He insistido en este lado *no real* de los libros de lord Beaconsfield. Sin embargo, un hombre de estos, antiguo *dandy*, crítico, estadista, habituado a gobernar, observador por necesidad, no podía dejar de ha-

ber acumulado una gran experiencia de los caracteres y de la sociedad; y esa experiencia debería necesariamente transparentarse en sus descripciones de la vida. Y allí está, en efecto. Entre sus grandes creaciones simbólicas, de indisciplinada imaginación (*Tancredo, Lothair, Sybil*), se mueve todo un mundo real, de una vida exacta y fuertes figuras de carne y hueso, puestas en pie con singular vigor de dibujo y de color. Son sus personajes secundarios, sus políticos, sus intrigantes, sus hombres de letras, sus mujeres de moda, sus *lords* elegantes. Todos estos tipos fueron copiados del natural. Londres los conocía, les daba en seguida los nombres; y el escándalo de estos retratos fué una de las grandes causas de lord Beaconsfield. Mas, aun para quien no frecuenta la sociedad de Londres y no conoce los originales, estos tipos interesan... porque *viven*.

Ordinariamente son sólo esbozos, pero magistrales; y apareciendo así destacados, al lado de creaciones de pura imaginación, desafortadamente poéticas y de contornos fluctuantes, esos tipos reales adquieren un relieve mayor, como perfiles de verdadera humanidad, mostrándose entre lo nebuloso de su mitología. Son ellos los que interesan; de la vasta galería de lord Beaconsfield sólo ellos quedarán recordados...

Sería imposible en este estudio al correr de la pluma, hecho sólo de impresiones, marcar todos los rasgos de una individualidad tan compleja como la de lord Beaconsfield.

Pocos hombres han producido un tan curioso con-

flicto de apreciaciones: dicese de él que fué un gran hombre de Estado, y dicese también que fué sólo un charlatán; la crítica lo ha presentado como un novelista de genio... ¡y como un garrapateador de novelas!... Hombre de partido, sufrió en política y en literatura, ora la idolatría, ora el rencor de la parcialidad partidista. Una cosa tenía, sin embargo, a su favor: que todos los mediocres le detestaban...

Es difícil, por lo demás, separar en él el político del novelista; siempre hizo política en las obras de arte, que se convertían así en resonantes manifiestos de sus ideas de estadista, e hizo novela en el Gobierno, que parecía muchas veces un escenario de drama, sobre el cual estaba él, con la pluma en la mano, combinando los lances de efecto. Sea como fuese, Inglaterra perdió en él uno de sus genios más pintorescos y más originales...

Individualmente, fué un feliz. Habiendo trazado de joven el plan de su vida futura, como quien prepara un enredo de novela, lo realizó plenamente en todas sus partes, en un continuo triunfo.

Fué hermoso, fué amado, fué rico, tuvo la mejor esposa de Inglaterra (como él decía), dejó una vasta obra literaria, fué el confidente escogido de la reina, gobernó su patria, pesó en los destinos del mundo y acabó en una apoteosis... ¿Fué entonces absolutamente y sin interrupción dichoso?... No. Este hombre triunfante vivió acompañado de un disgusto secreto, pequeñísimo y ridículo: ¡nunca pudo hablar bien francés!...

IX

LOS INGLESES EN EGIPTO

I

LO QUE RESTA DE ALEJANDRIA.—EL ESTRENO DE ARABI-PACHA.—CADENAS AL CAFE

Hasta hace cinco o seis semanas, Alejandría podría ser descrita, en el estilo atractivo de las *Guías de viajeros*, como una rica ciudad de 250.000 habitantes entre europeos y árabes, animada, especuladora, próspera, convirtiéndose rápidamente en una Marsella de Oriente. Ninguna guía, sin embargo, por muy servilmente lisonjera que fuese, podría llamarla interesante...

A pesar de sus dos mil años de edad y de haber sido, después de Atenas y de Roma, el mayor centro de lujo, de letras y de comercio que floreció en el Mediterráneo, la vieja ciudad de los Tolomeos no poseía hoy ningún monumento de su pasado, si no contamos, al lado de un viejo cementerio musulmán, una columna erigida antaño por un prefecto romano en honor de Diocleciano, conocida por el sobrenombre singular del *Pilar de Pompeyo*, y más

lejos, extendido en un arenal, un obelisco faraónico del templo de Luxor que disfrutaba del grotesco apodo de *Aguja de Cleopatra*. Y esta misma reliquia está ahora en Londres, en los terraplenes de las orillas del Támesis, colocada en una peana de bronce, alumbrada por la luz eléctrica, aturdida por el estruendo de los trenes.

Los barrios europeos de Alejandría casi recientes (hace cincuenta años, antes de que Mehemet-Alí diese impulso a la reedificación, la gran metrópoli que asombraba al califa Omar estaba reducida a una aldea que vivía de la pesca y del comercio de las esponjas) se componían principalmente de una vasta plaza, la famosa *Plaza de los Cónsules*, orgullo de todo Levante, de calles anchas y con nombres franceses, estuco francés en las fachadas, rótulos franceses en las tiendas, cafés franceses, lupanares franceses;—como un *faugourg* de Burdeos o de Marsella transportado a Egipto y empenachado aquí y allá de palmeras...

La parte árabe de la ciudad no tenía ningún carácter pintoresco y oriental: eran alineamientos casi rectos, con casuchas enjalbegadas y terminando en terraza, posadas sobre un suelo mitad de tierra y mitad de arena, que la menor brisa del mar esparcía en nubes por el aire...

Ciudad fea a la vista, desagradable al olfato, sórdida, insalubre, Alejandría se visitaba a prisa, al trote de un coche de alquiler, y de prisa se borraba de la memoria apenas el ferrocarril de El Cairo dejaba la estación y se divisaban entre las primeras tierras cultivadas del Delta, a lo largo de los case-

rios, las filas de ibis blancos, los más viejos habitantes de Egipto, antaño dioses, aun hoy aves sagradas...

Sin embargo, tal cual era Alejandría, con su bahía sembrada de vapores, de buques mercantes y de buques de guerra; con sus muelles llenos de fardos y de gritería, sus grandes hoteles, sus banderas ondeando sobre los Consulados, sus enormes almacenes, sus centenares de coches descubiertos, sus mil cafés-conciertos y sus mil lupanares; con sus calles donde los soldados egipcios, de uniforme de lino blanco, daban el brazo a la marinería de Marsella y de Liverpool; donde las hileras de camellos, conducidos por un beduíno de lanza al hombro, embrazaban el paso de los *tranzways* americanos; donde los *sheiks* de turbante verde, trotando en sus burros blancos, se cruzaban con las calesas francesas de los negociantes, guiadas por cocheros de librea;—Alejandría realizaba el más completo tipo que el mundo poseía de una ciudad levantina, y no hacía mala figura, bajo un cielo azul muy fuerte, como la capital comercial de Egipto, como una Liverpool del Mediterráneo.

Y así era esto hace cinco o seis semanas. Hoy, a la hora en que escribo, Alejandría es sólo un inmenso montón de ruinas... Del barrio europeo, de la famosa *Plaza de los Cónsules*, de los hoteles, de los Bancos, de los escritorios, de las compañías, de los cafés lupanares, queda sólo un confuso montón sobre el suelo, y aquí y allá una pared ennegrecida que se va derrumbando...

¡Por cuarta vez en la historia, Alejandría dejó de existir...!

Tratándose de Egipto, tierra de las antiguas maldiciones, puédesse pensar, en presencia de tal catástrofe, que pasó por allí la cólera de Jehová, una de esas cóleras con que aun se estremecen las páginas de la Biblia cuando el Dios único, viendo a una ciudad cubrirse de la negra costra del pecado, corría entre las nubes a cicatrizarla por el fuego, como una llaga viva de la Tierra. Pero esta vez no fué Jehová. Fué sencillamente el almirante inglés sir Beauchamp Seymour en nombre de Inglaterra y usando con lentitud y método, por orden del Gobierno liberal del Sr. Gladstone, sus cañones de ochenta toneladas...

Sería tal vez indecoroso y ciertamente sería desproporcionado, juntar los nombres de los hombres fuertes que en estos últimos dos mil años se han arrojado sobre Alejandría y la han convertido en ruinas—a los nombres de Caracalla, el pagano; de Cirilo, el santo; de Diocleciano, el perseguidor; y de Ben-Amon, el sanguinario—el nombre de sir William Gladstone, el humanitario, el paladín de las nacionalidades tiranizadas, el apóstol de la democracia cristiana. Pero si por una parte, evidentemente la política del Sr. Gladstone no es un producto de la pura ferocidad personal, como la de Caracalla, que hizo arrasarse Alejandría porque un poeta de esa ciudad finamente dada a las letras le había molestado en un epigrama—por otra parte esta brusca agresión de una flota de doce acorazados, ciudadelas de hierro flotando sobre las aguas, contra las decrepi-

tas fortificaciones de Mehemet-Alí, este bombardeo de una ciudad egipcia, estando Inglaterra en paz con Egipto, se parece singularmente a la política primitiva del califa Omar o de los emperadores persas, que consistía en esto: ser fuerte, caer sobre el débil, destruir vidas y apoderarse de haciendas... Por donde se ve que eso que se llama aquí *la política imperial de Inglaterra* o bien *los intereses de Inglaterra en Oriente*, puede llevar a un ministro cristiano a repetir los crímenes de un pirata musulmán, y al Sr. Gladstone, que es casi un santo, a comportarse poco más o menos como Ben-Amon, que era completamente un monstruo... ¡Más vale no ser ministro de Inglaterra!... Y fué lo que pensó el venerable John Bright, que, para no compartir la complicidad de esa brutal destrucción de una ciudad inofensiva, presentó su dimisión del Gabinete, separóse de sus amigos de cincuenta años y fué modestamente a ocupar su viejo banco de la oposición...

Todo lo que se relaciona inmediatamente con el aniquilamiento de Alejandría es de fácil historia, sobre todo trazándolo sólo en sus rasgos capitales, los únicos que pueden interesar a quien está moral y materialmente a tres mil leguas de Egipto y de sus desgracias...

A principios del mes de Junio pasado, el almirante inglés sir Beauchamp Seymour hallábase en aguas de Alejandría mandando una formidable flota, y teniendo anclada a su lado una escuadra francesa con el pabellón del almirante Conrad. Francia e Inglaterra estaban allí, con los hornos encendidos, vigilando Alejandría, como camaradas, como habían

estado durante los dos últimos años en El Cairo, con la pluma detrás de la oreja, fiscalizando amigablemente la hacienda egipcia; porque seguramente saben todos que habiendo omitido Egipto el pago de algunos cupones (porque Egipto está adeudado hasta más arriba de las pirámides con las burguesías financieras de París y Londres), Francia e Inglaterra, protegiendo materialmente los intereses de sus usureros, instalaron en El Cairo a dos caballeros, los Sres. Coloin y Blegnières, ambos en funciones de secretarios de Hacienda en el Ministerio egipcio, ambos encargados de recaudar los ingresos, administrarlos y aplicar la parte más pingüe a la amortización e intereses de la famosa deuda egipcia...

De suerte que las dos banderas, la de Inglaterra y la de Francia, eran en realidad dos enormes papeles de crédito, izados en el tope de los acorazados. En el almirante Seymour y en el almirante Conrand reaparecían los dos burgueses Coloin y Blegnières... Y en la bahía de Alejandría, ante Egipto, uno de los grandes países en quiebra del Oriente, las flotas unidas de las dos excelsas civilizaciones del Occidente representaban sencillamente la usura armada.

Esto era así en realidad. Oficialmente, sin embargo, los acorazados estaban allí haciendo una demostración naval, de hecho realizando una intervención extranjera, porque se habían dado ciertos casos en Egipto, y el Khedive se había declarado *coaccionado*. Todos los que conocen la historia contemporánea de Portugal y de otros curiosos países constitucionales saben lo que significa esta deliciosa frase:

¡El Rey está coaccionado!... Esto quiere decir que Su Majestad se halla en Palacio cercado de un populacho taciturno, que agarró chuzos, enarboló una bandera en lo alto de un palo, y vino a imponer esta fórmula prodigiosamente desagradable para el Rey: disminución de autoridad regia y aumento de libertad pública...

Si el Rey conserva detrás del palacio algunos regimientos fieles, se endosa en ese momento el uniforme de generalísimo y manda acuchillar a su pueblo; si desgraciadamente, por el contrario, los soldados están unidos a los ciudadanos, entonces el Rey *se declara coaccionado*, y pide a un rey vecino, más fuerte y menos agobiado, que le mande una división *para restablecer el orden*; esto es, para asegurar a Su Majestad su suma intacta de autoridad regia, dispersando a tiros la tentativa de libertad pública. Esto hoy, realmente, ya no se usa en Europa; pero en Oriente, a lo que parece, es aún un método muy decente de calmar los descontentos nacionales...

El Khedive, ese excelente y pacato mozo, había sido víctima de un *pronunciamiento* (1) planeado a la manera española, pero puesto en escena a la moda turca. Un coronel, Arabi-Bey, que en breve iba a ser el famoso Arabi-Pachá, se presentó con otros oficiales en el palacio, y después del *salamalek*, que en la etiqueta turca consiste en besar devotamente

(1) Está en español en el original portugués porque *pronunciamiento* es una de nuestras más típicas palabras castellanas intraducibles a cualquier otro idioma.—*Nota del Traductor.*

la solapa del abrigo del Khedive—como nosotros en Lisboa besamos la túnica de San Antonio—, recordó Su Alteza la necesidad de hacer reformas; algunas puramente militares y en provecho de los coroneles; otras políticas, para bien del gran populacho *fellah*, y tan amplias, que constituían un cambio de régimen...

Su Alteza escuchó y murmuró aquellas frases sobre *el amor de la nación y la felicidad de los súbditos*, que el ceremonial indica en las ocasiones de confusión regia, y pareció tan satisfecho con el interés que aquellos oficiales tomaban por la prosperidad del valle del Nilo, que les recompensó a la manera oriental, convidándolos a un banquete. En torno de la festiva mesa, la cordialidad fué grande; espumeó el *champagne* contra las prescripciones del Alcorán y entre el sabor de las trufas y el aroma de los ramilletes, el porvenir de Egipto apareció color de rosa... El café fué servido en los jardines, y cuando de un lado entraban los escuderos con los licores..., del otro surgieron esbirros con cadenas... Arabi y sus camaradas, llevando aún en la boca el último cigarro puro que les había ofrecido Su Alteza, fueron conducidos a las pajas de la cárcel...

No hay nada más delicioso... ni más turco... ¡Europa entera, a quien agrada la energía, aplaudió con estrépito la energía de Su Alteza!...

EL DESQUITE DE ARABI.—REFORMADORES Y CORONELES.—EL PROGRAMA FELLAH.—LA CONFERENCIA DE CONSTANTINOPLA.—LA CONFUSION DEL GRAN TURCO.
LAS ESCUADRAS

El Khedive tuvo en seguida algunos tranquilos días de triunfo.

Al abrir su *Times* y su *Journal des Débats* (porque este príncipe es ilustrado) podía regocijarse viendo que esos dos ponderados órganos de la opinión europea le consideraban un potentado, enérgico y lleno de fibra, como cumple a un descendiente del gran Mehemet-Ali, vivamente celoso de sus derechos, sabiendo mantener el orden en sus Estados con dos manos de hierro, digno, en fin, de la simpatía de las potencias.

Una mañana, no obstante, el palacio apareció cercado de tropas (doce mil hombres con diez y ocho piezas de artillería), suplicando a Su Alteza que soltase a Arabi y le confiase el Ministerio de la Guerra. Y daban esta razón honrosa ante la lógica árabe: que aprobando el ejército las reformas de Arabi-Bey, entendía que él las ejecutaría mucho más confortablemente sentado en la poltrona de ministro de la Guerra que estirado en las pajas de la cárcel.

El Khedive, que tal vez acababa de saborear en *The Times* una glorificación más de su energía, se conformó, y declaró que siempre respetaría a Arabi. Allí mismo, sobre la rodilla, le nombró Pachá; Arabi-Pachá pasó de la mazmorra al Poder al son de las bandas marciales...

En tales circunstancias, un caudillo europeo lanza su programa tan ruidoso, tan brillante, subiendo tan alto en el cielo del progreso como los cohetes que estallan en ese día, y del cual queda sólo ordinariamente, como de los cohetes, un tizón apagado. Y estamos tan acostumbrados a estas cosas aquí en estas regiones privilegiadas, donde la locomotora silba, que las gacetas sesudas comenzaron a desconfiar de Arabi desde el momento en que no le vieron adelantarse con su programa en las manos... No lo tenía...

En país musulmán, bajo la ley del Alcorán, no los hay; y ¿no era por lo demás natural que un soldado egipcio (como dijo con zafia e innecesaria ironía el Sr. Gambetta) hubiese encontrado por casualidad *principios del ochenta y nueve inéditos* en los sarcófagos de los Faraones?... No, seguramente. Pero Arabi traía tres o cuatro ideas que, si hubiese una Europa decente que le permitiese la realización, podían ser el comienzo de un nuevo Egipto, un Egipto poseyéndose a sí mismo, un Egipto gobernándose a sí mismo, un *Egipto para los egipcios*; no una raza esclava enfeudada a la familia de Mehemet-Ali, mucho menos un refectorio franco para los colonizadores europeos...

A mi ver, lo que impidió siempre que Arabi fuc-

se un reformador, era el ser coronel *fellah*, hijo de *fellah*, nacido en una de esas tristes aldeas—montones de chozas hechas de hojas secas—que negrean a lo largo del Nilo... Habiendo vivido en la abyecta miseria de los *fellahs*—la peor que existe sobre la tierra—, él, más que nadie, tenía derecho a levantarse en nombre de los largos agravios del *fellah*... Pero al mismo tiempo Arabi era un soldado que había ganado sus puestos en las prolongadas guarniciones del Alto Egipto y en las campañas del Sudán, que había vuelto de allí con todo el orgullo del uniforme y toda la pedantería del sable, no sólo empapado de militarismo, sino enfrascado en milicias; y, por lo tanto, dispuesto, ya que su voz resonaba tan alta, a ponerla al servicio de las pretensiones del ejército... El representaba, por origen y por profesión, las dos grandes castas del pueblo egipcio: el soldado y el *fellah*; y desde el momento en que entre los egoístas, los voluptuosos, los esclavos y los interesados, él pareció ser el único hombre que en Egipto se arriesgaba de buen grado, por sus ideas, al destierro y a la cárcel—se convirtió bien aprisa y muy naturalmente en jefe del *partido popular*, que quería las grandes reformas nacionales, y por la misma razón, en caudillo, del *partido militar*, que sólo apetecía ventajas de clase... Así en Arabi el patriotismo se confundía desgraciadamente con la insubordinación...

En sus reformas se encontraban en una triste mezcla, al lado de ideas amplias y liberales, conteniendo la reivindicación de los derechos del trabajador las más especiosas exigencias del cuartel,

revelando al oficial rebelde... Con el mismo entusiasmo y como si las dos cosas tuviesen igual valor en la obra de la regeneración de Egipto, pedía una constitución parlamentaria—y aumento de sueldo y subida de puesto para los coroneles, sus camaradas. ¿Qué aconteció?... Que en Europa, aquellos que deseaban la continuación del régimen Khedival (empresa financiera de donde salían considerables dividendos) hicieron tanto ruido en torno de las escandalosas pretensiones de la tropa, que no dejaron escuchar las justas peticiones del pueblo y desacreditaron fácilmente a Arabi, ocultando su buen aspecto de patriota y poniendo de relieve su aspecto feo de coronel turbulento...

Toda revolución dirigida por coroneles es justamente sospechosa a nuestro moderno espíritu europeo; pero Arabi es un egipcio, y en Egipto, donde el pueblo *fellah*, a pesar de ser tan inteligente como cualquiera de nuestras plebes, es poco más que una irresponsable horda de esclavos, y donde el ejército constituye la clase culta, la obra de progreso ha de ser hecha necesariamente por el soldado... En Europa, sin embargo, no se sabe esto, o más bien se finge no saberlo... Las exigencias del cuarto de banderas (1) dejaron en la sombra las

(1) *As exigencias da tarimba*, dice Eça. *Tarimba* es literalmente la tarima o estrado en que duermen los soldados en las garitas de centinela; en sentido figurado significa en Portugal el servicio militar, la vida de cuartel; yo lo traduzco por la locución más aproximada que hay en castellano: "cuarto de banderas", con la cual suele designarse el influjo del elemento militar.—N. del T.

reclamaciones de la cabaña, y Arabi perdió en Europa la autoridad que podía tener como jefe de los *fellahs* por hablar con la espada en la mano entre un cuadro de soldados...

Seguramente Arabi no es un Mazzini ni un Luis Blanc. Es un árabe del antiguo tipo, que sólo leyó un libro: el Alcorán. Pero como hombre posee cualidades de inteligencia, de corazón, de carácter, que no osan negar aquellos mismos que lo están combatiendo brutalmente... Y como patriota está a la altura de los grandes patriotas; había ciertamente en Egipto mucho egipcio que abominaba del sórdido régimen Khedival, y sufría de ver el rico valle del Nilo devorado por el extranjero, como antaño por las langostas; pero esos se limitaban a encojarse tristemente de hombros invocando el nombre de Allah...

Este fué el primero que entendió que Allah, a pesar de ser grande y fuerte, no puede atender a todo, y que, por lo tanto, se resolvió a sacar la espada en nombre del *fellah* contra la opresión coaligada de los pachás turcos y de los usureros cristianos...

¿Cuáles eran, en suma, las reformas de Arabi, ese monstruo de sedición?...

Arabi quería, en primer lugar, el fin de la autoridad absoluta del Khedive, y el Egipto gobernado por una Asamblea elegida; y como consecuencia de ese nuevo régimen, una reforma radical en el uso de los dineros públicos, que hasta allí iban a parar en parte a la corte del Khedive, en parte al harem del Sultán, señor soberano de Egipto, en

parte a las cohortes compactas de funcionarios extranjeros, en parte, en una gran parte, para pagar los cupones de la deuda en París y en Londres, quedando tan poco para las necesidades del país, que hacía dos años que casi no se daba sueldo al ejército...

Arabi no negaba la deuda exterior, contraída por ese espléndido perdulario que fué Ismail-Pachá, aunque reconocida por la nación y garantizada por su honor; pero no admitía que Francia e Inglaterra estuviesen instaladas en El Cairo, al borde de los cofres, esperando la llegada del impuesto para apoderarse de una parte leonina; de tal suerte que, para satisfacer la voracidad del acreedor europeo, se abrumaba con tributos al *fellah*, que, por más que se extenuase día y noche, tenía que recurrir por fin al usurero europeo. ¡Cosa estupenda!... Europa se presentaba oficialmente como acreedora, y para hacerse embolsar, proveía secretamente al usurero.

Pero el punto delicado de las reformas de Arabi era en lo que se referían a la situación de los extranjeros en Egipto. Había ahí pretensiones monstruosas... Arabi exigía que se aboliese el privilegio por el cual los extranjeros establecidos en Egipto y enriquecidos en Egipto no pagan impuesto. El desalmado quería que no hubiese esos tribunales de excepción para los extranjeros que, bajo el nombre de *tribunales mixtos*, distribuyen dos justicias: una de miel para el europeo, otra de hiel para el árabe... En fin, ese hombre fatal pretendía que los empleos públicos no fuesen dados exclusivamente a extranjeros y que no se pagasen anualmente, como

se pagaban, más de *tres millones de duros* de buen dinero egipcio a franceses, ingleses e italianos, apoltronados en sinecuras por todas las oficinas del valle del Nilo, y casi todos tan útiles al Estado como aquel inglés que, con una carta de recomendación de lord Palmerston, fué nombrado coronel del ejército egipcio, y al cabo de nueve años, después de haber recibido cerca de 80.000 duros de sueldos, aun no había visto su regimiento, y *ni siquiera tenía uniforme*...

Tales eran, en resumen, las abominables ideas de Arabi, y no se imagina fácilmente la apoplética indignación que causaron a la Francia republicana y a la libre Inglaterra. Arabi fué considerado como una fiera. En la Bolsa de París, en el *Stock-exchange* de Londres, donde los fondos egipcios habían bajado, se pedía con energía la supresión inmediata de ese inicuo aventurero...

Los gritos estridentes de los extranjeros en Egipto, amenazados en sus personas y en sus privilegios, enternecían a Europa... Las potencias occidentales *cambiaron impresiones*, según la hedionda frase diplomática, y se convino en que Egipto *estaba en la anarquía*. El Khedive, ese ya se había declarado *coaccionado*, y urgía *descoaccionar* rápidamente a ese amable príncipe, tan suave para el extranjero. Inglaterra y Francia (países que dicen tener intereses superiores en Egipto) mandaron sus escuadras a las aguas de Alejandría para aterrar a Arabi. Puede preguntarse hasta qué punto seis acorazados, sin tropas de desembarco y anclados en una bahía, conseguirían apurar a un ministro de la Guerra,

seguro en El Cairo, a diez horas de ferrocarril, rodeado de 20.000 hombres de tropas regulares, apoyado por cuatro millones de población *fellah*, aliado a los grandes jefes beduinos y santificado por la aprobación religiosa de los Ulemas...

Hoy, aquellos mismos que aconsejaron esa manifestación, como el *Times*, confiesan, con rubor en las columnas, que fué una insensatez. De todos modos se emprendió, y fué acompañada de un documento, de un papelucho diplomático que, por el intenso tono cómico de su contenido, parecía arrancado a alguna farsa descabellada de Labiche... Ese escrito, presentado previamente por los cónsules de Francia e Inglaterra, intimaba al Khedive a que hiciese dimitir a Arabi y lo desterrase hacia el Alto Egipto, más allá de las cataratas del Nilo, conservándole, para no descontentarle del todo, en sus honores de Pachá y en sus sueldos de coronel... ¿No sentís aquí, amigos, toda la locura de un *vaudeville*?...

De un lado, el Khedive, abandonado en el palacio, envuelto en una revolución victoriosa, refugiado en la equívoca fidelidad de algunos ayudantes de campo y de algunos eunucos; del otro lado, Arabi, teniendo a su lado el ejército, la nación, el desierto y las mezquitas. ¡Y Europa sugiere a aquel Khedive que destierre a la Nubia a este Arabi!... ¿Conocéis cosa alguna que reclame más la inspiración del llorado Offenbach? Los diarios ingleses confiesan hoy también entre dientes que el papelucho era estúpido... ¡Vaya si lo era!... Ahí están viendo el resultado: Arabi se encogió de hombros, se adjudicó el Ministerio de Marina y substituyó a algunos de los otros

ministros, antiguos familiares del Khedive, por hombres suyos, gente de fibra y de arranque...

Ante esta respuesta dada a su *ultimátum*, Europa quedó, si me es lícito este dicho irreverente, *con las orejas gachas*... Y entonces tomó la decisión de las grandes crisis: delegó diplomáticos que se sentaran en torno de una mesa de paño verde y enterraran pensativamente la cabeza entre las manos... Llamóse a esto la *Conferencia de Constantinopla*. Su fin, muy loable, era *resolver la cuestión de Egipto*.

Y allí está aún, fina y sutil, sin resolver... Alejandría ardió, dejó de existir; el Canal de Suez está custodiado por cañoneros ingleses; el general Sir Garnet Wolseley marcha sobre El Cairo, la tierra de Egipto es tierra británica, ¡y aún está ahí la cuestión sin resolver!...

¡Cuánta habilidad en aquella asamblea!... ¡Cuánta autoridad en aquella asamblea!... Aun está ahí, a la orilla de las aguas dulces del Bósforo, en torno de la mesa de paño verde, con la cabeza enterrada entre los puños...

Después de reunida la *Conferencia*, Europa, naturalmente, se acordó de que Egipto es aún una dependencia de los estados del Sultán, paga tributo al Sultán, y que, por lo tanto, al Sultán competía ir a restablecer el orden en sus agitados dominios...

Cuestión obscura y embrollada esta de las relaciones de Egipto con Turquía... ¿Es el Khedive un príncipe vasallo? La diplomacia vacila. Por una parte, los Khedives se suceden por herencia, tienen ejército, arman marina, acuñan moneda, declaran guerras, hacen tratados; por otra parte, pagan tri-

butos... Pero ¿constituye esto una afirmación de vasallaje del Pachá al Sultán?... ¿Es una simple ofrenda de Príncipe musulmán al Jefe del Islam, como el regalo que el Rey católico de España manda todos los años al Papa?... ¿Es una prestación anual de tremenda suma porque Mehemet-Alí y luego Ismail-Pachá compraron a los Osmanlis su independencia?... ¿Es, sencillamente, una propina?... Sea como fuese, el tributo existe; y fundado en él, Europa apeló al Sultán... Arabi, buen creyente, debía venerar al Sultán; el Sultán, buen padre, podía exterminar a Arabi. Y aquí comienza la famosa comedia de las vacilaciones del Sultán...

Por una parte, el Sultán desearía mandar tropas a Egipto, ocuparlo con el pretexto de tranquilizarlo y de volver a hacer de él una provincia turca, un *pachalato* dependiente del serrallo, tal cual era antes de Mehemet-Alí, cuando en la riqueza del valle del Nilo estaba el verdadero tesoro de los califas; por otra parte, sin embargo, el Sultán no quería desembarcar en Egipto como cabo de policía de Europa, por la sencilla razón de que, previendo este caso, los *ulemas* de la mezquita de El-Azhar—el gran centro religioso y el gran centro letrado del Islam, el Vaticano y la Sorbona del Oriente a la vez, poseyendo en el mundo musulmán una autoridad igual a la de un Concilio en el mundo católico—habían declarado que si el Sultán, en nombre de la Europa cristiana, se declaraba en armas contra gente mahometana, se convertía *ipso facto* en apóstata e *ipso facto* perdía el califato... Por una parte, también el Sultán, habiendo recibido de Arabi, según se dice, promesas de

destituir al Khedive y proclamar en su lugar a Helim-Pachá, que es en Constantinopla el consejero y el favorito del serrallo, conspiraba con Arabi contra el Khedive; pero, por otra parte, tenía noticia de las inteligencias de Arabi con el *Scherif* de la Meca, que, siendo el descendiente directo de Mahoma, posee mejor que el Sultán derechos al califato, y es apoyado en esta santa pretensión por todas las tribus de la Arabia; y temiendo que Arabi se convirtiese en autor de un cisma en el islamismo, el Sultán procuraba minarle la influencia creciente, y conspiraba así con el Khedive contra Arabi... Por otro lado, una vaga revolución constitucional en país musulmán, era odiosa al Sultán; pero por otro lado, la manera como Arabi, alma de ese movimiento, estaba tratando desde cierta altura a parte de la Europa coaligada, lisonjeaba profundamente su corazón turco. En fin, este jefe de los creyentes, digno de lástima, no sabía dónde había de dar con su cabeza imperial... No se piense por este ligero modo de hablar que yo no respeto al Sultán; Abdul-Hamid no es un califa del antiguo tipo—embrutecido por el uso de tres mil mujeres—; sino que es, según la expresión del príncipe Bismarck, “uno de los espíritus más finos de Europa”. Ahora bien, el príncipe de Bismarck es un buen entendedor, aunque a mi ver, dos cosas estropean esa famosa finura: primera, ser excesiva, de modo que Abdul-Hamid, la mayor parte de las veces, tropieza y queda enredado en la ingenua complicación de sus propios hilos; después, estar al servicio, no de ideas prácticas, sino de fantasías místicas, como la que se le atribuye de reno-

var, en el orden espiritual y en su provecho, el imperio profético de Mahoma...

Por fin, instado por Europa a intervenir en Egipto, y no queriendo que Europa interviniese, porque eso sería la pérdida de su pingüe tributo anual, el Sultán decidióse a enviar a Dervich-Pachá, una vieja raposa podrida de mañas, con la misión de hacer volver a Arabi al redil de los humildes... Pero apenas Dervich-Pachá comenzaba esta operación, he aquí que el Sultán, inquieto, viendo a Arabi y al *Scherif* de la Meca con las manos juntas sobre el sepulcro del Profeta, remite a Arabi la gran orden del Medjidieh, la más noble condecoración turca, el favor supremo que puede caer de las manos del Califa, acompañada de una florida carta de amistad y de una espléndida placa de diamantes...

Todo esto da la medida de la confusión del Gran Turco... Arabi, glorificado así por el Califa, resplandeció a los ojos del mundo musulmán con un prestigio mayor; Dervich-Pachá, un instante aturdido, redobló su duplicidad; y hubo entonces, entre Dervich y Arabi, y el Khedive y el Sultán, y las Potencias y los cónsules, y los pachás y los coroneles, una intriga tan enmarañada, que yo preferiría hacerles un resumen lúcido de los veinticinco volúmenes de las *Hazañas de Rocambole* que penetrar en la espesura inextricable de este embrollo turcoeuropeo; una de esas intrigas fastidiosas que deben enervar y hacer llorar de hastío y de fatiga a la Providencia, si ella, como afirman los filósofos que están en su intimidad, se ve obligada a observar minuciosamente

todos los sucesos humanos... ¡Cuánto debe el hombre hacer bostezar a Dios con su tontería!...

Durante estos sucesos, mientras Europa se zambullía en el atolladero diplomático, las dos escuadras de Francia y de Inglaterra, allí continuaban delante de Alejandría *manifestándose*... Desde el alborear del sol hasta el ocaso, inmóviles en las aguas tranquilas, con las camisolas de la marinería secándose en las vergas, allí estaban *manifestándose*...

Los oficiales reposaban de vez en cuando de esta rígida actitud de *manifestación*, arreglando un *picnic* en tierra, yendo a hacer un *robber* de *whist* al club inglés u organizando, bajo las sombras de los jardines de Ramleh, honestas partidas de *cricket*...



III

EPISODIO ORIENTAL.—MUSULMANES Y CRISTIANOS.—UN
ESTERCOLERO SOCIAL.—OPINIONES DE MESA REDONDA.
LOS FUNCIONARIOS EUROPEOS EN EL CAIRO.—LAS DEU-
DAS DE ISMAIL-PACHA.—EL DÍA 11 DE JUNIO

Hallándose así las cosas, amaneció el día 11 de Junio, que de ahora en adelante en la Historia—en ese corto instante de notoriedad humana que enfáticamente se llama *la Historia*—será conocido por esta frase: *la matanza de Alejandría* (1).

El primer episodio oriental que vi al desembarcar hace doce años en Alejandría fué éste: en el muelle de la Aduana, deslumbrador bajo la luz tórrida, un empleado europeo—europeo por el tipo, por la levita, por el gorro galoneado, sobre todo—estaba arrancando la piel de las costillas de un árabe con aquel látigo de nervio de hipópótamo que

(1) Eça de Queiroz escribe textualmente: *Será conhecido por este gallicismo: O MASSACRE DE ALEXANDRIA*. Eça emplea realmente la palabra francesa *massacre* (del verbo *massacrer*, degollar, matar); mas al no conservarlo yo, claro es que no traduzco literalmente el párrafo. Pero advierto al lector, porque hay tales cazadores furtivos por estos cotos de las letras que aun de esto pudieran sacar partido.—*N. del T.*

CARTAS DE INGLATERRA

allá llaman *courbach* y que es en Egipto el símbolo oficial de la autoridad.

En derredor, sin que ese espectáculo pareciese desusado o escandaloso, algunos árabes transportaban fardos; otros empleados galoneados, con el látigo en la mano, daban órdenes entre el humo del cigarro...

Saciado o cansado, el hombre del *courbach*, que era un enclenque, dió un postrer puntapié en la anatomía posterior del árabe, como quien al final de un período escrito con inspiración, coloca su punto final; y volviéndose hacia mi compañero y hacia mí, nos ofreció, con el gorro en la mano, sus respetuosos servicios. Era un italiano y era encantador... Entre tanto el árabe (que era, como casi todos los *fellahs*, un hombre soberbio, de formas esculturales), después de haberse sacudido como un terranova al salir del agua, fué a agacharse en un rincón, con los ojos relucientes como brasas, pero quieto y fatalista, pensando sin duda que Allah es grande en los cielos, y necesario en la tierra el *courbach* del extranjero...

Cuando, en el día 11 de Junio, yo leí esos telegramas, atravesados de pánico, en que se anunciaba a Europa que la población árabe degollaba a los europeos en las calles de Alejandría, no sé por qué volví a ver el muelle de la Aduana, el italiano servicial de gorro galoneado, el *courbach* estallando en las espaldas oscuras del árabe... Esto no está traído como alegoría para decir que las relaciones de los europeos y de los egipcios se reducían a estas dos actitudes: un brazo con manga de paño fino levantando el *cour-*

bach y un dorso semidesnudo esperando la paliza; mucho menos quiero insinuar que la matanza del día 11 de Junio fuese la tardía venganza de estas brutalidades burocráticas...

Egipto no es Sierra Leona, y la media luna aun no anda tan a rastras que consienta en ser sistemáticamente apaleada por la cruz... Pero la verdad es que en Egipto cualquier empleado europeo de la Aduana, de los muelles o de los ferrocarriles, que no osaría levantar la mano a cualquier mozo de cuerda europeo, sacudía la piel de un egipcio tan naturalmente y con tanta indiferencia como se sacude una mosca importuna.

Es que el europeo de Alejandría consideraba al *fellah* egipcio como un ser de raza ínfima, incivilizable, mero animal de trabajo, poco diferente del ganado, y si tuviera el estilo de La Bruyère, lo describiría como La Bruyère describía a los aldeanos del tiempo de Luis XIV: "Bultos oscuros, encorvados sobre la tierra y teniendo la vaga apariencia de seres humanos..."

En estas condiciones de desprecio, se emplea fácilmente el *courbach*, e invariablemente la insolencia. Y adviértase que el europeo no tenía mucho más respeto por el egipcio de las clases superiores o cultas. Cualquier amanuense de Consulado se juzgaría herido en su dignidad de europeo si cediese el paso al más viejo y noble *scheik*, señor de diez tribus y descendiente del Profeta; y el más insignificante empleado de Telégrafos, lector del *Figaro*, no sentiría sino desdén por los sabios doctores de la Universi-

dad de El-Azhar, que no van al café a leer *El Figaro* y saben poco de telegrafía...

Pero este absurdo desprecio por una noble raza, a la que la civilización tanto debe, no se manifestaba solamente entre los europeos de Alejandría, colonia de aluvión, formada por los detritus de las poblaciones del Mediterráneo... ¿No oímos nosotros hace días al propio Sr. Gambetta declarar desde la tribuna de la Cámara francesa, ese Sinái de la burguesía, que el pueblo egipcio sólo podía ser gobernado a latigazos?...

La complicada abundancia de nuestra civilización material, nuestras máquinas, nuestros teléfonos, nuestra luz eléctrica, nos han tornado intolerablemente pedantes; estamos dispuestos a considerar despreciable una raza desde el momento en que no sabe fabricar pianos Erard; y si hay en alguna parte un pueblo que no posea como nosotros el talento de componer óperas cómicas, lo declaramos *ipso facto* condenado para siempre a la esclavitud...

Por otra parte, los egipcios miraban al europeo como la última y más terrible plaga de Egipto, otra invasión de langostas descendiendo—no del cielo, donde ruge la cólera de Jehovah, sino de los vapores del Mediterráneo con su sombrerera en la mano—para extenderse y devorar las riquezas del valle del Nilo... Y este prejuicio no es especial de las clases incultas: el Pachá mejor informado, educado en Francia, leyendo, como nosotros, la *Revista de Ambos Mundos*, nunca reconocerá lo que debe Egipto a la energía, a la ciencia, al capital europeo; para él como para el último borriquero de las plazas del Cai-

ro, el europeo es más que el intruso: es *el entru-
chón* (1).

El árabe, en modo alguno se juzga inferior a nosotros; nuestras industrias, nuestras invenciones no le deslumbran; y estoy hasta por creer que, desde el tranquilo reposo de sus harems, el gran ruido que hacemos sobre la tierra le parece vana agitación. Siente por nosotros el asombro mezclado de desdén que puede sentir un filósofo viendo trabajar a un prestidigitador... El pensador dice para sus adentros que no es capaz de equilibrar una espingarda sobre la nariz, y lo lamenta; pero se consuela reflexionando que el saltimbaqui no es capaz de coordinar dos ideas... Así, el musulmán admira un momento nuestro gas, nuestros aparatos, nuestros acordeones, todo nuestro genio mecánico; después rás-case la barba, sonrío y piensa para sus adentros: "Todo aquello prueba paciencia e ingenio; pero yo tengo dentro de mí algo mejor y superior aún al vapor y a la electricidad: es la perfección moral que me da la ley de Mahoma."

Por lo demás (y nosotros los portugueses lo sabemos por las jácaras (2) de nuestra mocedad), siem-

(1) El *intrujão*, palabra portuguesa muy empleada en aquel país, corresponde a nuestro arcaico *entru-
chón*, voz hoy poco usada o usada familiarmente entre campesinos; el que hace entruchadas, el que se confabula con algunos para urdir engaños o tretas torpes.—*N. del T.*

(2) La *jácara* en castellano, *xacara* en portugués, del árabe *zácar*—narración de un caso memorable—, es género poético de romance alegre y también significa música para cantar o bailar. En España ya vamos empleando poco, ra-

pre la media luna detestó a la cruz; y puede imaginarse cuáles son sus sentimientos, ahora que la cruz, en vez de combatirla como paladín, la explota como usurero.

Si en ciudades como Damasco o Beyrouth el europeo, turista inofensivo, que pasa con la bolsa abierta, excita miradas y murmullos de odio, sólo porque en él todo es diferente, desde los dogmas de su religión hasta la forma de su sombrero; calcúlese lo que ocurrirá en ciudades como Alejandría o Túnez, donde el europeo no es turista amable que distribuye propinas, sino agente solícito que viene a instalarse allí como en tierra que conquistase para redondear en seguida un peculio, bajo la bandera de su cónsul...

Añádase que en Egipto el europeo aparecía a los ojos del árabe con el carácter odioso de un privilegiado. Una cosa resultaba intolerable: que el europeo se apoderase de todos los puestos, de todos, desde las pingües sinecuras hasta los diminutos empleos de cien francos por mes... Vacaba un oscuro puesto de cartero o de telegrafista; y concurrían, de un lado, un árabe honesto y activo; del otro, un truhán de nacionalidad griega o maltesa. ¿A quién se daba el empleo? Al truhán...

Este sistema, fecundo al principio, cuando Egipto era una bárbara provincia turca, y los europeos llamados eran hombres de saber especial y de integri-

rísima vez, esta palabra, tan linda, tan arábica y de tan recia contextura peninsular; no así en Portugal, donde no ha caído en desuso como entre nosotros y donde se emplea frecuentemente.—*N. del T.*

dad, comenzó en tiempo de Mehemet-Alí, que intentaba hacer una nación sobre las ruinas de un pachalato, y que convidaba para esa obra a la ciencia y al capital europeo; continuó después con Said-Pachá, ese delicioso *bon vivant*, tan francés que pasaba los días haciendo *calembourgs*, y que no admitía en derredor de sí y en las oficinas del Estado sino caballeros capaces de apreciar el *Charivari*; pero la gran invasión de empleados europeos consumóse en tiempo de Ismail-Pachá, que aceptaba todo lo que venía de Europa, los especialistas y los vagos, los que traían una idea y los que sólo traían deudas...

Egipto renovó entonces la vieja leyenda de El Dorado. Quien en París, o en Londres, o en Roma, se veía perseguido por los acreedores, con la última levita rozándose por los codos, y sin poder volver a su *Club*, por deber diez francos al portero, obtenía de un diplomático o de un príncipe una carta de recomendación para el Khedive y tomaba el vapor de Alejandría...

Allí, en los primeros días, tenía el hotel pagado por Su Alteza; a fin de mes, un empleo dado por Su Alteza... Cualquier cosa: si era un viejo tenor de ópera, ya sin voz, nombrábasele coronel de caballería; si era un militar desacreditado, se le despachaba para inspector de escuelas... Quien no podía alcanzar una carta para el Khedive, iba a arrojarle a los pies del cónsul. Quien no osaba presentarse al cónsul, empleaba las influencias transversales del palacio, las más poderosas: los eunucos, los cocineros, las bailarinas... El empleo llegaba, fácil y pingüe. El *fellah* pagaba a toda esta cuadrilla...

Pero lo peor aún eran los funcionarios superiores que las potencias instalaban en el interior de la administración egipcia; tan celosas unas de otras se mostraban que, si, por ejemplo, Francia conseguía acomodar a un francés en la Dirección general de Hacienda, luego Inglaterra, para contrapesar esa partícula de influencia, empujaba a un inglés dentro del Estado Mayor de la Marina; y a su vez Italia, ya desconfiada, metía a la fuerza a un hijastro de Roma en la Dirección general de Instrucción pública... Algunos de estos caballeros tenían sin duda habilidades de especialistas; pero su abundancia misma entorpecía el movimiento de la máquina administrativa... Está hoy probado que el Khedive, cediendo a estas presiones, estaba obligado a *tener seis empleados para hacer el sencillo trabajo de uno*... Todo este mundo formaba un estado dentro del Estado.

En sus oficinas de Hacienda, en sus Tribunales, en sus Estados Mayores, en sus Comisiones, en todos los escondrijos de su administración, Egipto sólo veía semblantes extranjeros, sólo escuchaba idiomas extranjeros, sólo sentía intereses extranjeros, y el dinero egipcio mantenía a esta cohorte, que sólo estaba allí para anular la influencia egipcia... ¿Eran, al menos, útiles?...

El Cónsul general de los Estados Unidos cuenta en un libro reciente sobre Egipto, que había comido un día en El Cairo con seis empleados extranjeros, cuyos sueldos sumados ascendían anualmente a cerca de *cientos mil duros*!... En sus oficinas, la co-

rrespondencia, el registro, la contabilidad, todo se hacía en lengua árabe: ¡y ninguno de ellos sabía el árabe!

No había tal vez sobre la tierra peor población que la de Alejandría. Esa ciudad, que fuera antaño el refugio del saber y del lujo del Oriente, se había convertido en nuestros días, bajo el Khedive Ismail-Pachá, en el cajón de la basura de la Europa occidental. Todo el desecho humano de Grecia, de las islas del Archipiélago, de Italia, de Sicilia, de Marsella (¡y Dios sabe cuánto abundan en holgazanes estos bellos parajes clásicos!...), se vaciaba instintivamente sobre Alejandría, la inundaba, la convertía bajo su bello cielo azul fuerte, en un fétido estercolero social...

Bastaba atravesar una calle para comprender el conjunto de las costumbres. A cada esquina, un *café cantant*, poblado de una gentuza sucia, que grita, fuma en pipa, ingurgita aguardiente, mientras sobre el tablado, por detrás de la batería, una matrona despechugada y blanqueada de albayalde lanza roncamente un estribillo obsceno... De diez en diez casas, un lupanar, separado sólo de la calle por una simple cortina... Por todas partes, juego; un truhán trae una ruleta pequeña y un banco, y en medio de la calle instala la timba; en derredor apíñanse pronto otros truhanes, y de allí a poco la policía tiene que acudir porque corre la sangre...

El viajero de gusto y de educación tenía que huír muy aprisa de esta atmósfera y refugiarse en algún quieto café musulmán, a orillas del agua tranquila... Allí, al menos, sólo había árabes que fumaban gravemente su *chibouk*, hablaban entre sí con cortesía, conducíanse con dignidad...

¡Ah, parece que estoy viendo la primera mesa redonda a que me senté en Alejandría!... (1) Estaba presidida por un griego de tez lívida, de patillas relucientes como barniz de zapatos, con una cadena de oro sobre el cuello abierto, con brillantes tal vez legítimos, ¡en una camisa de ocho días!... ¡Ah, qué trucha!... ¡Qué bandido!... ¡Cómo había rodado aquel hombre por todas las trapacerías y por todos los libertinajes del litoral levantino!...

Lo bueno era oírle hablar de Egipto como de un país conquistado, tierra de ilotas que tenía la obligación de vestirle, de calzarle, de llenarle la bolsa a él y a los otros, que le aplaudían en torno de la mesa redonda, todos europeos, agentes, empleadotes, sim-

(1) Cuando hizo su viaje a Siria y Palestina y visitó Tierra Santa y Jerusalén, de la cual extrajo motivos admirables para su novela inmortal *A RELIQUIA*, para *A Morte de Jesús*, contenida en *PROSAS BÁRBARAS* (véase la traducción hecha por mí en la *Biblioteca Nueva* y el volumen titulado *ULTIMOS ENSAYOS*, en la misma Biblioteca), y para algunas otras alusiones en diversos trabajos—como esta visión de Alejandría que orna estas páginas. Fué en 1869, en Diciembre, acompañándole el Conde de Resende, con cuya hermana había de casar más tarde.. Alejandría aparece también, admirablemente vista, en *A RELIQUIA*.—*Nota del Traductor.*

ples holgazanes, todos con cadenas de oro en el reloj, con el cuello postizo muy abierto, la caraza resudando vicio, al hablar fanfarrón y una fachenda de garito...

—*L'arabe, monsieur*—decíame este equívoco personaje en un francés del Pireo—, *ce n'est qu'une infecte canaille!*

¡El infecto canalla eras tú, lívido griego!...

Es evidente que lo que hizo a Arabi más popular en Egipto fué su hostilidad al extranjero. ¡*Egipto para los egipcios!*... Esta frase, todo un programa, caló en lo hondo del alma del pueblo entero... Egipto para los egipcios: no para los empleados extranjeros ni para los usureros extranjeros...

¡Ah, esta cuestión de los acreedores! ¡La famosa cuestión de la deuda egipcia!... ¿En qué gastó Ismail-Pachá esos centenares de millones que Europa le prestó y que el pobre *fellah* está pagando?... En primer lugar, en la realización de una idea económica: convertir a Egipto, que es un país agrícola, en una nación industrial. Egipto producía azúcar; ¿por qué no la había de refinar? Poseía algodón, ¿por qué no lo había de tejer?... Y ahí comenzó, a fuerza de millones, a cubrir las márgenes del Nilo de esas colosales fábricas, de las cuales hoy sólo quedan ruinas; ruinas de hierro oxidado y de madera podrida, tan miserables y tan tristes—al lado de las bellas ruinas graníticas de los templos faraónicos, representando, como ellas, la servidumbre de un pueblo; pero por su fealdad, no pudiendo al menos servir, como ellas, ni para asunto de una acuarela...

La otra causa de la ruina del Khedive fué su pro-

digalidad. ¿Quién no conoce esa leyenda ilustre? ¿Quién no se acuerda de las fiestas del Canal de Suez? Allí cada capítulo del presupuesto se contó por millones. Dos millones para la iluminación de El Cairo. Cuatro millones para el banquete de Ismailia. Gastos con los dos mil convidados durante quince días en El Cairo y en el Canal... ¡setenta millones!... Para el champagne bebido en esas semanas de franchela: ¡dos millones! El *fellah* pagaba...

¿Eh?... Y yo que estoy aquí hablando, también lo bebí, ese champagne que era, en el fondo, el sudor del *fellah*, espumeante y azucarado. ¡También yo fuí huésped de Ismail-Pachá, a costa del *fellah!*... También yo... ¡Callémonos, cubramos la frente de ceniza, imploremos el perdón del *fellah!*...

El resultado de estas fantasías industriales, de estos lujos de Salomón... fué que Egipto se halló debiendo a Europa centenares de millones, por los cuales pagaba un interés de *siete por ciento*; y como burguesa prudente que vela por sus intereses, Europa habíase encargado poco a poco de la administración de Egipto...

Cuando Arabi quiso modificar este sistema, que convertía al pueblo egipcio en una horda de siervos trabajando para los financieros de París y de Londres, las escuadras de Francia e Inglaterra aparecieron al punto, pidiendo el destierro de Arabi y el licenciamiento del Ejército, que era el instru-

mento y la fuerza del partido nacional... Los árabes vieron en esto un odioso abuso de fuerza, por querer Inglaterra y Francia mantener con balas los intereses de los poseedores de los títulos de la deuda egipcia y los privilegios de los intrusos...

Desde ese momento Arabi se convirtió en un libertador, y el Khedive, a quien las escuadras venían a proteger contra Arabi, pasó a ser el renegado, el traidor... Esta era la situación el día 11 de Junio. Alejandría se había convertido en un foco de excitación. En las mezquitas se predicaba con furor la cruzada contra el cristiano; en los bazares se hablaba del extranjero como del perro maldito, del ave de rapiña, peor que la langosta que devora las mieses en los campos fértiles del Nilo; y ya fuese el fanatismo que despertase, ya fuese la miseria que se quería vengar, todo buen musulmán se armaba...

En estas circunstancias de una riña de taberna puede nacer una guerra de razas. Y poco más o menos así sucedió... En la mañana del día 11, en la calle de las Hermanas, una de las más ricas del barrio europeo, un inglés, por una antigua costumbre, dió latigazos a un árabe; pero contra todas las tradiciones, el árabe contestó a palos... El inglés hizo fuego con un revólver... De allí a poco, el conflicto entre europeos y árabes, en pleno furor, formaba un gran tumulto en todo el barrio... Esto duró cinco horas; hasta que, por órdenes telegrafiadas del Cairo, la tropa, hasta entonces neutral, tranquilizó las calles... Y el resultado, bien inesperado, pero comprensible, en cuanto se

sabe que los árabes sólo tenían palos y que sólo los europeos tenían carabinas, fué este: cerca de cien europeos muertos, más de trescientos árabes diezmados... Los periódicos han llamado a esto *la matanza de los cristianos*; yo no quiero ser en modo alguno desagradable a mis hermanos en Cristo, pero recuerdo respetuosamente que esto debe llamarse *la matanza de los musulmanes*...

IV

LA FUGA DE LOS EUROPEOS.—EL GRAN SUEÑO INGLÉS.
EL "CASUS BELLI".—LA VESPERA DEL BOMBARDEO

Esta matanza de cristianos—para continuar dándole su remoquete diplomático—atrajo bruscamente hacia Egipto la atención del mundo que lee periódicos; y por eso debemos tener presentes y palpitanes—sin que sea menester rememorarlos detalladamente—todos los episodios que en una semana se desencadenaron unos sobre otros, como en una intriga de melodrama; la indignación excesiva y tumultuosa de Europa, excitada por el clamoreo y los gritos de la Prensa inglesa;—el desordenado pánico que se apoderó de los europeos residentes en Egipto, y el hecho, extraño aún en esta misma tierra de clásicos éxodos, de una colonia de más de cien mil almas abandonando de repente el suelo donde se había afincado desde muchas generaciones antes, dejando ocupaciones, intereses, empleos, casa y hacienda, precipitándose llena de pánico a los muelles de embarque, apiñándose en vapores, en buques de cabotaje, en lanchones, en cualquier cosa que pudiese flotar sobre el agua y huir de la tierra funesta, pagando a peso de oro el derecho de agazaparse en

CARTAS DE INGLATERRA

un rincón de la bodega—; la manera estupenda cómo Inglaterra, con oficiales de su Armada, organizó y dirigió esta nueva huida de los hebreos;—en fin, la llegada a Alejandría del Khedive, que había perdido toda su autoridad en El Cairo, y aprovechaba la oportunidad de cobijar los restos maltrechos de su realza bajo los cañones del almirante Seymour...

Arabi-Pachá, que se había erigido de hecho en dictador, corrió también a Alejandría, y su primera medida fué establecer tribunales de guerra para juzgar a los asesinos del día 11.

Nótese que no se trataba, ni por asomo, de castigar a los europeos que habían enviado *trescientos* musulmanes de esta tierra de miserias al paraíso de Allah, sino solamente a los musulmanes sospechosos de haber agredido a los cristianos. Aun así, los diarios ingleses vociferaron en seguida que no se podía tener confianza en la justicia, en la imparcialidad de los magistrados egipcios, tan hostiles al extranjero como el populacho, y que tales juicios no pasaban de ser una farsa, en la que los reos, que se mostraban un momento ante Europa cargados de cadenas postizas, eran después, entre bastidores, aclamados como excelentes patriotas...

Arabi-Pachá propuso entonces que estos Tribunales se compusiesen de jueces árabes y de oficiales ingleses. Esto indicaba un deseo vivo, casi una voracidad de justicia... Y en efecto, si el partido nacional, ahora omnipotente, no se mostraba severo, corría el riesgo de pasar por cómplice; y si sus reformas habían inspirado ya tanta antipatía a Eu-

ropa, ¿qué sería si a él pudieran atribuírsele tales atentados?...

Por lo demás, para un musulmán ortodoxo y fino como Arabi, toda violencia contra el extranjero, contra el huésped, constituye una violación de la ley sagrada. Arabi era sincero. Pero Inglaterra no aceptó sus proposiciones. Inglaterra estaba armada a bordo de sus acorazados y más que otra nación alguna había sufrido con los tumultos de Alejandría: su cónsul, brutalmente apaleado, estaba a la muerte; algunos de los oficiales de la escuadra habían sufrido en el uniforme, que es el orgullo de la Gran Bretaña; habían recibido el lodo y las piedras del populacho egipcio; la mayor parte de los europeos asesinados eran de nacionalidad inglesa; contra Inglaterra se había predicado la guerra santa en las mezquitas, en los bazares, hasta en las tiendas beduinas...

Pero Inglaterra, generosa y paternal, quería olvidar esas injurias... Era que no le convenía reconocer las atrocidades del día 11 como un simple y casual episodio del fanatismo musulmán, al que algunos grilletes y algunas cadenas pondrían término definitivamente; no le convenía desembarcar de los acorazados únicamente para ayudar a un tribunal a sentenciar a diez o doce foragidos...

Lo que a Inglaterra le convenía era atribuir a este conflicto local la magnitud de una anarquía nacional, y ofrecer o imponer su prestigio, no para castigar los tumultos de un barrio, sino para pacificar todo un país en desorden. Y así se regocijaba con la llegada de ese día tan apetecido, tan pacientemente

te esperado desde el comienzo del siglo, tan ansiosamente acechado desde la apertura del Canal de Suez, de ese día en que tenía al fin un pretexto para asentar en tierras egipcias su pie de hierro, esa enorme pata anglo-sajona que, una vez posada sobre territorio ajeno, sea una roca como Gibraltar, una punta de arena como Aden, una isla como Malta, o todo un mundo como la India, ninguna fuerza humana puede jamás separar ni mover.

Ya no se trataba de libertar al Khedive coaccionado, de defender los bolsillos de los tenedores del empréstito egipcio. Un interés más alto, ligado con los destinos del Imperio, surgía, dominándolo todo. *Egipto estaba en la anarquía*: luego competía a Inglaterra, paladín de la civilización, restablecer allí el orden, impedirle recaer en la barbarie. *Egipto estaba en la anarquía*: luego competía a Inglaterra, como gran potencia oriental, defender esa parte preciosa de tierra egipcia, el Canal de Suez, y evitar que cayese en manos de Arabi o de otro dictador musulmán, hostil a los beneficios de la civilización.

Es lo que, poco más o menos, respondía Inglaterra, muy en voz alta, para que el mundo oyese, cuando Arabi-Pachá la propuso una alianza judicial para castigar el crimen musulmán del día 11. "No (decía John Bull), no se trata del día 11. Olvidemos el día 11. Olvidémoslo como si fuese el 7. La cuestión es otra. *Egipto está en la anarquía*. ¡Es necesario salvar la civilización!"

Estas nobles palabras significaban, despojadas de sus atavíos humanitarios, que Inglaterra, con el pretexto de pacificar Egipto, desembarcaría en Alejan-

dría; ocuparía, con motivo de operaciones militares, Port-Said y Suez, las dos puertas del canal, y después, ¡después jamás, en esos puntos estratégicos del camino de la India, se arriaría la bandera inglesa!

Y hecho esto, quedaba realizado el gran sueño británico: posesión absoluta del camino a la India; John Bull haciendo centinela en todos los puertos sucesivos que conducen a su imperio de Oriente; a la entrada del Mediterráneo, Gibraltar, su roca inexpugnable; en el Mediterráneo, Malta y Chipre, dos islas, dos colosales depósitos de guerra; a la entrada del canal, Port-Said; al fin del canal, en la boca del Mar Rojo, Suez; a orillas del golfo Pérsico, Aden; y de aquí en adelante sus escuadras barriendo los mares...

Ante esta espléndida oportunidad se encontró Inglaterra, después de las matanzas de Alejandría; y habiendo en seguida declarado *oficialmente* a Egipto en la anarquía, sin pérdida de momento comenzó a armarse.

Y en medio de todo esto: ¿Europa? ¡Oh! ¡Inglaterra convidaba, con bellos ademanes de desinterés, a Europa para repartir con ella el honor de pacificar a Egipto! Pero sabía bien que ninguna de las potencias movería un soldado; ni la misma Francia, que tenía una flota en la bahía de Alejandría y había colaborado en las manifestaciones platónicas; Francia, gobernada por una democracia burguesa que se enriquece y convertida toda en una amplia casa de negocios, no quería por cosa alguna perturbar aquella paz tibia y dulce en que fructifica el Millón.

A más de esto, las potencias ya habían dejado a salvo su dignidad, sentándose en torno de la mesa verde de la conferencia, a orilla de las aguas luminosas del Bósforo, meditando con la cabeza entre las manos la solución de la cuestión egipcia. Y, en cuanto a lo demás, se estaban observando, armadas hasta los dientes, desconfiadas, celosas, odiándose, pero inmovilizadas recíprocamente por la propia magnitud de sus armamentos.

Francia recela de Alemania; Turquía teme a Prusia; Austria está contenida por ambas; Italia necesita la benevolencia de todas, y cada una a su vez tiembla ante el señor de Bismarck, el hediondo ogro, el Júpiter tonante del Olimpo diplomático, que, en su retiro de Varzín, torturado por toda clase de males, pasa parte del tiempo bajo la influencia de la morfina...

Por lo demás, que todos apetecían los despojos de Egipto, sólo puede dudarlo quien ignore los instintos de pillaje, de robo, de piratería que alberga siempre el alma de un pueblo civilizado; pero ninguna de las potencias es, como Inglaterra, una isla rodeada de un mar agitado, donde se mueve la mayor flota de la tierra; y apretadas en el estrecho continente, hombro contra hombro y espada contra espada, ninguna de ellas osaría dar un paso hacia Egipto, ante el temor de que el vecino le saltase a la garganta... Limitábanse por esto, llenas de rencor, a cambiar frases de diplomática dulzura, sentadas en la mesa de la *conferencia*...

Cuando, delante de una casa cerrada, los que quieren sus riquezas discuten, pluma en mano, la mejor

manera de entrar, la ventaja es para aquel que, en vez de una pluma, se provee de un hacha y súbitamente da el primer hachazo a la puerta. Fué lo que hizo Inglaterra. En tanto que los otros hacían planes *pro forma* encima de una cartera, ella hizo fuego sobre Alejandría. Solamente, que no se puede atacar una ciudad inofensiva sin un pretexto. E Inglaterra se vió, a falta de otro mejor, forzada a presentar uno tan malo, que, como decía la Asociación de Positivistas ingleses, en su protesta contra la invasión de Egipto, “su puerilidad sólo consigue aumentar su inmoralidad”.

Ante los armamentos de Inglaterra, Arabi-Pachá, si no comprendía las intenciones expoliadoras, debía, por lo menos, pensar que era contra él, contra el partido que él dirigía y contra las ideas que él encarnaba, contra quien Inglaterra se estaba preparando; y muy naturalmente, en expectativa de un ataque, organizó su defensa artillando los fuertes de Alejandría y emplazando baterías nuevas en la costa.

Fué esto de lo que protestó Inglaterra; y de esto hizo un *casus belli*, declarando que si las obras de fortificación no cesaban, destruiría los fuertes. Sin estar en guerra con Egipto, se consideraba con derecho a reunir delante de Alejandría una flota amenazadora; ¡pero no admitía que las autoridades de Alejandría reparasen siquiera las brechas de las viejas fortificaciones de Mehemed-Alí!

¿Qué explicaciones estupendas daba el señor Gladstone a Europa para justificar el *casus belli*? “Las baterías que Arabi levanta (decía él), los caño-

nes nuevos que monta, *ponen en peligro a los acorazados ingleses.*” ¿Y los acorazados no ponían en peligro los fuertes? Pero al lado de la escuadra inglesa estaban navíos de guerra franceses, alemanes, italianos, griegos, austriacos, tan expuestos a las balas de Arabi como los que ostentaban el pabellón británico... ¿y esos no se creían *en peligro*?...

¿Qué diría Inglaterra si el comandante de alguno de los acorazados franceses o alemanes, que a veces anclan en aguas de Portsmouth o de Southampton, prohibiese de repente al gobernador de una de estas plazas la continuación de las obras de defensa que se van perfeccionando incesantemente, con el pretexto de que tales baterías *podían hacer daño* al navío de su mando? Con tal precedente, los almirantes ingleses, que honran con frecuencia el humilde puerto de Lisboa con sus pabellones, estarían autorizados para exigir la destrucción de la torre de San Julián, del Bugio y de Belem. Se dirá que no es probable que el portugués, pacato y bonachón, haga fuego, y mucho menos sobre acorazados ingleses. De acuerdo. Pero ¿qué ganaría Arabi-Pachá con disparar por sorpresa algunas balas sobre la escuadra inglesa—y, por lo tanto, a las otras que estaban en el mismo fondeadero—sin atraer sobre sí, sobre su partido y sobre su país la pavorosa venganza de Europa entera, injuriada en todos sus pabellones?

Arabi hizo una cosa sutil: cedió, prometiendo interrumpir los trabajos de defensa. Inglaterra quedó decepcionada... Esta sumisión de Arabi desmoronaba su ingenioso plan.

Algunos periódicos, más cínicos e impacientes, lle-

gaban a aconsejar que no se respetase la palabra de un vil musulmán y que se *comenzase a bombardear*. El trabajo de la flota, entonces, fué vigilar incesantemente las fortificaciones, con la esperanza de descubrir algún zapador, con la azada al hombro, que desmintiese la promesa de Arabi. De noche, los acorazados proyectaban sobre la costa vivos rayos de luz eléctrica, moviéndolos lentamente a lo largo de las baterías, escudriñando ansiosamente los menores rincones, buscando el más leve vestigio de trabajo, aunque fuese un cesto de piedras olvidado; y así ocurrió que una noche—¡noche venturosa para el gobierno del Sr. Gladstone!—la escuadra descubrió dos soldados limpiando un viejo cañón. ¡Qué alivio para Inglaterra! Inmediatamente el almirante Seymour mandó este *ultimátum* a Toulba-Pachá, gobernador de la ciudad: “en el término de veinticuatro horas, los fuertes se entregarían a las tropas inglesas, o toda la línea de acorazados haría fuego sobre Alejandria.” A esto, realmente, sólo se puede contestar con la gran frase de Cambronne en Waterloo. Lamento que Arabi no la dijese: hubiera sido la segunda vez en la Historia que John Bull la recibiría en plena cara.

La víspera del bombardeo fué dramática. El almirante Seymour hizo salir de la bahía todos los buques mercantes; después, con la etiqueta de costumbre, invitó a los navíos de guerra de otras naciones a que se alejaran, llevando fuera de la línea de fuego la neutralidad de sus banderas. Esta larga procesión de acorazados de toda Europa, dejando con lentitud las aguas de Alejandria, para que Inglate-

rra pudiera libremente cometer su atentado, es descrita por los periódicos ingleses como llena de solemnidad y de ceremonial. Las salvas se sucedían: saludábanse unos a otros los pabellones almirantes. Los últimos en salir fueron los navíos franceses, los aliados en la *manifestación*, que, sea dicho en su honor, no quisieron ser aliados en el crimen; y la *tricolor* se alejó también, saludada por el almirante Seymour, entre los *hurrahs* de despedida de la tripulación y el estampido de la *Marsellesa*. La tarde estaba bella; todo era luz en la bahía; los minaretes de Alejandria blanqueaban sobre el azul... Magnífico espectáculo, sin duda; solamente, ¿qué pensarían de él los millares de pobres árabes, de mujeres y niños que lo contemplaban desde las alturas de la ciudad, y sobre los cuales iban a caer al día siguiente balas, metralla y bombas?

Por fin descendió la noche y salieron las estrellas; las aguas tranquilas reflejaban las luces de Alejandria, todo quedó en silencio en la bahía. Estaban solos, frente a frente, bajo la paz de los cielos, una gran escuadra inglesa y la ciudad inofensiva que aquélla, en la madrugada siguiente, para satisfacer la avaricia mercantil de un pueblo de tenderos, iba fríamente a arrasar.

DESPUES DEL BOMBARDEO.—LOS INCENDIOS.—LAS RESPONSABILIDADES.—UNA ALEJANDRIA INGLESA.—LA INVASION.—LA ACTITUD DE EUROPA.

El almirante Seymour, días antes, había declarado que en dos breves horas desmantelaría los fuertes de Alejandría... Sin embargo, ni aun al cabo de siete horas había podido hacer callar las baterías egipcias, y hasta una bomba vino a destruir la cámara del comandante del *Inflexible*.

Sir Beauchamp Seymour reconoció, en sus despachos al almirantazgo, "que los mejores artilleros de Europa se hubieran enorgullecido de tan heroica resistencia"... Pero ni valor, ni reductos, ni murallas de granito prevalecen contra esos negros monstruos que afrentan los mares: el *Monarca*, el *Alejandro*, el *Soberbio*, el *Sultán*, el *Invencible*, el *Minotauro* y tantos otros que allí estaban; movedizos castillos de hierro servidos por la fuerza combinada del vapor, de la hidráulica y de la electricidad, devastadores como un cataclismo y exactos como una ciencia...

¡Pobres fortalezas de Mehemet-Alí!... Fué la vieja fábula de la olla de bronce que cayó sobre la de barro... Al anoecer, sólo eran montones de ruinas

humeando en silencio... ¡Estaba la hazaña consumada!... En la bahía, ahora, todo permanecía en una gran paz; la noche descendió tranquila y oscura; los enormes acorazados reposaban; de la ciudad vencida no salía el menor ruido; únicamente en tierra el palacio de Ras-el-tin ardía abandonado... Entonces fué cuando el elocuente corresponsal del *Standard* telegrafió a su periódico esta frase merecedora de la fama: "*La situación no puede ser más satisfactoria...*" No obstante, a media noche, por la parte de Alejandría hacia donde está la *Plaza de los Consules*, comenzó a divisarse una gran claridad... Allí, evidentemente, había un incendio... Pero ¿cómo? ¿De qué manera?...

El almirante Seymour se hubiera lavado las manos de haber tenido a bordo la bacía de Poncio Pilatos. El concentró escrupulosamente el fuego sobre los fuertes; alguna que otra bomba pudiera haber caído en los barrios árabes; nada más legítimo ni de más saludable terror; mas la parte europea de Alejandría fué respetada... Y, sin embargo, era allí donde el incendio se extendía, enrojecido, calentando el cielo; de otros puntos vecinos iban subiendo en la noche altas llamaradas. ¡Diablos! La situación ya no era tan satisfactoria.

Al día siguiente hizo un tiempo nublado, con mar fuerte. Los acorazados, por precaución, se alejaron. Cuando horas después volvieron a sus posiciones de combate, Alejandría, delante de ellos, ardía toda como una monstruosa hoguera.

Positivamente, ¡no era nada satisfactoria la situación!... Arabi-Pachá había abandonado Alejandría

llevándose el grueso del ejército. Y la población musulmana, enfurecida por nueve horas de bombardeo, sin policía que la contuviese, con los *ulemas* excitándola con la codicia del pillaje, e inflamada por la furia de las represalias, había corrido a los barrios europeos, y saqueó, incendió, mató, destruyó; mató por la rabia de matar, porque hasta los pobres caballos de tiro aparecieron descuartizados; destruyó por la rabia de destruir, porque se encontraron en las calles, en pedazos, vestidos de señora, relojes de pared y gemelos de teatro.

Ferocidades del fanatismo que se arroja a una venganza justificada sobre todo lo que representa la raza, las costumbres, las ideas que él odia: sobre los hombres y sobre los espejos. Esto no se da sólo en país musulmán. Siempre que los parisienses invadían las Tullerías, rasgaban a punta de sable el satén de las poltronas...

¿Se colocó la población de Alejandría, por tales excesos, fuera de la humanidad? Los ingleses dicen que sí; yo digo que nosotros hubiéramos hecho lo mismo, nosotros europeos, cristianos y corrompidos de civilización. Si cuando los alemanes estaban bombardeando a París, los parisienses hubiesen visto en el centro de la ciudad un barrio exclusivamente alemán, compacto, monumental, lujoso, levantado por el dinero que el alemán ganara explotando a Francia, ¿resistirían los parisienses, los más civilizados mortales, a rociarle de petróleo y hacerle llamear una bella noche de invierno?

La respuesta es fácil, acordándonos que cuando a su vez el Sr. Thiers, ese renacuajo de estadista,

bombardeó París, los parisienses se apresuraron a destruir el palacete del Sr. Thiers.

¿Fué Arabi quien ordenó el incendio de Alejandría? Evidentemente, no. Arabi no es un patriota salvaje del tipo de ese Rostopchin que quemó a Moscou: es un *fellah* fino y sagaz que sabe que en Europa, en Inglaterra sobre todo, donde afectamos todos una sensibilidad humanitaria, nada desacredita más que una fría crueldad. Basta observar la actitud correcta, casi fraternal que adopta con los prisioneros ingleses:—con el guardiamarina Chair, por ejemplo.

Cuando este oficial fué llevado al campamento árabe, Arabi le dijo rápido, después de un *shake-hands*:

—Escriba a su madre; cuéntela que está en manos leales, y librela de inquietudes...

Esto era seguramente sincero, pero sobre todo, hábil; tal frase voló recta al corazón de todas las madres inglesas. Desde los conflictos de Alejandría, el empeño de Arabi ha sido proteger a los europeos que todavía quedan en las ciudades del interior. Los *cadís* que no evitaron el asesinato de los empleados del ferrocarril del Delta, fueron decapitados. A él se debe la tranquilidad del Cairo, donde existe una enorme masa de propiedades y riquezas europeas. ¿Qué ganaría Arabi con destruir esta próspera ciudad egipcia, en el comienzo de la campaña y con su ejército intacto? Sólo la fama de un monstruo bozal...

A Inglaterra corresponde la responsabilidad de la catástrofe. Las bombas del almirante tal vez no hu-

biesen arrasado más que algunos chamizos árabes; pero a la imprevisión del Gobierno se debe la ruina de Alejandría.

Desde mediados de Junio, el más experimentado, el más autorizado de sus agentes diplomáticos, el Sr. E. Malet, cónsul general de Egipto, no cesó de vociferar que si el bombardeo era inevitable, Sir Beauchamp Seymour debía tener tropas de desembarque para ocupar la ciudad tan pronto como los fuertes fuesen destruídos, e impedir así que, en el caso probable de que Arabi se retirase al interior, quedara aquélla a merced de una plebe semibárbara...

Nada de esto se hizo. Sir Beauchamp Seymour bombardeó, arrasó, repelió virtualmente de Alejandría a Arabi, la única fuerza que contenía una muchedumbre de cien mil fanáticos;—y después permaneció a bordo de su acorazado, viendo tranquilamente arder una de las más ricas ciudades del Mediterráneo.

Por otro lado, ¿para quién era provechoso el incendio? Para Inglaterra. El pretexto de que los fuertes *ponían en peligro a los acorazados británicos*, sólo autorizaba, ante los escrúpulos de Europa, a destruir los fuertes, no a ocupar la ciudad. ¡Ahora, pues, que estaba en llamas, abandonada a la anarquía, al pillaje, al ataque de las hordas beduinas que venían del desierto, ahora Inglaterra tenía el derecho, más aún, tenía el deber de desembarcar y salvar de un total aniquilamiento tanta riqueza, tan espléndido centro de comercio!...

¡Generosa Inglaterra! Desembarcó presto, acuar-

teló tropa, izó bandera. Tenía delante de sí un montón de ruinas, y en pocos días fué dando forma a una Alejandría nueva, ya con figura inglesa y administrada a la inglesa.

Los incendios fueron dominados, las calles descombradas; se estableció una policía terrible, que ejecutaba sumariamente a los ladrones e incendiarios; se abasteció a la ciudad; la Aduana abrió sus puertas; en sustitución de las tiendas destruídas se armaron barracones de venta; el maquinismo judicial fué puesto en movimiento; reparóse la fábrica de gas; la ciudad se iluminó de nuevo; los Bancos volvieron a funcionar.

Y como era necesaria una autoridad en nombre de la cual se reorganizase la vida municipal, los ingleses, que sólo están allí (decían ellos) como un cuerpo de policía, fueron a buscar al Khedive a una casa de los alrededores, donde él se refugiara durante el bombardeo, y le in-alaron solemnemente en el palacio de Ras-el-tin, palacio medio quemado, donde él es una autoridad medio muerta...

Desde este momento, la situación quedó muy definida, muy sencilla. Los ingleses poseían, gobernaban a Alejandría tan naturalmente como si estuviese situada en el condado de Yorkshire; y frente a Alejandría, en esa especie de istmo arenoso que liga la tierra del Delta, estaba Arabi, en un campamento atrincherado, gobernando todo el valle del Nilo y

el desierto, hasta el mar. Los ingleses recibían incasantes refuerzos de casa y de la India. Arabi llamaba a guerra contra los ingleses a todo el pueblo *fellah*. Inglaterra preparaba una invasión. Arabi organizaba una gran defensa nacional. Nada más claro. La cuestión es entre Inglaterra, procurando establecer un protectorado sobre Egipto y arrancarle las ciudades estratégicas que dominan el canal; y Arabi-Pachá, un patriota que quiere Egipto para los egipcios, que teme la protección extranjera como la peor desgracia de un país débil, y que entiende que el hecho de que Alejandría, Port-Said y Suez se encuentren, desgraciadamente, en el camino de la India, no es motivo para que se conviertan en guarniciones inglesas. Y de ambos lados, gran entusiasmo.

En Londres, donde terminó la *season* y empieza la monotonía de las playas, el partir a la conquista de Egipto se considera una feliz aventura. Si el ministerio de la Guerra lo consintiese, toda la mocedad de oro, o sólo de latón dorado, se alistaría, porque es del más refinado *chic* ir a terminar con Arabi.

El Duque de Connaught, uno de los hijos de Su Majestad la Reina, forma parte de la expedición, y el Duque de Teck, su cuñado, no siendo militar, marcha, dicese, como simple empleado de Correos. Los oficiales de los regimientos de guardias, esa pura flor y nata de la aristocracia y de la riqueza, tuvieron la ventura de ver sus lujosos regimientos, de ornamentación monárquica, destinados a Egipto; únicamente que este natural placer fué en parte estragado por la severidad del Ministerio de la Guerra,

que como se trataba de una campaña y no de un torneo, no consintió que esos gentileshombres fuesen seguidos por equipajes, criados de librea, tiendas de lujo y cajas de champagne.

Uno de estos oficiales manifestó en voz alta su indignación porque el Estado Mayor sólo le consiente tres caballos de sillas, dos ayudas de cámara y cinco maletas de equipaje.

Por otra parte, a lo largo del Nilo, toda la población *fellah* se declaró en favor de Arabi: las clases letradas, los mezquitas, los *úlemas*, los *coptas*, los mismos príncipes parientes del Khedive. Los *mudirs*, gobernadores de provincia, le pagan los impuestos. Los *scheiks* del desierto le envían su caballería.

Este ardor es tanto mayor cuanto que Arabi-Pachá fué hace mucho tiempo profetizado; ya su inesperada entrada en el Gobierno se consideró un designio divino; y este rebelde (como tantos otros rebeldes que tan gloriosamente hicieran su carrera en la tierra y en el cielo) es Mesías.

Una antigua profecía musulmana anuncia que en el siglo décimotercero de la Hégira nacerá a la orilla de un gran río un hombre de raza vil, de nombre Almet, que revolucionará y restaurará el esplendor del Islam; ahora, los árabes están en el siglo XIII de la Hégira, y Arabi, cuyo nombre es Almet, cuyo origen es *fellah*, habiendo nacido en una aldea a orillas del Nilo, se levantó contra su califa. De este modo, reúne el doble prestigio de un Espartaco y de un Cristo.

Limitada la cuestión entre una poderosa nación invasora y un patriota que defiende su suelo, Euro-

pa adoptó su tradicional actitud; esto es, murmuró algunas palabras de blanda amonestación y, después, se retiró lejos, para observar cómo un brazo fuerte sabe emplear su fuerza, para estudiar cómo se consume la expoliación del débil.

En los últimos quince años Prusia robó a Dinamarca, saqueando después en Alemania los reinos y grandes ducados; en seguida desmembró a Francia; más tarde, Rusia dividió a Turquía; hace dos años, súbitamente, la República francesa cayó sobre Túnez y se apoderó de este desventurado Estado semibárbaro. En todos estos casos, Europa se comportó como un coro de ópera de la antigua escuela cuando el membrudo barítono, allá por el cuarto acto, levantaba la espada sobre el tenor flacucho y gentil; el coro se adelanta, modula una larga frase, agita los brazos cadenciosamente, hace el comentario amargo de la acción, tal vez grite: "¡Deteneos!" Después, retirándose con gran compostura, deja en el proscenio al tirano barbudo, sondeando tranquilamente con la punta de la espada el interior del galán...

No hablemos más de Europa. No hay, nunca hubo *Europa*, en el sentido diplomático de esta palabra. Hay hoy únicamente un gran pinar de Azambuja, donde rondan bandidos cubiertos de armaduras que se odian unos a otros, temen unos de otros, y, por un acuerdo tácito, permiten que cada uno por su turno se adelante y asalte a un pobre diablo que vegeta o

trabaja dentro de sus tapias. En los largos y bien trazados caminos del Derecho Internacional, iluminados por Ortolán y otros astros, se roba con fusil y se oyen a cada momento gritos de pueblos asesinados. Europa, como los campos de carreras de Inglaterra, debía estar cubierta de estos avisos en letras gruesas: *¡Beware of pick-pockets!* "¡Cuidado con los rateeros!"

La pequeña propiedad política tiende a acabar. En breve, toda la tierra va a reunirse en manos de cuatro o cinco propietarios... Ayer fué Túnez;—porque Francia necesita proteger la frontera de Argelia. Hoy es Egipto;—porque Inglaterra necesita asegurar el camino de la India. Mañana será Holanda;—porque Alemania no puede vivir sin colonias. Después Servia;—por motivos que a su tiempo Austria dirá. Más tarde Rumania;—porque Rusia es fuerte. Después Bélgica;—porque sí. Después...

Este asunto es lúgubre. Volvamos al valle del Nilo.

VI

SITUACION DE LOS EJERCITOS.—EL NILO, LA SEQUIA, LOS ARENALES.—LOS PELIGROS DE UN "JEHAD".—EL ESCEPTICISMO MUSULMAN.—EL MUNDO SE INGLESIZA.—FILAUCIAS DE JOHN BULL.

Puestos están frente a frente
los dos valerosos campos...

Esta melancólica jácara que, si bien recuerdo, llora las desgracias de Alcacer-Khibir, sirve para pintar gráficamente la situación estratégica de ingleses y egipcios en cuanto se inició la campaña.

Para comprenderlo bien, imagínense una gran A. El triángulo interno de la letra es el Delta—esa tierra amada de los dioses, tan rica que ella por sí sola alimentó antaño al Imperio Romano; en lo alto de la letra, en la punta, está El Cairo—; de suerte que un poeta persa pudo decir gentilmente que el Delta es un abanico verde, cerrándose sobre un botón de diamante que se llama El Cairo; en la base de la pierna derecha de la A queda Alejandría, y allí permanece una parte del ejército inglés, defendido por las fortificaciones de Ramleh, y teniendo delante de sí, a tiro de fusil, el gran campamento atrincherado de Arabi-Pachá, que se llama Krat-Daonar,

CARTAS DE INGLATERRA

conteniendo diez y ocho mil egipcios, enormes parques de artillería, y cerrando el paso por el Delta. La otra parte del ejército inglés, mandada por el propio general en jefe Sir Garnett Wolseley, dirigióse por mar a la base de la pierna izquierda de la A, que es poco más o menos Ismailia, y de allí subió por esa línea hasta Kassassine, donde se detuvo y se fortificó; hallándose igualmente a poca distancia otro enorme campo atrincherado, donde Arabi tiene quince mil hombres, que se llama Tel-el-Kebir. Y estos cuatro campos, puestos frente a frente, y observándose, constituyen hasta hoy la guerra de Egipto.

Para llegar, pues, al Cairo, su objetivo militar y político, Sir Garnett necesita tomar las posiciones egipcias de Krat-Daonar, si quiere ir por el Delta; y las de Tel-el-Kebir, si quiere avanzar por el desierto... Hasta hoy los cuatro campamentos se limitan a cambiar entre sí algunas escaramuzas, algunas lánguidas balas. Los diarios de Londres naturalmente notician este tiroteo de vanguardia con un tremendo aparato de letras de a palmo, mapas litografiados y grandes redobles de prosa; haciendo mayor alarido que si se hubiese librado de nuevo la batalla de Waterlloo... Pero esto es sencillamente para aumentar la venta del número.

Los egipcios, atrincherados en sus campos, cuentan con poderosos aliados: del lado del Delta, confían en el Nilo, el viejo y bondadoso Nilo, que no podrá dejar de ser fiel a aquellos que hace siglos alimenta, y que dentro de poco, inundando las tierras del Delta y ayudado por los ingenieros de Arabi, que seguramente obstruirán los canales, habrá convertido en

un inmenso lodazal intransitable ese camino del Cairo, el más favorable para los ingleses, pues sería como caminar por una rica e interminable granja, entre pomaradas, jardines, frescuras de fuentes y graneros henchidos... Del lado del desierto, los egipcios cuentan con el sol, con la sequía y con la arena... Puede imaginarse lo que sufrirán esas tropas del frío Norte, caminando por arenales abrasados en una reverberación de luz que atonta, bajo un calor tan tórrido que *el metal de los estribos quema las polainas*, y teniendo para beber sólo agua fangosa, que es necesario hacer hervir primero... Ya las insolaciones, las disenterías, la nostalgia, diezman los regimientos; y como el comisariado inglés, siempre malo, encuentra aquí dificultades de transporte, las tropas de S. M. la Reina Victoria *¡ya han sufrido hambre!*... ¡Ah, cuesta caro el camino de las Indias!

A más de estos aliados que posee en la Naturaleza, Arabi confía aún en las tribus beduinas y en esas hordas errantes de árabes a caballo que están llegando del lado de Trípoli a combatir con *el perro extranjero*, y que, según se dice, constituyen un refuerzo de treinta mil hombres...

Por su parte, los ingleses cuentan sólo consigo mismos. Y esto no es poco. Como dice su célebre canción de guerra, *ellos tienen los navíos, tienen el dinero y tienen los hombres*. Tienen también esas magníficas tropas indias, que se ríen del sol, de la sequía y de los arenales de Africa... Y esto indujo a Sir Garnett a declarar que la campaña estaría acabada el día 15 de Septiembre. Es verdad que esta-

mos a 7 del mismo mes y él, atrincherado en Kassasine, teniendo delante de sí la barrera formidable de Tel-el-Kebir, aun está pidiendo refuerzos, pero esto sólo prueba que este rayo de la guerra, teniendo costumbres diferentes de las de César, *llegó, vió y reflexionó*... Démosle un mes más; démosle tres ampliamente; lo cierto será que al fin de este año, Arabi, sus campos, su ejército, su bella aspiración a una nacionalidad egipcia, todo eso estará desvanecido, como se desvanece una nube en ese seco cielo africano...

Los ingleses podían sufrir reveses, perder millares de hombres, gastar millones de libras; pero una vez comprometido el honor de su bandera, con un fin de engrandecimiento imperial, no envainarán la espada antes de haber instalado en la ciudadela del viejo Cairo, al son del *God save the Queen*, un gobernador inglés.

Evidentemente, el Sr. Gladstone habla sólo de *restablecer el orden y restaurar al Khedive*. Meras locuciones diplomáticas. *The Times*, que es el verbo de Inglaterra, habla sin rebozo de *protectorado*. Y hay muchos ingleses, aun menos reservados que el *Times*, que dicen rotunda y secamente: *conquista*.

Aun cuando el Sr. Gladstone, que es a su modo un demócrata dentro de los límites del Evangelio, y su ilustre colega Lord Granville, que es un juriconsulto y un diplomático, quisieran por respeto al liberalismo y a Europa, al derecho internacional y a otras cosas vagas, dejar que Egipto se reorganizara a sí mismo, saliendo de allí ellos con las manos vacías, después de haber suprimido a Arabi y a su

turbulento partido;—Inglaterra entera, en masa, protestaría contra este filosófico desinterés...

¿Hay aquí alguien bastante ingenuo para suponer que John Bull, esa torre de sentido práctico, consentiría en que se le diezme el ejército, en que se le gaste el dinero como él gasta el agua de las fuentes, en que se le aumente el *income-tax*;—sólo para que el Khedive, ese amable mozo, continúe fumando el *narghilé* del poder bajo las sombras de los jardines de Choubra?... John Bull no quedará satisfecho sino con este resultado macizo y duradero: un *Egipto inglés*, teniendo dentro de su territorio, como un pasillo de casa particular, el canal de Suez, camino de las Indias... Un ministerio que, después de haber enterrado en los arenales del Africa millones de libras y millares de vidas no le dé esto, recibirá en el mismo instante, en la parte posterior de su individualidad, la punta del pie de la bota de John.

Pero ¿y si Arabi, derrotado, consigue llevar al *Scherif* de la Meca y proclamar contra Inglaterra un *jihad*, que es una guerra santa, una cruzada, un levantamiento en masa del mundo musulmán?... Buenos espíritus dicen en Inglaterra que este es un gran peligro, puesto que sólo en la India hay cincuenta millones de mahometanos. Yo no creo, sin embargo, que haya aquí motivos para que John Bull palidezca... ¡Y lo lamento!... Porque es de una belleza pintoresca esa idea de un *jihad* con su ceremonial; el *Scherif* de la Meca desenvolviendo el estandarte verde de Mahoma, los doctores del Islam firmando todos el *fetva* fatal, y luego, de cada

rincón de Asia y de Africa, el torrente de los creyentes precipitándose en nombre de Allah!... Bello motivo de oda—al que no corresponde realidad alguna...

En primer lugar, nunca se hizo. La media luna ha sido muchas veces humillada por la cruz; el Islam ha recibido en la faz la mano de la Europa cristiana; el Califa ha hablado repetidas veces de proclamar un *jihad*;—y, sin embargo, el estandarte del Profeta continúa enrollado en los sagrarios de la Meca. Y mi opinión es que si fuese desenrollado un día, habría sólo un pedazo de paño más flotando al viento del cielo...

¿Y quieren que les diga por qué?... Porque pienso que los musulmanes están a estas horas tan escépticos como nosotros los cristianos. En los arenales del desierto, como en nuestras plazas alumbradas con gas, ya no sería fácil encontrar mil hombres de buena voluntad que se levanten en armas en nombre de su Dios.

Sin duda, todo buen musulmán, a ciertas horas del día, se orienta hacia el lado de la Meca y se postra en las reverencias rituales; pura cuestión de educación, de buenos modales, de hábito, como nosotros quitamos el sombrero al pasar por un calvario de aldea... O bien superstición vaga, vago terror nervioso, como el de ciertos filósofos y positivistas conocidos míos que siempre, al saltar de la cama, hacen la señal de la cruz.

Dentro del Alcorán se ve ya el caso melancólico de una ley divina que va cayendo en desuso. El Sultán recibe a comer a los embajadores y bebe con

ellos champagne; la policía del Cairo prende a los santos *derwiches* vagabundos y ya no es respetado el ayuno del Ramadán.

Como nuestro Evangelio, la palabra de Mahoma se va convirtiendo en objeto de poesía, de comentario, de controversia. Hay Renanes en el Islam; y el verbo divino, una vez analizado, deja de inspirar la fe que lleva a la muerte...

El mundo musulmán está en su siglo décimotercero, en su plena Edad Media y, ciertamente, hay muchos beduínos bajo la tienda, tan creyentes, tan penetrados de Mahoma como aquellos sencillos corazones que, aún hace poco, en el desierto de nuestros claustros, lloraban al leer la pasión de Jesús; pero no creo que incluso esos patriarcas dejasen sus oasis, sus rebaños, sus harenes, para venir gratuitamente, sin otro premio—a no ser la sonrisa de las huríes en los jardines del Paraíso—, a soportar el fuego de los cañones Krupp. Y mientras las clases cultas de Constantinopla, del Cairo, de Esmirna, de Túnez, esas creen tanto en la promesa de las huríes como nosotros aquí, en Regent-Street, creemos en las palmas verdes de la Bienaventuranza y en el coro de los Serafines...

Por todo el Universo la religión desaparece de las almas, y apenas queda en ellas esa vaga religiosidad, hecha en parte del trastorno que causó en nuestro corazón una tan larga sumisión a lo sobrenatural, en parte del confuso terror que impera en este gran Universo que nos rodea, tan sencillo y tan mal comprendido. En este estado negativo de pasividad, de duda, no se engendra fácilmente un impulso de ac-

ción fuerte. Un *jehad* en el Islam es tan impracticable como una cruzada en el cristianismo. Pedro el Emitaño iría a acabar ahora en la policía correccional por perturbador del orden público y de las relaciones internacionales; y los fanáticos que, aun hoy, a las puertas de las mezquitas del Cairo, claman contra el turista extranjero las injurias aconsejadas por la buena doctrina, son inmediatamente llevados a la cárcel, *por dar escándalo en las calles...*

Mahoma en sus mezquitas y Cristo en nuestras capillas van envejeciendo singularmente; nuestro Mesías va cubriéndose poco a poco del polvo que levanta el fuerte arado de la razón, labrando un mundo nuevo; y el Profeta del Islam, habiendo perdido la fuerza de su unidad, subdividido en mil profetas menores que presiden a mil sectas diferentes, apenas puede resistir a la avanzada lenta de la civilización occidental... Y con Cristo y Mahoma, que eran los principios militantes y vivos de sus religiones, desaparece lo que en esas religiones había de vivo y de militante. Queda Dios; queda Allah... Sublimes abstracciones, incapaces de inspirar amor o heroísmo...

Lo que más hace amar a la Divinidad es la cantidad de humanidad que encierra. Clodoveo batíase por Jesús, que tenía un pecho como el de él y en ese pecho humano cinco llagas abiertas; Solimán moriría feliz por Mahoma, que era como él un guerrero y como él amaba la belleza.

Pero ¿quién se va a batir por Dios, por Allah, esas entidades tan vastas que llenan todo el cielo; y tan pequeñas que no bastan a satisfacer nuestro

corazón, que nos son subalternas, porque son hechas a nuestra imagen, y son en el fondo nuestra propia alma hasta el infinito ensanchada, con todas sus debilidades?...

Por lo demás, es posible que yo esté aquí atribuyendo a fuertes corazones de la Meca y del Desierto los escepticismos literarios del *Gall Mall* y del *Boulevard de la Madeleine*... ¿Qué sabemos nosotros de lo que pasa dentro del Islam?... Tan poco como los letrados de la mezquita de El-Azhar saben lo que anda acá por dentro de nuestro confuso catolicismo...

Pero aunque se efectuase un *jihad*, sería solo motivo para que Inglaterra gastase algunos millones más y sacrificase algunos regimientos más. Ni el Alcorán, ni el famoso estandarte verde, ni el propio Mahoma que volviese a la tierra a enarbolarlo, impedirían que John Bull se establezca en Egipto...

¡Ya está allí, ya nunca más de allí saldrá!... (1).

¡Están en todas partes esos ingleses!... El siglo XIX va terminando y todo en torno de nosotros parece monótono y sombrío porque el mundo se va tornando inglés. Por más desconocida e inédita en los mapas que sea la aldehuela donde se penetre,

(1) En esta profecía se ha equivocado Queiroz. Claro que ha tenido que mediar la guerra europea, pero al final de ella, ahora, recientemente, en Agosto de 1920, Inglaterra ha reconocido la independencia de Egipto.—*N. del T.*

por más perdido que se halle en un oscuro rincón del Universo el regato a lo largo del cual se camina, ¡se encuentra un inglés siempre, un vestigio de vida inglesa!...

¡Siempre un inglés!... Completamente inglés, tal como salió de Inglaterra, impermeable a las civilizaciones ajenas, atravesando religiones, hábitos, artes culinarias diferentes, sin que se modifique en un solo punto, en un solo pliegue, en una sola línea, su prototipo británico. Rígidos, escarpados, cortados a pico, como sus costas del mar, allá van, queriendo encontrar en todas partes lo que dejaron en Regent-Street y esperando beber *Pale Ale* y comer *roastbeef* en el desierto de la Petrea; vistiendo en lo alto de los montes levita negra los domingos, por respeto a la iglesia protestante y escandalizados de que los indígenas no hagan lo mismo; recibiendo en los confines del mundo su *Times* o su *Standard*, y formando su opinión, no por lo que ven u oyen alrededor suyo, sino por el artículo escrito en Londres; echando siempre los pasos hacia adelante, pero con el alma vuelta siempre hacia atrás, hacia el *home*; abominando de todo lo que no es inglés y pensando que las otras razas sólo pueden ser felices poseyendo las instituciones, los hábitos, los modales que les hacen a ellos felices en su isla del Norte...

¡Extraña gente para quien está fuera de duda que nadie puede ser moral sin leer la Biblia, ni ser fuerte sin jugar al *cricket*, ni ser *gentleman* sin ser inglés!... Esto es lo que les hace ser detestados. Nunca se funden, nunca se *desinglesizan*. Hay razas flúidas, como la francesa y la alemana, que, sin

perder sus caracteres intrínsecos, toman al menos exteriormente la forma de civilización que momentáneamente las contiene. El francés en el interior del Africa adora sin repugnancia el fetiche y en China usa coleta... El inglés cae sobre las ideas y las maneras de los otros, como una masa de granito en el agua; y allí queda pesando, con su Biblia, sus *clubs*, sus *sports*, sus prejuicios, su etiqueta, su egoísmo—convirtiéndose en un tropiezo que incomoda en la circulación de la vida ajena... Por eso en los países donde vive hace siglos, es aun *el extranjero*...

En todas partes donde domine e impere, todos sus esfuerzos consistirán en reducir las civilizaciones extrañas al tipo de su civilización anglosajona. El mal no es grave cuando operan en Zululandia o en Cafrería, en esas extensiones de la Tierra Negra donde el salvaje apenas se distingue de las hierbas y de las rocas; allí encuentran una materia bruta donde ninguna forma anterior de belleza original se estropea, cuando la refunden para hacerla a su imagen... Vestir al desventurado rey negro Cetewayo, como ahora hicieron, de coronel de Infantería; obligar a los jefes de los Basutos a que sepan de memoria los nombres de la familia real inglesa, son tal vez actos de feroz despotismo, pero no deterioran ninguna primitiva originalidad de línea o de idea...

Al Cetewayo, que andaba desnudo, ponerle un uniforme, aunque sea de Infantería, no es sino vestirle; y es indiferente que dentro del cráneo de los Basutos haya sólo fórmulas de invocación al *manipanso* o también nombres de príncipes de la Casa de

Hannover... Pero cuando operan sobre antiguas civilizaciones como en la India, donde existen artes, costumbres, literatura, instituciones, en que una gran raza puso toda la originalidad de su genio, entonces la política anglo-sajona repite poco más o menos el atentado sacrílego de quien dismantelase un templo budista, bello como un sueño de Buda, para darle en su reconstrucción las líneas hediondas del *Stock-Exchange*, de Londres; o de quien se cebase en el mármol divino de la Venus de Milo, e intentase, con la fuerza bruta del martillo y del pincel, ponerle en el semblante las patillas y en el cuerpo la levita de Lord Palmerston...

La expansión del inglés en Oriente, su objetivo imperial, serían tolerables aun para los nervios de un artista si se limitase a llevar allí sus tejidos, sus máquinas, sus telégrafos, sus ferrocarriles, dejando después que aquellas razas usasen este colosal material de civilización para desenvolverse en el sentido de su gusto y de su temperamento... Que se provea la santa ciudad de Hydrabad de gasómetros y de alumbrado; pero, ¡por Dios, que no se metan a la fuerza mecheros de gas dentro de sus templos si esto ofende sus ritos y repugna a sus gustos!... ¡Que la India, por ejemplo, se cubra de ferrocarriles, suministrados por industriales de Northumberland y pagados por el indio!... ¡Excelente!... Pero, al menos, que en las aldeas por donde pasan—esas aldeas que los mismos ingleses describen como pequeños paraísos de paz, de trabajo sencillo, de costumbres apacibles, de frugalidad, de frescura, de belleza moral—no se las haga tan tristes como las tristes parroquias

de Yorkshire, introduciéndose el *policeman*, el depósito de cerveza, la capilla protestante de ladrillo, el librero de Biblias, el vendedor de *gin*, la humareda de una fábrica, la prostitución y la *workhouse!*... (1).

Dejemos esto. Es fácil maldecir de Inglaterra. Basta abrir los libros de sus grandes hombres, desde Thackeray, el artista, que con tan frío rencor la satirizó sangrientamente, hasta Carlyle, el pensador, que pasó su existencia fulminándola con una tumultuosa cólera de profeta... De Inglaterra puede decirse que, al contrario de la generosa Francia, sus virtudes sólo a ella aprovechan, y sus vicios contaminan al mundo...

Es a Inglaterra a quien se debe el egoísmo creciente que nos va petrificando el corazón, ese egoísmo tan particularmente inglés que hace que en Hyde Park, su centro de lujo, trescientas personas alrededor de un lago vean a una pobre criatura ahogarse, sin que ninguna se moleste en quitarse el cigarro de la boca para tenderle una tabla...

Es a Inglaterra a quien debemos la creciente hipocresía que invade el mundo, que hace que en Londres, en los carteles donde se anuncian las obras de Dumas o de Sardou, se agregue esta estupenda declaración: *Adaptado a las justas exigencias de la moral inglesa*, en tanto que en la calle, bajo esos mismos carteles, rueda sin cesar el más vil torrente que vió el mundo de borrachos y de prostitutas...

Pero dejemos las máculas de Inglaterra; la lista

(1) Almacén o taller de obreros, en inglés.—*N. del T.*

es larga; sólo quiero aludir a otro abominable defecto que tuvo siempre y que ahora desarrolló en proporciones intolerables: su espantosa majeza, su jactancia, su tremendo aire de *matasiete*... Sobre todo, en este momento, desde el comienzo de la guerra de Egipto, es cuando los que, como yo, aman a Inglaterra, sufren observando en ello estos extravagantes modelos de valentón de novela picaresca... Los telegramas que los corresponsales de los periódicos envían desde el campo de las operaciones de guerra, y sobre todo los comentarios de esos mismos periódicos, serían lamentablemente grotescos, si no fuesen odiosamente impertinentes... Los franceses (que no son modestos) pusieron 30.000 alemanes fuera de combate en la batalla de Gravelotte, y no produjeron la décima parte de alboroto, de fanfarronería, de jactancia, con que celebraron los ingleses la escaramuza de Ramleh, donde los egipcios perdieron *¡cuarenta y tantos hombres!*... Parece faltarles el sentimiento de la proporción de las cosas. Un corresponsal del *Daily News* anunciaba hace unos días, como un hecho heroico, digno de pasar a la posteridad, el hecho de que algunos soldados ingleses hubiesen dado un pedazo de pan de munición a un árabe que se moría de hambre a la orilla de un camino... ¿Consideraba como rareza encontrar un resto de piedad humana dentro de pechos ingleses?... ¡No! Quería probar que ningún ejército en el mundo hacía la guerra con tan intensa clemencia...

Sea que celebren el aspecto físico de los regimientos o la afinación de las bandas de música, la puntería de los artilleros o la forma de los cascos, los ta-

lentos del Estado Mayor o la excelencia de la galleta de munición, aparece en letras gordas la frase estúpida: "Lo mejor del mundo..." ¿Hace un centinela fuego sobre otro centinela egipcio y después se refugia en la garita?... En seguida este acto se califica *tan noble por el heroísmo como hábil por la prudencia...*

Los coros que se entonan al general Wolseley pertenecen a la pura farsa. Yo quiero creer que es un grande hombre, si bien hasta ahora no hizo más que dispersar una pobre horda de negros armados de flechas que vegetaban junto a no sé qué río de Africa; pero ¿qué se puede pensar cuando se lee en el *World* y en otros papeles que es *el mayor general del siglo*?... ¿Dónde vive un tal Moltke? ¿Cuándo existió uno que se llamaba Napoleón?...

El mejor hecho, el más importante periódico de Londres, el *Pall Mall Gazette*, avergonzado de todo esto, explica con su usual habilidad que estas fanfarronadas "no están destinadas a Europa, sino a Egipto, para levantar la moral de las tropas..." ¿Tienen, pues, esos regimientos en campaña ante un enemigo formidable, en los arenales de Africa, vagares suficientes para leer los periódicos?... La respetable *Pall Mall* bromea...

Para animar y recompensar a las tropas están las proclamas de los generales. En éstas, sí, el énfasis debe correr a torrentes; y cuando un desgraciado, después de haber caminado todo el día con hambre, con sed, con los pies ensangrentados en la arena y un cielo de fuego sobre las espaldas, vuelve de noche a su campamento, tendido en una camilla con

dos balas en el cuerpo, ¡no es mucho que se le diga que es el primer soldado del mundo!...

¿Es también "para levantar la moral de las tropas", por lo que el *Times* y el *Spectator* hablan, amenazadores, mano en la cintura y patilla al viento, de "imponer a Europa la voluntad de Inglaterra"?... No; es pura fanfarronada...

Y no son sólo los periódicos. Entrese en un Club, en un *restaurant*, hablese con un conocido, entre dos sorbos de te y aparece en seguida la misma jactancia fanfarrona: "Vamos a terminar con todo... Tenemos dinero para echarlo a rodar... Al empuje inglés nada se resiste... Y si el mundo protesta, se le rompe la cara..."

Inglatera perdió sus buenas maneras... Es fuerte, ciertamente; pero habla de su fuerza con la brutalidad de un Hércules de feria que entorna los ojos y exhibe los músculos... Es rica, sin duda alguna; pero habla de su dinero con la grosería del ricacho que apabulla haciendo sonar las libras en el bolsillo... ¿Dónde está la famosa *self-possession* (dominio de sí mismo) de Inglaterra, su tranquila dignidad?... John Bull se transformó en Fierabrás... Ahora bien: una muy antigua vulgaridad nos enseña que no hay verdadera fuerza sin serenidad, y que sin modestia no hay grandeza...

BRASIL Y PORTUGAL

Los periódicos ingleses de esta semana se han ocupado prolijamente del Brasil. Un corresponsal de *The Times*, encargado por esta potencia de hacer en el continente americano “una información social definitiva”, nos dió ahora, en artículos repletos y macizos, el resultado de un año de viajes y de estudios.

El último artículo está dedicado al Brasil. Yo, que nunca visité el Imperio, no tengo autoridad, naturalmente, para apreciar estas revelaciones (porque el corresponsal toma la actitud de un iniciador) sobre religión, cultura, industria, comercio, emigración, el carácter nacional, el nivel de educación, la situación de los portugueses, la dinastía, la Constitución, la República, *et de omni re braziliensi*, y no puedo transcribirlas tampoco porque ocupan en *The Times*, tan vasto como es, más espacio que el propio Brasil en el territorio de América del Sur.

Este artículo excitó el interés y los comentarios de la *Pall Mall Gazette* y de otros periódicos, y se comenzó a hablar del Brasil con simpatía, con curiosidad, con esa admiración ingenua por su flora lujuriente y con ese asombro casi asustadizo por su ex-

tensión, que seguramente sintieron nuestros antepasados cuando el buen Pedro Alvares Cabral, yendo en busca del Preste Juan de las Indias, volvió con la rara nueva de las tierras entrevistas del Brasil...

Deseando mostrar la opinión actual de Inglaterra sobre el Brasil, de estos artículos floridos escojo el del *Times*, anotando y glosando el trabajo de su enviado. (Es de esta manera respetuosa como se debe hablar siempre de un corresponsal del *Times*.)

Comienza, pues, el gran periódico de la *City* diciendo que “la descripción del vasto Imperio del Brasil, con que finaliza la serie de *Cartas sobre el continente americano*, hace rebosar el sentimiento de admiración por los esplendores, etc.” Siguen, naturalmente, veinte líneas de éxtasis. Es en prosa el aria del cuarto acto de *La Africana*. Vasco de Gama, con los ojos húmedos y el corazón suspenso por el encanto de tanta flor prodigiosa, de tan raros cantos de aves exóticas...

Después viene el asombro clásico por la extensión del Imperio. “¡Sólo las dimensiones de tal dominio—exclama—en manos de una diminuta parcela de Humanidad es ya por sí un hecho suficientemente impresionante!...”

Esta admiración del *Times* por el gigante está mezclada con cierta protección familiar, de ser superior, que es la actitud ordinaria de Inglaterra y de la Prensa inglesa ante las naciones que no tienen doscientos acorazados, un *Bank of England*, un Shakespeare y la institución del *roastbeef*. En este caso del Brasil el tono de protección aparece impregnado de simpatía...

Después, el artículo entona de nuevo un himno: "La naturaleza en el Brasil no necesita del auxilio del hombre para llenarse de abundancia y cubrirse de adornos... ¡ Por su propio placer planta, ella misma, lujuriantes parques! Y no hay rincón salvaje que no haga abochornarse a los más ricos invernaderos de Europa..." Esto es seguramente exacto; pero *The Times*, recelando que sus lectores fuesen a suponer que la naturaleza del Brasil es de tal modo pingüe y está tan indigestamente atestada que no permite y que se niega con furor a recibir una simiente más en su repleto vientre, se apresura a tranquilizarnos... "Pero (dice juiciosamente este sabio periódico) aunque la Naturaleza exima al hombre del trabajo, que otros suelos menos generosos reclaman para dar flores y frutos, *no lo rechaza, sin embargo...*" Esto sosiega nuestros ánimos; quedamos así seguros de que un hacendado en los lejanos cafetales, al arrojar en la tierra, en *la tierra madre*, con la azadonada fecunda, la simiente inicial, no corre el riesgo atroz de ser atacado por ella con una pedrea de plátanos... No otra cosa podía esperarse de la dulce y pacífica Ceres...

Ya floreado con este penacho oratorio, *The Times* la emprende con las ideas prácticas. Comienza por declarar que, según el copioso informe de su corresponsal, "lo que sorprende en América del Sur (si exceptuamos la franja de tierra que constituye la República de Chile y algunos pedazos de la costa del enorme Imperio del Brasil) es la grandeza de recursos comparada con la pobreza de resultados." Sería fácil contestar con la escasez de población. *The Times*, por otra parte, lo sabe bien, porque nos habla en

seguida de la población en las Repúblicas españolas; pero no la encuentra escasa; lo que la encuentra es torpe... La pintura que nos hace del Perú, Bolivia, el Ecuador y demás Repúblicas es felina y negra. "Esa gente vive en una indolencia vil, que no es incompatible con su mucha arrogancia y exagerada vanidad. De este sopor sólo sale por accesos de frenesí político... Todo el trabajo allí emprendido para hacer producir la tierra es de extranjeros; los naturales se limitan a envidiarlos, a detestarlos porque utilizan elementos que ellos no quieren descender a usar." Esto es cruel, no sé si es justo; pero entre líneas palpita el rencor de un inglés poseedor de títulos peruanos muy depreciados... "Y si nuestro corresponsal (continúa el artículo) ofrece el Brasil a nuestra admiración, no es en absoluto, es relativamente, en contraste con los países que casi le igualan en ventajas materiales, como el Perú o el Río de la Plata, pero en los cuales la discordia intestina devora y destruye todo el progreso nacido de la actividad extranjera... El Brasil es portugués, no español, y esto lo explica todo. Su sangre europea procede de aquella parte de la Península Ibérica, donde hay una tradición de libertad triunfante y nunca abolida..." *The Times* se abandona aquí a las exigencias rítmicas de la frase; ¡ parece imaginar que desde la batalla de Ourique venimos caminando por un largo y luminoso camino de ininterrumpida democracia!...

Pero, en fin, continúa: "Cuando el Brasil rompió los lazos coloniales, no tenía que olvidar horribles escenas de tiranía y rapacidad ni tuvo que suprimir

genéricamente todos los vestigios de un mal pasado..." En efecto, ¡pobres de nosotros!, nunca fuimos para el Brasil más que unos amos amables y timoratos.

Estábamos con él en aquella melancólica situación de un viejo hidalgo, solterón, caduco, desdentado y torpe, que tiembla y se apasiona ante una muchacha bonita y fuerte... Nosotros éramos verdaderamente la colonia, y con atroces sustos del corazón, entre una *Salve* y un *Lausperenne* (1), extendíamos hacia allá la mano de la limosna.

The Times continúa: "Aunque independiente, el Brasil sigue siendo portugués de nacionalidad y semieuropeo de espíritu... Por el simple hecho de sentirse portugués, el pueblo brasileño tuvo y conserva el instinto del gran deber que le incumbe: sacar el partido más noble de su noble herencia... Fueren los que fueren los yerros de Portugal, no puede decirse que se haya contentado jamás con el simple número de posesiones sin tratar de extraerlas provecho." El *Times* aquí dormita como el secular Homero...

Precisamente lo que nos preocupa, lo que nos agrada, lo que nos consuela, es *contemplar simplemente el número* de nuestras posesiones, ponerles el dedo encima en el mapa; decir con voz de bajo, *ore rotundo*: "Tenemos ocho; tenemos nueve; somos un país colonial; somos un pueblo marítimo..." En cuan-

(1) Varias veces he indicado ya, traduciendo a Eça, que el *Lausperenne* en Portugal designa la fiesta eclesiástica en que hay reserva del Santísimo Sacramento.—*N. del T.*

to a *extraerles el lucro*, con frase sensata del *Times*, de esos detalles no se cura el pretor ni los nietos de Alfonso de Albuquerque. Pero sigue el *Times*: "El imperio colonial de Portugal tal vez haya tenido en otro tiempo como característica la desgracia, casi nunca el estancamiento..." *Tal vez* está bien: con el Imperio de Oriente en nuestro pasado, que es uno de los más feos monumentos de ignominia de todos los tiempos... Continuemos...

"Del origen de donde el Brasil deriva su actividad, deriva también (lo cual no es menos importante) el respeto por la opinión de Europa. El holgazán vagabundo de las calles de Lima, Caracas o Buenos Aires, siente un soberano desprecio hacia los juicios que Europa pueda formar de sus tragicomedias políticas. No tiene conciencia de cosa alguna, a no ser de su *sangre castellana*. Siente, claro está, el inconveniente de ser excluido del crédito y de las Bolsas de Europa... Pero aprecia esta circunstancia tan solo por las molestias momentáneas que pueda traerle... El financiero brasileño, por el contrario, concede tan respetuosa atención al movimiento y oscilación de las Bolsas de París y Londres como a la misma plaza de Río de Janeiro..."

The Times ve en este síntoma la consideración que merece al Brasil la opinión de Europa. Pero cuando *The Times* se engaña es cuando pretende que el Brasil debe a su sangre portuguesa la bella cualidad de obedecer los juicios del mundo civilizado. No hay país en el Universo donde se desprecie más, creo yo, el juicio de Europa que en Portugal; en este punto somos como el gandul de las calles de Caracas, que *The*

Times tan pintorescamente nos presenta; porque yo llamo despreciar la opinión de Europa no hacer nada por merecerla respeto... En efecto: el juicio que de Badajoz para acá se forma de Portugal, no nos es favorable; nosotros lo sabemos bien, y no nos inquietamos...

No hablo aquí de Portugal como Estado político. Bajo este aspecto disfrutamos de una razonable respetabilidad. En efecto: nosotros no originamos a Europa complicaciones inoportunas; mantenemos dentro de la frontera un orden suficiente; nuestra administración es correctamente liberal; cumplimos con probidad nuestros compromisos financieros...

Somos lo que se puede llamar *un pueblo de bien, un pueblo buena persona*. Y la nación, vista de fuera y de lejos, tiene el aire honesto de una pacata casa de provincia, silenciosa y ruinosa, donde vive una familia comedida, temerosa de Dios, a bien con el corregidor y con las economías dentro de una media... Europa reconoce esto, y nos mira, sin embargo, con un desdén manifiesto.

¿Por qué? Porque nos considera una nación de mediocres; digamos francamente la cruda frase: porque nos considera *una raza de estúpidos*. El mismo *Times*, ese oráculo augusto, ya escribió que Portugal era intelectualmente tan caduco, tan cerril, tan fósil, que resultaba excelente país *para verle de lejos y tirarle piedras* (textual).

El *Daily Telegraph* ya discutió en un artículo de fondo este problema: "Si sería posible sondear la espesura de la ignorancia lusitana..." Tales obser-

vaciones, a más de descortesas, son perversas. Pero la verdad es que en una época tan intelectual, tan de crítica, tan científica como la nuestra, no se logra la admiración universal, ya se sea nación, ya individuo, sólo con tener compostura en las calles, pagar lealmente al panadero y obedecer sumisamente los edictos del Gobierno civil. Son cualidades excelentes, pero insuficientes. Se requiere más; se requiere una sólida cultura, una fecunda elevación de espíritu, una fina educación del espíritu, una base científica y la chispa de ideal que en Francia, en Inglaterra y en Alemania inspiran en el orden intelectual el triunfal paso hacia adelante; y en las naciones de facultades menos creadoras, en la pequeña Holanda, en Suecia, producen un conjunto eminente de sobrias instituciones, que son, en el orden social, la realización de las formas superiores del pensamiento.

Me dirán que soy absurdo al querer que haya un Dante en cada parroquia y al exigir que los Voltaires nazcan con la abundancia de los hongos. ¡Dios mío, no!... No reclamo que el país escriba libros o haga arte; me contentaría con que leyese los libros que ya están escritos o que se internase por el arte ya creado... Su esterilidad me asusta menos que su indiferencia. El espectáculo doloroso es verle sumido en el marasmo, sin vida intelectual, ajeno a toda idea nueva, hostil a toda originalidad, cerril y mazorril, mohino en su rincón, con los pies al sol, el cigarro en los dedos y papando moscas... Esto es lo que aflige.

Lo curioso es que el país tiene la conciencia nítida de este letargo mortal y del descrédito universal que

le atrae. Para hacer vibrar la fibra nacional, en ocasión del centenario de Camões, la arenga que se utilizó fué esta: "¡Demostremos al mundo que vivimos! ¡Que todavía tenemos una literatura!..."

Y el país sintió ásperamente la necesidad de afirmar alto, ante Europa, que todavía le quedaba una vaga claridad en el cráneo. ¿Y qué hizo? Llenó los balcones de banderolas y reventó de júbilo la piel de los tambores. Hecho lo cual se tendió vientre al sol, cubrió su cara con el pañuelo de hierbas y reanudó la siesta eterna. De donde yo concluyo que Portugal, negándose al menor avance en las ciencias y en las letras para merecer el respeto de la Europa inteligente, muestra, como el vago de Caracas, el desprecio más soberano por la opinión civilizada. Si el Brasil, pues, tiene esa cualidad eminente de interesarse por lo que dice el mundo culto, lo debe a las excelencias de su naturaleza, y de ningún modo a la sangre portuguesa; como portugués, lo que era lógico que hiciese sería volver las costillas a Europa, tapándose las orejas con el cuello del capote...

Pero, retrocediendo al artículo del *Times*, la conclusión de su primera parte es que "en riqueza y aptitudes el Brasil lleva gloriosamente la palma sobre las demás nacionalidades de la América del Sur." Sin embargo, *The Times* observa en el Brasil circunstancias desconsoladoras. "Doce millones de hombres están perdidos en un Estado mayor que toda Europa: el presupuesto público, que es de doce millones de libras esterlinas, es en muchos millones inferior al de Bélgica y Holanda; con una línea de costa de cuatro mil millas de extensión, y con haciendas de una dis-

tancia de dos mil seiscientas millas, el Brasil exporta géneros por la cuarta parte del valor que el diminuto reino de Bélgica."

The Times tiene todavía la generosidad de admitir que ni la densidad de población, ni el total de ingresos, ni la cifra de exportaciones, constituyen la felicidad de un pueblo y su grandeza moral. Suiza, que tiene dos millones de habitantes, y justamente dos millones de libras de presupuesto, vive en condiciones de prosperidad, de libertad, de civilización, de intelectualidad muy superiores a la tenebrosa Rusia, con sus ochenta millones de libras de gastos y los mismos ochenta millones de habitantes. "Aunque (continúa *The Times*) la escasez de población, de rendimiento y de comercio no colocan al Brasil en un estado de infortunio, son una prueba de que faltan a este pueblo alguna de las cualidades que motivan la grandeza de las naciones. Que los colonizadores portugueses, sólo apoyados por el pequeño trono portugués, hubiesen hecho en la mitad del Nuevo Mundo, que les concedió el Papa Alejandro, más que los colonizadores españoles que tenían la fuerza de la gran nación española, es cosa que prueba la superioridad de la sangre portuguesa comparada con la castellana, andaluza o aragonesa. Pero que las conquistas hechas en el Brasil a la naturaleza sean tan insignificantee, y tan amplios los espacios que permanecen no sólo inconquistados, sino desamparados, indica que son análogos los defectos de las colonias españolas y la portuguesa..."

El resto del artículo es más serio y lo transcribo sin interrupción: "El brasileño no es, como el pe-

ruano o el boliviano, altivo y perezoso hasta el extremo de no dignarse reparar en los medios de riqueza y de grandeza esparcidos a su alrededor. No; el brasileño tiene energía suficiente para ambicionar y para calcular. Su atención está fija en las fértiles regiones del interior. Desearía ver la red de sus ríos navegables llenos de barcos y de vapores. Sucede con frecuencia que, en los lugares más ricos de la costa, los habitantes se quejan de que una porción excesiva de los impuestos con que está gravado va a ser gastada en los colosales trabajos emprendidos en remotas e incultas regiones, y de las que nunca, o al menos sólo de aquí a muchos años, podrá obtenerse provecho. Pero, de todos modos, el Brasil tiene en sí fuerza suficiente para dar a su vasto territorio los beneficios de una sabia administración."

The Times sigue con un corto período aludiendo a la noble ambición que tienen los brasileños de hacerlo todo por sí mismos, viendo con hostilidad las grandes obras entregadas a la pericia extranjera, y prefiriendo el esfuerzo de la ciencia y el talento nacionales, aun cuando fracasen y cuesten al país millones de pérdida... Después prosigue: "Pero mientras el brasileño prefiere aplicar él mismo teorías políticas y administrativas y está ansioso de construir todas las obras de sus cinco millones de millas cuadradas de territorio, lo que le repugna es que sus manos agarren la azada o la esteva del arado, que es precisamente el servicio que la naturaleza reclama de él. En un continente que después de tres siglos y medio continúa siendo un terreno virgen, la grandeza

de las Repúblicas o de los Imperios depende exclusivamente del trabajo manual."

"Italianos, alemanes, negros están emigrando para hacer el rudo trabajo que repugna a los señores del suelo. Pero, en algunos distritos, sin aclimatación posible, nunca podrán laborar como los naturales del trópico. Ni aun en las provincias más templadas del Imperio trabajará jamás el emigrante resueltamente, en tanto que no les sea dado el ejemplo por la población indígena, señora de la tierra. El brasileño, o debe trabajar por su mano, o en caso contrario, dejar la rica herencia que es incompetente para administrar. A medida que el tiempo avanza, va siendo de una positiva certeza que todos los grandes recursos de América del Sur entrarán en el patrimonio de la Humanidad."

The Times aquí se embrolla. Prefiero explicar su idea a traducir su complicada prosa; quiere decir que se aproxima el día en que la civilización no podrá consentir que tan ricos suelos como los de América del Sur permanezcan estériles e inútiles, y que si los poseedores actuales son incapaces de hacerlos valer y producir para mayor bienestar humano, deberán entregarlos a manos más fuertes y hábiles. Es el sistema de expropiación por conveniencia de la civilización. Teoría favorita de Inglaterra y de todas las naciones de rapiña...

Continúa después el artículo con ferocidad: "En el Perú, en Bolivia, en Paraguay, en el Ecuador, en

Venezuela..., en otros muchos países, los actuales poseedores del suelo tendrán gradualmente que desaparecer o descender a la condición inferior que su débil temperamento les señala como fatal. (¡Nunca se escribió nada tan punzante!) El pueblo brasileño, no obstante, tiene cualidades excelentes, e Inglaterra no llegará inmediatamente a la conclusión de que debe correr la suerte de sus febriles y tercicos vecinos... Pero dadas las condiciones de su suelo, el mismo Brasil debe escoger entre semejante futuro o el trabajo, el duro esfuerzo personal, contra el que hasta hoy se ha rebelado. Si el destino hubiese colocado a los brasileños en un rincón del continente, no tan amplio ni tan bello, podía permitírseles que pasasen la existencia en perpetua siesta. Pero al brasileño se le ha confiado la décimaquinta parte de la superficie del globo, y esta décimaquinta parte es toda ella un tesoro de bellezas, riqueza y felicidades posibles, y ante tanta responsabilidad, el brasileño tiene que ascender o decaer."

Con esta frase a lo Gambeta termino. Se alarga mucho esta carta para que yo sobrecargue de comentarios la prosa del *Times*. En su conjunto, es un juicio simpático. Siendo el *Times*, por decirlo así, la conciencia escrita de la clase media de Inglaterra, la más rica, fuerte y sólida de Europa, tiene una autoridad formidable; y escribiendo para el Brasil, yo no podía dejar de recoger sus palabras—que deben ser, naturalmente, la expresión de lo que la clase media de Inglaterra piensa o va a pensar durante algún tiempo del Brasil. Porque la prosa del *Times* es

la materia prima de la que se forma en Inglaterra la cantera de la opinión.

Y reparando ahora que otras veces, en estas cartas, fui menos reverente con el *Times*, murmuro bajo y contrito un *yo pecador*.

FIESTA DE NIÑOS

La fiesta más agradable de niños que recuerdo fué en la casa de campo de mis amigos Birds, en el país de Cornwall...

Era una mascarada, reproduciendo en miniatura la corte del Rey Arturo y de los Caballeros de la Tabla Redonda... Y lo que daba interés a la resurrección de este mundo heroico y gentil, popularizado por Tennyson, era que estábamos allí precisamente en la región de Cornwall, donde vivían, entre saraos y batallas, el Rey Arturo, su Reina Ginebra y los doce valientes de la Tabla Redonda. A poca distancia del parque de los Birds, en una colina cubierta de robles, la tradición coloca los palacios de Arturo y la maravillosa y sombría ciudad de Caerleon... El río en que mis amigos pescaban truchas era el viejo Usk. En sus frescas márgenes se levantaba antaño el monasterio donde el hermano de Percival, una noche, desde su celda, vió pasar en una nube color de rosa, entre aromas de junquillos, el vaso del Santo Graal, lleno de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Y desde los balcones del comedor podían divisarse en días

CARTAS DE INGLATERRA

claros, allá a lo lejos, en la costa, entre rocas, las ruinas de ese castillo de Tiangil, que aparece en todas las baladas del Rey Arturo, negro y triste frente al mar de Cornwall...

La corte comenzó a reunirse temprano, a la hora del *lunch*, en el gran salón blanco, sobre el jardín... Era el hijo de los Birds quien espléndidamente recibía, vestido de Rey Arturo. El primer personaje de leyenda que llegó—acompañado de su institutriz—fué el hechicero Merlín, un adorable bebé gordo y enfurruscado (1), con la corona de hiedra, unos cabellos rubios y unas enormes barbas proféticas llenándole las mejillas de color de rosa...

Después, seguidos de las mamás, fueron entrando todos los otros figurones de la crónica romántica: caballeros de cinco años, armados y emplumados; monjecitos de piel lustrosa; obispos casi de teta con sus báculos en brazos, bardos rabiosos, menestrales vestidos de seda y hadas más lindas que las hadas. Las tres Reinas místicas del Walhalla llegaron, por último, muy gravecitas; las tres de la mano, cubiertas de velos negros, escoltadas por un gran lacayo empolvado...

Poco después el salón estaba animadísimo, como la vieja Caerleon en una mañana de torneo... El pequeño Bird, de Rey Arturo, con su manto bordado en oro, los cabellos rizados saliéndole en ani-

(1) *Embezerrado*, dice gráficamente Eça, con frase que yo quisiera traducir literalmente; vocablo que en portugués equivale a *carrancudo*, rabioso, aparentando mal humor.—*Nota del Traductor.*

llos por debajo de la corona, cargada de pedrería, paseaba majestuosamente entre sus hermanos de armas... Una señora encantadora quiso darle un beso... El la repelió ásperamente, como lo hubiera hecho el casto Rey Arturo... Más orgulloso que él, sólo el bravo Lanzarote del Lago, a quien habían pintado un bozo, y que, revestido de armas negras, con una larga pluma escarlata, ondulándole desde el yelmo hasta las espuelas de oro, no quitaba la mano de la espada... Y lo que parecía ensoberbercerle más era su faja de gasa blanca, cruzada sobre la coraza y hecha de un velo de la Reina Ginebra, en rígida obediencia a la epopeya...

Esa era la gran belleza del sarao: la Reina Ginebra, una irlandesita con las dos trenzas negras y los ojos verdes, como los prados de Erin... Sería y fría, envuelta en la pesada capa de raso azul, permanecía en medio de un sofá inmóvil, con una sonrisa que le abría un hoyito en la barbilla, indiferente a los madrigales, insensible a las proezas de los caballeros y siempre con los ojos bajos, ya hieran las arpas por ella los bardos, ya por ella se batan los vasallos junto al mar de Cornwall...

Un escudero anunció el *lunch*, sonando una bocina de plata, tal como en Caerleon... Y por el comedor, en parejas, toda la corte siguió al comedor al Rey Arturo, que llevaba de la mano con una gracia solemne a la linda Reina Ginebra... Después, pero no sin alguna confusión, en que las más hubieron de ser enérgicas con los caballeros, quedó completa la Tabla Redonda, ornada de va-

jillas y flores... Y nada faltaba de lo que mandan las poéticas crónicas...

Al fondo de la mesa, en su silla esculpida por los genios, se hallaba el viejo hechicero Merlín, a quien la institutriz, para que comiese con limpieza, había quitado las barbas proféticas. No había un jabalí asado sobre un plato de oro, sino un modesto *roastbeef*. Pero el Rey Arturo levantaba su copa de agua mezclada con una gota de Burdeos, con la nobleza con que el otro, hace tantos centenares de años y en aquella misma colina, levantaba la taza de hidromiel en días de victoria... Por lo demás, la sala con su techo de encina tallada tenía el severo aparato de otras eras, y al través de las ventanas estaban, como en los versos de *La muerte de Arturo*, las ruinas del castillo de Tintagil, negro y triste junto al mar de Cornwall...

La Corte mostraba tanto apetito como a la vuelta de una montería de lobos en los bosques fronterizos al Usk. Hasta las hadas devoraban. Sir Galahad, ese que poseía la fuerza de mil hombres porque su corazón era virgen, ya por dos veces había pedido *pudding* de batatas, golpeando furiosamente con el cuchillo sobre su morrión de plata (1), puesto al lado de la mesa, entre la cristalería...

Fué preciso, por causa de su magnífica túnica de

(1) *Murrião*, linda palabra que adapta del español *Eça* de Queiroz e introduce por primera vez en el idioma lusitano. Cândido de Figueiredo no la registra en su *Novo Dicionario da lingua portuguesa*, tan completo y bien hecho (Lisboa, 1913).—N. del T.

raso verde, atar una servilleta al pescuezo del caballero Bors, esa radiante flor de bravura cristiana. En medio de toda la alegría, el fuerte Percival, incomodado con su armadura, se sentía apacible y se ponía colorado, con el aire de estar pensando (como el otro Percival) en recogerse al Monasterio de Wik. Después, de repente, inexplicablemente, rodó debajo de la silla, vertiendo toda la salsa en las rodillas del intrigante Modred, el más violento caballero de la Tabla Redonda...

Modred se enfureció y tiró de los pelos de oro a Percival. La tía del héroe acudió asustada, y entonces, como el famoso Lanzarote del Lago se estaba poniendo imposible, salió de la Tabla Redonda ignominiosamente en brazos de un escudero, entre gritos...

Después del *lunch* la Corte del Rey Arturo volvió al sarao a regocijarse con danzas. ¡Sarao delicioso!... Había monjes extraños de hábitos blancos, tan pequeños y tan tropezones en el andar, que las señoras habían de agarrarlos por los brazos en las cuadrillas y que querían constantemente bailar, más joviales que los caballeros, prontos a arrojarse siempre a los brazos de las campesinas adornadas de flores.

El puro Galahad, ya sin broquel y sin morrión, galopaba locamente con una hada ligera, llegada en esa mañana de Bretaña, de las florestas de Brocelianda... Un bardo, con la corona de hojas de encina clavada hasta los ojos, lloraba por haber perdido su arpa... Había también un Príncipe del mar del Norte, un castellano de Erin y el bravo caba-

llero Bors, que se habían refugiado en un rincón, detrás de un sofá, donde sentados en el suelo continuaban su divertida merienda con pasteles, dando gritos cuando las señoras querían poner orden en aquella gula tan impropia de paladines cristianos...

En el corredor, Bird padre hubo de sostener a un rechoncho abad que se arremangaba las vestiduras sacerdotales e iba furioso a azotar al intrigante caballero Modred. Y no fué posible realizar la parte más picante de la leyenda, haciendo que Lanzarote del Lago cortejase a Ginebra... El bravo Lanzarote (bien diferente del otro) parecía de corazón duro y sin gusto por el sonreír de las damas... Hasta terminó por tener una hedionda llantera, y cayó en brazos de la mamá con dos gruesas lágrimas en las pestañas, su bella pluma escarlata caída en el suelo, como en una tarde de derrota...

Pronto los bebés comenzaron a estar cansados. Yo mismo, en medio de la fiesta, hube de llevar en brazos al venerable Obispo de Blackburn, con su mitra y su rico báculo... Sus dulces ojillos azules cerrábanse de sueño... Lo acosté en el sofá, junto a la más pequeñita de las Reinas del Walhalla, que ya allí dormía bajo el velo negro, con los cabellos de oro sueltos y el lirio del Paraíso entre las manecitas cruzadas...

Y el santo Obispo durmióse cándidamente al lado de la mística Reina...

UNA PARTIDA JUGADA AL TIMES

Es al mismo tiempo lamentable y grotesco el caso acaecido al *Times*. Ese noble folio diario, que inspira orgullo a todo inglés sinceramente patriota, y que a los ojos respetuosos del extranjero aparece como una de las más fuertes columnas de la sociedad inglesa, como la propia conciencia de Inglaterra puesta en letras de molde; este augusto periódico, que nunca, desde su fundación, citó el nombre de un colega ni jamás se rebajó a una controversia, por las mismas razones de inflexible etiqueta que vedarían a Luis XIV argumentar con Colbert; esta austera gaceta, que preferiría despedazar sus magníficas máquinas a consentir que imprimiesen un *bon mot*, una picardía, una linda bagatela o una jovial anécdota; este papel tan púdico, que evita el nombre de Zola como una indecencia; el *Times*, en fin, el venerando *Times*, fué víctima, últimamente, de una de esas *partidas*, como nosotros decimos; *facecias en acción*, como dicen los americanos, que son al mismo tiempo nefandas y risibles, que nos abrasan la faz de indignación y nos arrancan a los labios una sonrisa; que nos hacen vituperar pública-

mente al farsante y saborear secretamente la farsa, como si viésemos un rabo de papel pegado al manto del Rey o sobre los cabellos anillados de la imagen del Señor de los Pasos un sombrero de copa...

Todas las personas que han hojeado esos vastos lienzos de materia impresa que constituyen un número de *The Times*, saben que la quinta parte está destinada ordinariamente a la publicación de los discursos pronunciados por hombres eminentes de la política, de la literatura, de la ciencia, del arte, en *meetings*, comicios, banquetes, inauguraciones, *conversazioni*, en todas esas reuniones de *ladies and gentlemen* donde Inglaterra da curso a su tumultuoso flujo labial!... El *Times* es famoso por estas reproducciones. No son resúmenes ni extractos; son las arengas, palabra por palabra, exclusivamente taquigrafiadas para el *Times* por un personal experimentado, con las interrupciones correctamente transcritas, los murmullos religiosamente marcados, sin que les falte un *¡Señores míos!*, un *¡oh!* ni un *¡ah!*; y todas estas palabras revisadas, desmenuzadas, escrutadas, como si hubiesen caído de los labios de Sócrates o de Cristo predicando otro Evangelio.

Este solo servicio cuesta anualmente al *Times* millares de libras; pero le da la ventaja de ser el acta oficial del verbo público de Inglaterra. Todos los periódicos de Europa lo reconocen así; cuando se discute un discurso de Mr. Gladstone, una conferencia del profesor Huxley o un sermón del Arzobispo de Canterbury, se tiene presente como texto sagrado el texto del *Times*. Un orador puede negar la incorrección de un adjetivo, la violencia de un apó-

trofe, cuando el apóstrofe o el adjetivo hayan aparecido en los extractos rápidos de otro diario; nunca cuando hayan aparecido en las columnas infalibles del *Times*. Conocido es el gasto, el desvelo y la minuciosidad empleada para obtener la exactitud; y esa del *Times*. Se sabe el gasto, el desvelo y la minuciosidad empleada para obtener la exactitud; y esa exactitud nunca es discutida.

Quando el Sr. Gladstone, en la campaña electoral de Escocia, soltó la famosa invectiva contra el Imperio de los Hapsburgos, la protesta cortés del embajador de Austria estaba fundada en citas del *Times*. Un orador que, queriendo dejar un monumento sólido de su arte, publique sus discursos en volúmenes, los colecciona sobre el texto auténtico del *Times*. El *Times* tiene aquí el valor de una reproducción fotográfica. Insisto en esto para hacer más vivo el horror de la facecia.

Hace semanas, Sir William Harcourt, el Ministro del Interior, pronunció un discurso en Mánchester; discurso considerable, muy anunciado, muy esperado, examinando todas las cuestiones que inquietan ahora a Inglaterra: la anarquía de Irlanda, el tratado de comercio con Francia, la intervención en Egipto, la creación del Gobierno municipal de Londres y otras cosas graves. Esta arenga, taquigrafiada por el personal del *Times* en Mánchester, telegrafiada a los escritorios del *Times* en Londres, fué leída y compuesta por los redactores, revisada por el secretario de William Harcourt, comprobada, releída otra vez y, por fin, definitivamente instalada en su plana. Y aquí viene la facecia.

Pero es necesario primeramente, para mayor indignación y mayor gozo, conocer a Sir William Harcourt. De todos los miembros del Ministerio Gladstone, Sir William es el más austero. Ya su apariencia intimida: grueso, membrudo, de hombros compactos, con una faz imperiosa, pálida, rapada; Sir William tiene las líneas solemnes y marmóreas del busto de un César.

Y dentro de esta forma romana habita un espíritu rígido de doctrinario; liberal (en comparación con el Marqués de Salisbury, que es cuadradamente feudal), Sir William representa en el Gobierno la tradición, la fórmula *whig*. Es el contrapeso conservador de este Ministerio radical; está allí como un bloque de granito constitucional para impedir que los otros ministros—Chamberlain, Sir Charles Dilke, los discípulos de Stuart Mill—se adelanten por el gran camino de la Revolución; y tiene por ello esa amplia solemnidad de modales, esa cadencia pomposa de expresión, de quien se honra en guardar las cosas supremas: la Corona, la Iglesia, la aristocracia territorial, los privilegios, la integridad del Imperio... Es un solemne. Aun abrochado en su paletó, parece envuelto en una toga. Es moroso, macizo, incapaz de sonreír; tiene esa especie de majestad oficial que hace recordar al mismo tiempo a Guizot y a un elefante.

Y cuando la gente lo contempla en el Parlamento, grave, rígido, vestido de negro, no lo puede concebir en las actitudes triviales de la vida, fumando un cigarro en un sofá, con una pierna sobre la otra; mucho menos de rodillas, con una linda mano de

mujer entre las suyas, murmurando cosas tiernas y tontas. Y esto es lo que torna atroz y deliciosa la facecia...

El discurso solemne de este solemne estadista estaba, pues, paginado, dispuesto para pasar a las máquinas, cuando, aprovechando un momento en que la policía interior de los escritorios del *Times* había aflojado casualmente en su vigilancia, *alguien*, un monstruo, un criminal, sutilmente, de puntillas, fué hacia la plana donde estaba el discurso, arrancóle diez o doce líneas y sustituyólas por otras, compuestas de antemano, ¡pérfida y hábilmente compuestas!... ¡Y qué líneas, Dios mío!... ¿Cómo podré yo, conservándome casto, explicárselas a los lectores de la *Gazeta de Noticias*?...

Estas líneas intercaladas en el severo discurso del severo ministro eran... (me estremezco al decirlo), eran líneas eróticas. ¡Era un grito convulsivo de desordenada lubricidad; era el rugido de una bestia agitada por todas las furias de Venus; era como ese ronco y seco bramar de los venados en los bosques, bajo la calma del estío; era el halbuceo ebrio de los Faunos de la fábula, del dios Príapo, de los Sátiros caprinos que vagaban por las laderas sagradas del Monte Olimpo, ululando, hollando la blancura de los lirios, violando el corazón de las rosas, arrojándose con empujes feroces de machos cabríos al entrever entre los ramajes de los olmos a las claras ninfas de las aguas!... Era todo esto y era algo más.

Y para refinamiento de la burla, esto no desentonaba, no chocaba, apareciendo bruscamente y sin ilación, como una ciénaga inmunda entre róseas flo-

res de retórica. No; había sido *encajado* con una habilidad diabólica. Sir William Harcourt estaba acusando a los conservadores de afectar una patriótica melancolía en presencia de los supuestos peligros que, bajo el régimen liberal, corren los principios fundamentales del orden monárquico, la integridad misma de Inglaterra. Y aquí preguntábase naturalmente y en un espontáneo movimiento de oratoria: "¿A qué vienen esos gemidos? ¿A qué esa exageración de la tristeza pública? Seguramente la cuestión de Irlanda y la de Egipto son graves; pero el Gobierno de Su Majestad sabe que las soluciones provechosas y gloriosas no tardarán en surgir... Nosotros estamos tranquilos. Yo, por mi parte, siéntome en la disposición de quien, después de cumplir un deber oficial, tiene por recompensa la sonrisa serena y aprobadora de la conciencia, etc., etc..."

Y, precisamente, aquí entraban las líneas perversas, naturalmente trazadas, desenvolviendo más esta afirmación del contento íntimo, mostrando la exuberancia de espíritu de un ministro gallofero que, en presencia del glorioso estado de la cosa pública, admite que el regocijo de la nación tome la forma excéntrica, pero disculpable, de una tremenda juerga, de un regodeo lascivo... Sir William proseguía (ya comprenden bien que yo uso sólo expresiones aproximadas y atenuadas; traducir a la letra lo que apareció publicado en *The Times* sería arruinar para siempre el crédito de la *Gazeta de Noticias*); Sir William proseguía: "Yo, por mi parte, estoy contento. Me encuentro hasta capaz de una bella locura... En efecto, ¿por qué no nos hemos de entregar a una ri-

ca juerga, con vino y mujercitas? ¡Oh, las mujercitas!... ¡Señoras que me escucháis, tirad sombreros y vestidos, y a juerguear y a correr un rico guateque! ¡Evohé! ¡Viva el libertinaje! ¡Olé, venga champagne!... ¡Abrcémonos, deliremos!...” Esto es sólo para dar idea; ¡lo que se leía en el *Times* tenía otra crudeza de expresión, otro arranque de orgía!...

Imagínense el efecto al otro día, cuando millares de números del *Times*, conteniendo esta abominación, penetrasen en esos recatados interiores ingleses, donde (según aquí dicen) habita el tipo superior de la familia cristiana (1). *The Times* es el más caro de los periódicos, la hoja predilecta de la alta burguesía y de la banca. No se comprende a un *gentleman* inglés, de patrón clásico, sin haber recorrido por la mañana, concienzudamente, el *Times*; es como el corazón mismo de Inglaterra, que él siente un momento entre sus manos y donde comprueba cada día un aumento de fuerza, una pulsación mayor de vitalidad. Ordinariamente es al almuerzo cuando se lee *The Times*; y en esa mañana, viendo en la cuarta página, en grueso tipo de letra, EL DISCURSO DE SIR WILLIAM HARCOURT EN MANCHESTER, se abalanzaba uno, naturalmente, a él con curiosidad, ya por el interés nacional, ya por la sim-

(1) No se olvide que Eça de Queiroz escribe estas cartas desde Bristol y desde Newcastle, donde estuvo de cónsul y de donde mandó a la *Gazeta de Noticias*, del Brasil, todos estos artículos, que luego habían de coleccionarse con el título *Cartas de Inglaterra*.—N. del T.

patía que inspira Sir William, su nombre histórico, la sólida pureza de sus principios, su alta posición...

¡Imagínense, pues, las escenas! Aquí es una anciana y devota Duquesa, llena de entusiasmo por las cuestiones sociales, que se repantiga en su rica poltrona de tapicería para saborear mejor la noble oratoria de Sir William, y que de repente se detiene, mira el *Times*, limpia los lentes, imaginando haber leído mal, vuelve a recorrer el período, pasa la mano trémula por el rostro, busca ansiosamente su frasco de sales, vuelve aún a comprobar si no la asedia una alucinación, y arrojando, en fin, a lo lejos la gaceta inmunda, sale de la sala con pasos de ofendida, pensando para sus adentros que esos son los resultados de un siglo de democracia, de materialismo y de libertinaje... ,

Más allá es un rincón de novios que, anidados en el mismo sofá, al pie de la estufa, con los brazos enlazados, recorren el *Times*, mucho menos por saber de la cuestión de Egipto que por leer el *comptendu* de otros casamientos elegantes o las noticias de París, donde proyectan ir a pasar su luna de miel; pero encuentran el discurso de Sir William, le lanzan una mirada distraída, cuando de repente les salta entre las líneas el chorro inmundo de los apóstrofes eróticos...

En otra casa es una fresca y rubia criatura de diez y ocho primaveras, puro lirio doméstico, que lee *The Times* a un anciano tío general, atacado de gota, reliquia veneranda de las guerras peninsulares; el viejo escucha, poco atento a la política del día, que detesta, pero muy embebido en el encanto de aquella

voz de oro a su lado; de repente, el pobre ángel tartamudea, se detiene, su rostro se enciende en color de rosa, tiembla, es tal su vergüenza que le saltan las lágrimas de los ojos, y huye, dejando el inmundo *Times* en manos del general asombrado; o bien (caso más grave), la dulce muchachita, en su candor de flor de estufa, no comprende, imagina que *aquello es política*, y continúa leyendo con su voz de oro, y el venerable tío oye de repente salir de los labios de botón de rosa, hechos sólo para murmurar lo que hay de más casto en la música de Wéber, una amalgama torpe de baboserías lúbricas...

¡Es tremendo! Y un rasgo curioso del incidente es que este negro atentado sólo fué descubierto en la redacción del *Times* a las once de la mañana; esto es, cuando el periódico ya estaba distribuido en Londres, llevado por los trenes de madrugada a todas las provincias y, por la línea de Dóver, a toda Europa!... La administración del *Times* telegrafió al punto a todos sus agentes en el mundo para suspender la distribución y *comprar a cualquier precio* los torpes números ya esparcidos.

Sólo estos telegramas costaron cerca de *dos mil duros*. Pero lo mejor del caso es que apenas se supo la historia de la catástrofe y que el *Times* compraba a cualquier precio el número maldito, ese número convirtiéndose luego en un papel de crédito, base de especulación, con cotizaciones en el mercado iguales, si no mayores, a los fondos públicos de muchas naciones civilizadas. Yo sé de un *restaurant* que está abonado regularmente a cuatro números del

Times, y que vendió sus ejemplares inmundos a dos libras cada uno.

Realizáronse, si embargo, garantías mayores. El *Times* no regatea: paga. Y hasta hoy se dice que en comprar esa fatal edición ha gastado ya cerca de *cuarenta mil duros*.

El autor de la facecia aún no se descubrió. Es, sin duda, un monstruo, y seriamente merece la tremenda sentencia que de fijo le fulminarían los Tribunales ingleses si apareciera. Mas, por otro lado, considerando que cuarenta mil duros son una suma mínima para la fortuna del *Times*, y que esta gaceta austera lleva su pedantería y su engolado *puritanismo* hasta rechazar como obscena la mención de los libros de Zola y de otros realistas, yo no puedo dejar de pensar, con ráfagas de regocijo, ¡que la Providencia tiene armas oblicuas y terribles!...

Nunca, seguramente, desde la invención de la imprenta, aconteció que un periódico publicase en su mejor página, en letras salientes, doce líneas inmundas de desfachatada obscenidad; y que el *Times* sea el primero que lo hace, el *Times*, el más pesado, el más moroso, el más solemne, el más pedagógico, el más reverente de todos los periódicos que han existido desde la invención de la imprenta, es, digan lo que digan, divertido...

Y para terminar, pido a las almas caritativas una buena carcajada a costa del *Times*.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Prólogo.....	5
I.—Afghanistan e Irlanda.....	75
II.—Acerca de libros.....	88
III.—El invierno en Londres.....	103
IV.—La Navidad.....	113
V.—Literatura de Navidad.....	122
VI.—Israelismo.....	129
VII.—Irlanda y la Liga Agraria.....	142
VIII.—Lord Beaconsfield.....	156
IX.—Los ingleses en Egipto.....	181
X.—Brasil y Portugal.....	252
XI.—Fiesta de niños.....	266
XII.—Una partida jugada al <i>Times</i>	272



OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ
PUBLICADAS POR LA «BIBLIOTECA NUEVA»

PROSAS BARBARAS

EL MISTERIO DE LA CARRETERA DE CIN-
TRA

UNA CAMPAÑA ALEGRE

CUENTOS

CARTAS DE INGLATERRA

ECOS DE PARIS

CARTAS FAMILIARES Y BILLETES DE PA-
RIS

VIDAS DE SANTOS.—SAN CRISTOBAL

VIDAS DE SANTOS.—SAN ONOFRE

NOTAS CONTEMPORANEAS

ULTIMAS PAGINAS

CADA VOLUMEN, ELEGANTEMENTE PRESENTADO,

CUATRO PESETAS

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104705477



1864
1865
1866

1867